

CON FIGURA CIONES

Rolando Cordera Campos	P resentación	3
Eugenio Anguiano Roch	C hina e India en la globalidad	5
Arnaldo Córdova	N orberto Bobbio y el marxismo	20
Luis Salazar Carrión	L a lección de Bobbio desde lejos	37
José Woldenberg	L a transición española	53
Luiz Carlos Bresser-Pereira	M étodo y pasión en Celso Furtado	72
José Luis Reyna	E nzo Faletto (1935-2003): un intelectual latinoamericano	91
Gerardo M. Bueno	V íctor L. Urquidi: <i>in memoriam</i>	97

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DEMOCRACIA SOCIAL

David Ibarra	G lobalización y políticas nacionales	101
--------------	---	------------

Renward García Medrano **C**omunicar y engañar **106**

**INTER
LÍNEA**

Anamari Gomís **M**i memoria de Juan Rulfo **108**

Antonio Franco **L**a guerra no puede ser tan perversa **112**

Libros recientes **118**

Jaime Romero Robledo **E**l sueño de Carmen **119**

**CON
FIGURA
CIONES**

Revista de la Fundación Pereyra y del Instituto de Estudios para la Transición Democrática

Director: Rolando Cordera Campos • *Subdirectora editorial:* Eugenia Huerta • *Secretaria de redacción:* Ana Galván
Consejo editorial: Antonella Attili • Bernardo Barranco • Ma. Amparo Casar • José Carlos Castañeda • Luis Emilio Giménez-Cacho • Anamari Gomís • Blanca Heredia • Teresa Incháustegui • Marta Lamas • Julio López G. Rafael López Castro • Rosa Elena Montes de Oca • Rafael Pérez Pascual • María Teresa Priego • Teresa Rojas • Nora Rabortnikof • Carlos Rocés† • Jesús Rodríguez Zepeda • Luis Salazar • Adolfo Sánchez Rebolledo • Carlos Tello Díaz • Raúl Trejo Delarbre

Configuraciones. Revista semestral, primavera-verano de 2005. Director y editor responsable: Rolando Cordera Campos. Número de certificado de reserva de derechos al uso exclusivo del título 04-2000-022917312900-102. Certificado de licitud de título (en trámite). Av. Universidad 1923, Privada de Chimalistac, Edif. E-2, Oxtopulco-Universidad, 04310 México, D.F. Impreso en Offset Rebosán, S.A. de C.V., Acueducto 115, 14370 México, D.F. Distribución: nosotros mismos.

Diseño original: Rafael López Castro • *Tipografía y formación:* Patricia Zepeda, en Redacta, S.A. de C.V.

ISSN 1405-8847

Los artículos son responsabilidad de los autores. Tiraje 1 000 ejemplares.

Presentación

E

l mundo entró en el segundo semestre de 2005 en una de las más crueles paradojas que le haya planteado hasta la fecha el proceso de globalización, convertido en proyecto hegemónico norteamericano a partir del desplome del sistema bipolar a fines del siglo pasado. De una parte, los países más poderosos del mundo,

incluida la Rusia de Putin, y esta vez acompañados por cinco grandes economías y naciones en desarrollo (Brasil, China, India, México y Sudáfrica), se reunieron en Escocia para conocer de la tragedia africana y del omi-

noso porvenir que ofrece el cambio climático. De otra, la globalización del terror reapareció con violencia criminal en las calles y subterráneos de Londres e hizo volar en pedazos vidas humanas, esperanzas e ilusiones en las victorias aliadas en Medio Oriente y puso un brutal mentís a los diseños metropolitanos para un futuro orden mundial armónico, de paz y progreso para todos. Sin necesidad de exagerar, puede y debe decirse que las propias Metas del Milenio, adoptadas por la ONU al inicio del siglo, tienen que ser ponderadas desde ahora por el despliegue salvaje o bárbaro de enormes y al parecer crecientes capacidades de destrucción masiva.

La dispersión relativa de estas capacidades de destrucción cruza las coordenadas multinacionales y ahora aquéllas se alojan también en bandas y comunidades diversas, con estrategias que no necesariamente responden a las otras y más profundas necesidades sociales y regionales que el propio proceso globalizador ha puesto de relieve: el empobrecimiento de grandes masas de población; las desigualdades agudas en ingreso, riqueza y oportunidades dentro y entre las naciones; la migración sin control, que condensa hoy de modo salvaje la ausencia de una verdadera y racional globalización del mundo del trabajo, de cualquier forma sujeto a los designios y proyectos de las grandes transnacionales que controlan capital y tecnología a escalas portentosas. Y en medio de todo esto, las evidentes insuficiencias de la comunicación y la coordinación de políticas, decisiones y visiones estratégicas dentro del propio núcleo desarrollado, cuyos miembros tienen que admitir que primero está el interés nacional estadounidense, como lo entienden y defienden el presidente Bush y su coalición neoconservadora y salvacionista, y después, presentados con cautela y hasta resignación, los magnos problemas del ambiente mundial y del atraso social y económico que afectan a más de la mitad de la población del planeta y que en África encuentran puntual y cruel ilustración. Al lado, acosada por la arrogancia americana, queda la Organización de las Naciones Unidas, única fuente de esperanza en la construcción de un nuevo orden capaz de dar sentido y proyección a las promesas de progreso, libertad y justicia con que el mundo en su conjunto procedió a su formación cuando terminaba la segunda guerra.

Pensar y repensar el proceso de unificación del mundo que se aceleró en los últimos lustros del milenio anterior es, así, algo más que una necesidad intelectual o académica. Es la única forma de acercarse congruentemente al entendimiento de las realidades nacionales, regionales y locales que dan contexto al proceso globalizador y, como es nuestro caso, de arriesgarse a buscar soluciones propias destinadas a nacionalizar la globalización sin meter de contrabando ilusorias y destructivas “vueltas atrás”, tanto en la política como en la economía. A revisar tres experiencias nacionales de globalización (China, India y México) y a reflexionar sobre las simpatías y las diferencias entre lo nacional y lo global, dedicamos dos comunicaciones en esta entrega de *Configuraciones*.

Continuamos con nuestra visita al pensamiento indispensable de Norberto Bobbio y volvemos la vista a los acontecimientos que dieron celebridad a la transición española a la democracia. Proponemos, en una nueva sección, Palabra por palabra, una manera singular de dar seguimiento al uso del lenguaje. En Interlínea damos entrada a una reflexión sobre los significados varios de la guerra de Vietnam y la realidad actual de este país, y a una entrañable ronda memoriosa de Anamari Gomís sobre el gran Juan Rulfo. En nuestra sección literaria presentamos un excelente texto de Jaime Romero Robledo.

Recientemente, las ciencias sociales latinoamericanas se cubrieron de luto. Murieron Enzo Faletto (Chile), Celso Furtado (Brasil) y Víctor L. Urquidí (México), cuya memoria debe cultivarse como ellos cursaron su vida intelectual y política: por medio de la crítica y el enriquecimiento conceptual, siempre destinados a encontrar y desplegar fórmulas de evolución política y económica en las que de manera explícita y comprometida se den la mano la equidad y la democracia, así como una participación en el mundo que se sostenga en la fortaleza de los desarrollos nacionales.

Al aproximarse la sucesión presidencial mexicana, cada vez nos queda más claro que las urgencias y las veleidades de la política democrática y plural, de que ahora disfrutamos, no pueden aceptarse como alternativas ni sucedáneos de la reflexión analítica, de la crítica rigurosa y de la exposición sin concesiones de las carencias sociales y productivas a las que tienen que hacer frente, sin posposiciones interminables, quienes pretenden gobernar un Estado debilitado por una transición tan larga y ahora despojado de los más elementales reflejos para hacer política exterior, la más congruente y consistente con nuestras tradiciones y proyectos nacionales, y, de esa forma, buscar una inserción en la globalización que rinda frutos efectivos, contantes y sonantes para todos. La izquierda no puede renunciar a este ejercicio permanente de la mente y de la voluntad; en ello le va su futuro como formación histórica.

ROLANDO CORDERA CAMPOS
Director

China e India en la globalidad*

Eugenio Anguiano Roch**

La República Popular China y su vecina al suroeste, la República de la India, han experimentado en los últimos años un acelerado crecimiento económico que se explica por varios factores, en especial los de origen interno pero también influye un proceso de creciente inserción de ambos países en la globalización económica y política.

Según la información más reciente del Fondo Monetario Internacional,¹ en un periodo de 20 años, que cubre extrapolaciones para lo que resta de 2004 y para todo 2005, el PIB de China registra tasas medias anuales de incremento real de 9.9% para la década 1986-1995, y de 8.2% (una desaceleración de más de un punto porcentual) en el lapso 1996-2005. Por su parte, el PIB de la India se ha incrementado a un promedio anual de 5.7% y de 5.9%, respectivamente en cada uno de los periodos decenales citados.

En ambos casos el crecimiento económico ha sido notable, aunque el chino lo sea más, ya que a una tasa compuesta de 9% de aumento anual (que sería la media entre las dos décadas citadas), el tamaño de la economía se duplica cada ocho años. Otra manera de ver la impetuosa expansión económica de la República Popular, contada a partir de que Deng Xiaoping lanzara su política de “puertas abiertas” a fines de 1978, es considerando que el ingreso por habitante de ese país aumentó de entonces a la fecha siete veces y que más de 400 millones de personas fueron sacadas de la severa pobreza en la que vivían: esto constituye “la más dramática ebullición de creación de bienestar en la historia humana”, según un semanario británico.²

¿Cómo fue posible que dos países considerados hace apenas medio siglo los más pobres, sobrepoblados y económicamente cerrados de la Tierra alcanzaran esa dinámica, y cuáles son las principales semejanzas y diferencias de su desarrollo reciente? Son interrogantes que trataré de resolver en las siguientes páginas.

* Conferencia pronunciada en el Instituto de Estudios para la Transición Democrática, Centro Cultural León Trotsky, el 11 de septiembre de 2004.

** Ex embajador de México en China y actual coordinador del Programa de Estudios APEC de El Colegio de México.

¹ *World Economic Outlook*, mayo de 2004, p. 193.

² “China’s growing pains”, *The Economist*, 21 de agosto de 2004, p. 11.

Colonialismo y subdesarrollo

El caso de China

En octubre de 1949 surgió de una prolongada revolución interna de inspiración marxista-leninista la República Popular China. En aquel entonces, la población de China era superior a los 463 millones de personas,³ de la que más de 80% se asentaba en el campo, donde la mayoría de la gente vivía en el autoconsumo. De la reducida proporción de chinos que conformaba la clase alta y media alta, la mayoría huyó del país junto con los colaboradores civiles y militares más importantes del gobierno del Guomindang, que se estableció en la isla de Taiwán (antigua Formosa), con la ayuda y protección de Estados Unidos.

De esta forma, China quedó dividida en dos regímenes políticos: uno de ellos respaldado por Estados Unidos y las potencias europeas aliadas suyas, mientras que el otro —el gobierno comunista— consolidaba su dominio sobre el vasto territorio continental chino y sus islas, excepto Taiwán y sus alrededores, a la vez que reforzaba sus lazos con la Unión Soviética para contrarrestar la presión de Washington, que logró aislar por 22 años al régimen de Mao Zedong de la mayor parte del mundo.

En la Organización de las Naciones Unidas el lugar de China lo ocupó, hasta octubre de 1971, el régimen de Chiang Kai-shek, que sólo controlaba 36 000 kilómetros cuadrados de los 9.6 millones de extensión que tiene el territorio chino y gobernaba a una pequeña proporción de la enorme población de ese país. No obstante, la mayoría de los países de América, África, Asia y Europa consideraban a Taiwán como el legítimo representante de China, mientras que a la República Popular la reconocían sólo los ocho países que conformaban el bloque soviético en Europa, más Albania y Yugoslavia, los países nórdicos europeos, Suiza y posteriormente Francia, Holanda y Gran Bretaña.

De Asia, los países donde imperaban regímenes comunistas —Mongolia Exterior, Corea del Norte y Vietnam del Norte— establecieron rápidamente relaciones diplomáticas con “China roja”, y Birmania e India fueron los dos primeros países no comunistas en reconocer al régimen de Beijing, el 9 y 30 de diciembre de 1949, respectivamente. Pakistán siguió el ejemplo, y entabló relaciones con la RPC, el 4 de enero de 1950.

Tanto China como India cuentan detrás de sí con antiguas civilizaciones y ambos países, sobre todo China, habían alcanzado niveles de desarrollo muy superiores a los del resto del mundo, siglos antes del surgimiento de Europa como vanguardia de la civilización mundial.

Desde el siglo tercero antes de la era común (a.C.), una serie de reinos combatientes que dividían China fueron dominados por uno de ellos —el de los Qin— el cual unificó el país bajo el mando de un temible autócrata que asumiría el nom-

³ A mediados de 1948 se estimaba oficialmente que la población de China era de 463 493 418 personas, superior en 5.4% a la población de un año antes. Fuente: *Keesing's Contemporary Archives. 1948-1950*, P. 9423-D.

bre de Qin Shi Huangdi: “primer augusto emperador de los Qin”. Esta dinastía fue de corta duración (221-206 a.C.), pero de portentosos resultados: se impuso un tamaño estándar para los ejes de las carretas en todo el imperio, regulándose así el ancho de los caminos construidos y los impuestos al peaje; se estableció un solo impuesto a la sal, monopolio del gobierno central; se creó un sistema monetario nacional; en fin, se terminó de construir la Gran Muralla y se pasó de la sociedad esclavista a la aristocrática rural.

A esa dinastía le sucedió la de los Han, nombre de la etnia mayoritaria china y de la escritura milenaria del país. La era Han, dividida en la etapa occidental o temprana, y la oriental o tardía, se prolongó del año 202 a.C. al 220 de nuestra era común, y configuró el primer imperio chino sobre una extensión de unos cuatro millones de kilómetros cuadrados, con 58 millones de súbditos hacia el inicio del primer milenio d.C.⁴

El imperio Han coincidió aproximadamente en el tiempo con el imperio romano, cuyo dominio sobre el Mediterráneo, buena parte de lo que hoy es Europa occidental y Asia Menor, abarcaba una extensión geográfica muy parecida a la de los Han, pero mientras que en el espacio geográfico romano se produjo en los subsiguientes siglos la formación de decenas de reinados y países muy diferentes los unos de los otros, que hablaban multitud de lenguas romances más otras de orígenes muy distintos, en el espacio que fue de los Han —ampliado en los siglos XVII y XVIII— siguen habitando básicamente los mismos grupos étnicos que conformaron el antiguo imperio, el lenguaje escrito es el mismo y existe como tronco común la cultura de lo que podría llamarse la “nación china”.

Lo notable de China no es su antigüedad, menor a la de las añejas civilizaciones de Mesopotamia o Egipto, sino su continuidad como “núcleo nacional” —como país— con instituciones e idiosincrasia formadas desde el siglo VI a.C. y preservadas hasta principios del siglo XX. Se trata de unos 2 500 años de historia documentada, que describe con bastante exactitud los distintos ciclos dinásticos por los que China ha pasado, así como las épocas de fraccionamiento del Estado y del país; las invasiones de pueblos nómadas y las subsecuentes reunificaciones que le dan a China esa continuidad inexistente en el caso de otras antiguas civilizaciones. Sólo dos veces, en esos dos milenios y medio, China fue invadida y dominada en toda su extensión por extranjeros (“bárbaros” que terminaron siendo tragados por la cultura china): los mongoles, que ya *sinificados* constituyeron la dinastía Yuan (1279-1368), y los manchúes que formaron la última dinastía reinante adoptando el nombre de Qing (1644-1911).

A todo lo largo de esa historia, que los filósofos eclécticos consideran circular, China logró un formidable desarrollo social, institucional, económico, científico y tecnológico, que la colocó hasta, por lo menos, fines del siglo XVI muy por encima de la civilización occidental. El problema para los chinos fue que, conscientes de su mayor adelanto en comparación con otros pueblos del mundo, se

⁴ Cifra arrojada por un censo de población efectuado en el año 2 d.C. Patricia Buckley Ebrey, *The Cambridge Illustrated History of China*, 1996, p. 73.

refugiaron en un etnocentrismo cultural tal que los aisló del resto del globo y cuando sus clases dirigentes despertaron del letargo, los “bárbaros” de Occidente asediaban sus puertos y puertas exigiendo la apertura comercial y los contactos políticos. Todavía en el siglo XVIII, pensadores racionalistas europeos, como Voltaire, consideraban ciertas instituciones chinas, como la meritocracia del mandarinato, el sùmmum del avance social y de la civilización.

En la siguiente centuria se produciría el encuentro de China con las potencias europeas, a las que se sumarían Estados Unidos —potencia emergente— y Japón, otrora país tributario de China y su hijo cultural, y que en el último cuarto del siglo XIX comenzó a levantarse como la primera potencia mundial asiática de la historia contemporánea. Entre 1840-1842, cuando Gran Bretaña infringió la primera derrota militar al “imperio del centro”,⁵ en la denominada “primera guerra del opio”, y 1900, año del aplastamiento de la rebelión “boxer” (“puños armoniosos”) por ocho potencias extranjeras (seis europeas, Estados Unidos y Japón), China sufrió el azote del imperialismo y su propia decadencia interna.

Aunque China no fue convertida en colonia, debió abrirse al comercio mundial, obligada por las cañoneras de las potencias extranjeras a las que tuvo que entregar concesiones territoriales portuarias y en otros puntos del interior como pago de indemnizaciones por cada derrota militar que aquéllas le propinaban. Privilegios como la extraterritorialidad jurídica en los territorios concesionados, debieron extenderse a otras potencias no involucradas en guerras con China, merced a la cláusula de la nación más favorecida, pilar doctrinario del liberalismo económico impuesto en el siglo XIX por los poderosos. A finales de ese siglo, Estados Unidos postuló la llamada “política de puertas abiertas” en China, que no era otra cosa que exigir su participación en el reparto de “zonas de influencia” en ese país.

Durante la primera mitad del siglo XX, en China estalló una revolución nacionalista que acabó con la dinastía imperial. La fundación de una república en 1912, que no pudo consolidarse en todo el territorio sino hasta 1927, marca el inicio de la era contemporánea en la larga historia de ese país oriental. Una década después, los japoneses ocupaban militarmente las principales capitales chinas y toda la costa del país, en una sangrienta y predadora invasión que auspició la formación de un frente común antijaponés, bajo el liderazgo nominal de Chiang Kai-shek, entre el gobierno del Guomindang, o nacionalista, y su archirrival, el Gongchandang (Partido Comunista, fundado en 1921). Esta alianza de conveniencia fue un segundo experimento cuyo antecedente había sido un frente unido establecido en 1923, roto violentamente por el mismo Chiang Kai-shek en 1927.⁶

La invasión japonesa, que se prolongó de 1937 a 1945, produjo dos efectos

⁵ El nombre de China en su idioma propio es *Zhongguo*, que significa literalmente “reino o país centro”.

⁶ André Malraux relató de forma novelada, en su extraordinario libro *La condición humana*, los sucesos de esa ruptura de 1927 y la consiguiente matanza de comunistas en Shanghai; hechos que le tocó presenciar porque él trabajó en China con el ala izquierda del Guomindang en calidad de activista revolucionario internacional.

inesperados, que serían determinantes en la historia contemporánea de China. Uno, el fortalecimiento de los comunistas chinos y su triunfo definitivo sobre los nacionalistas en la guerra civil de 1946-1949, que desembocó en la creación de la República Popular bajo el liderazgo de Mao Zedong y otros curtidos revolucionarios. El otro efecto fue la incorporación de China como parte de las cinco grandes potencias triunfadoras en la segunda guerra mundial y hacedoras del orden político mundial de la posguerra y su institución básica que todavía perdura: la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

En rigor, fueron las negociaciones sostenidas entre Estados Unidos y Gran Bretaña con su aliado ocasional y futuro rival sistémico, la Unión Soviética, las que determinaron el orden político de la posguerra y su marco institucional. En conferencias clave como la de Dumbarton Oaks (1944) y Yalta (febrero de 1945) se definió, entre otras cosas, que la nueva organización internacional —formalizada luego en San Francisco— tendría un Consejo de Seguridad compuesto por miembros permanentes y no permanentes, con virtual derecho de veto los primeros en la toma de decisiones fundamentales relativas a la preservación de la paz y la seguridad mundiales.

Esos miembros permanentes fueron, precisamente, los “cinco grandes” de los que dos lo eran por virtud del papel político que se pensaba desempeñarían en la reconstrucción geopolítica de Europa y de Asia. Me refiero a Francia y a China; la primera ocupada por los alemanes sin resistencia seria, excepto cuando comenzó el final del nazismo, y la segunda por los japoneses, pero donde hubo desde el principio la suficiente resistencia como para obligar a Japón a mantener alrededor de un millón de tropas en territorio chino, mismas que el “imperio del sol naciente” nunca pudo re-desplegar para hacer frente al asalto norteamericano a las islas del Pacífico, en especial Okinawa.

A mediados del siglo pasado, China era una nación dividida en dos regímenes políticos, uno de los cuales, la República de China en Taiwán, sobrevivió bajo la protección de Estados Unidos y consecuentemente se alineó con esta potencia en la bipolarización mundial que predominaría hasta fines de la década de los ochenta; mientras el otro régimen, la República Popular, haría temporalmente mancuerna con la URSS para confrontar al capitalismo en una guerra fría que para los chinos comunistas se volvió guerra de verdad durante el conflicto de Corea (1950-1953), y se calentó mucho durante la última fase de las guerras de Indochina y Vietnam (1963-1973).

En lo económico, China Popular era un país subdesarrollado que durante sus primeros 10 años de existencia obtuvo créditos por parte de la URSS, así como ayuda técnica para la construcción económica y respaldo militar para enfrentar las amenazas norteamericanas. Pero en los subsiguientes 18 años (la década de los sesenta y casi toda la de los setenta), como subproducto de su ruptura con Moscú, China Popular recurrió a una autarquía económica, científica y tecnológica, así como a una diplomacia beligerante que fomentaba las revoluciones en el Tercer Mundo, como camino de su desarrollo, con resultados nada despreciables. En el periodo 1952-1978 (26 años):

- La población total pasó de 574.82 a 962.59 millones de personas; un crecimiento medio anual de 1.93% compuesto.
- Pero el PIB lo hizo a una tasa promedio anual de 6.4%, con lo que el per cápita aumentó en un promedio de 4.5%, impulsado principalmente por un elevado esfuerzo de inversión, cuyo incremento medio fue de 6.6% al año.⁷
- En 1964 y 1968, China explotó su primera bomba atómica y de hidrógeno, respectivamente, sin ayuda externa.
- En octubre de 1971, la República Popular recuperó el asiento de China en la ONU y, en consecuencia, su posición como miembro permanente del Consejo de Seguridad de dicha organización. Terminó el aislamiento político del régimen comunista.
- En diciembre de 1978 se anunciaron las reformas económicas y la apertura al exterior, que emprendió China bajo la dirección de Deng Xiaoping y que arrojarían resultados espectaculares en los subsiguientes 24 años.

El caso de la India

La prehistoria de la India se remonta al periodo neolítico de la edad de piedra, en la que a juzgar por los hallazgos arqueológicos en el valle del Indo, los habitantes del subcontinente fueron dispersados y asimilados en parte por tribus invasoras drávidas, que probablemente vinieron del oeste. La ausencia de referencias escritas hace incierto el conocimiento sobre esa época, pero hacia mediados del tercer milenio a.C., India sufrió la primera de una serie de invasiones de tribus del grupo lingüístico indoeuropeo.

La referencia documental más antigua son los *Veda* —colección de escritos sagrados que datan del 1200 a.C.— donde se describen las costumbres sociales, creencias religiosas y logros culturales de la India antigua, en la que se entremezclan la cultura indoaria y drávida para formar el periodo védico, que se prolongó, a través de varios estados (reinos y repúblicas), hasta la expedición de Alejandro III “el magno”, en el año 326 a.C. Una herencia cultural importante del periodo de los reinos védicos son el budismo y el jainismo.

En los siguientes siglos el subcontinente indostánico fue escenario de numerosas invasiones de pueblos nómadas y seminómadas procedentes del oeste y del este, que se fusionaron con los pueblos sedentarios y forjaron un enorme sincretismo religioso, social, político y cultural. A diferencia de China, no hubo un desarrollo constante a través de dinastías que unificaban al país, con cierta homogeneidad cultural, temporalmente dislocada por invasiones de tribus nómadas, sino saltos de unos periodos a otros de florecimiento y decadencia: dinastías Maurya y Kusana; imperio Gupta, etcétera.

Desde el siglo X de nuestra era se presentaron las invasiones musulmanas y de los mongoles en la India, que establecieron reinados de duración variable. Entre ellos el de Muhammad de Gur, 1173-1203, a quien la mayor parte de los his-

⁷ Eugenio Anguiano *et al.*, *China contemporánea. La construcción de un país (desde 1949)*, México, El Colegio de México, 2001, p. 403.

toridores considera el fundador real del poder musulmán en India. Hacia fines del siglo XIII, los mongoles comenzaron a infiltrarse en las fronteras norte del dominio musulmán, y en 1398 Tamerlán invadió las llanuras indo-gangeáticas y destruyó totalmente la ciudad de Delhi, pero se retiró de la India en búsqueda de su ambición truncada: la reconquista de China.

En 1526, Babur (“tigre”), descendiente turco de Tamerlán por parte de padre y de Gengis Kan por parte de madre, acabó con una efímera línea de reyes Lodi, y se proclamó emperador, iniciando la era del imperio mogol, que alcanzó su apogeo con Aurangzeb (1659-1707), y luego desapareció, ante el avance de potencias occidentales y del imperialismo de alcance global. Portugal, Holanda, Francia y Gran Bretaña establecieron enclaves en el subcontinente indio, que incluía a los actuales Pakistán, Bangladesh, Sri Lanka y la India.

Pero fue Gran Bretaña la que paulatinamente se apoderó de la India, primero por medio de la Compañía de las Indias Orientales (1600-1874), y a partir de 1858 la gobernó directamente por medio de un virreinato: el llamado “Raj británico”. Esta época colonial se prolongó hasta 1947, cuando finalmente los británicos se salieron de la India, después de partirla en dos países, uno musulmán, que adoptó en nombre de Pakistán (oeste y este), y la India, que en enero de 1950 puso en vigor su constitución política, que la define como una república democrática soberana de la Mancomunidad Británica de Naciones (Commonwealth), laica y federal. Su sistema de gobierno es parlamentario, aunque cuenta con jefe de Estado, y el poder legislativo federal es bicameral.

Evolución comparada

A diferencia de China, India estuvo sometida durante su historia a sucesivas dominaciones extranjeras, la última de ellas en forma de colonialismo directo. En 1952, la India ya independiente tenía 372 millones de habitantes, con un producto per cápita de 609 dólares, a precios de 1990, mientras que China Popular contaba ese mismo año con 569 millones de habitantes, cuyo producto por persona era de 537 dólares a precios de 1990. En 1995, las poblaciones de China y la India eran de 1 205 y 917 millones, respectivamente, con ingresos promedio, medidos en dólares internacionales comparables, que se ubicaban en 2 653 y 1 568, respectivamente.⁸

Ambos países, los más poblados de la Tierra y tercero y séptimo lugar por cuanto a tamaño territorial, han registrado en los últimos 20 años un acelerado crecimiento económico, que va del brazo de una creciente inserción de ambos en la globalidad económica. Por su peso específico (población, territorio y producto), estas dos naciones se colocan entre las principales del mundo, aunque ambas han pasado de épocas de grandeza a otras de decadencia.

Usando como indicador de esas vicisitudes el tamaño económico relativo chino e indio, se tiene lo siguiente: en 1700, China participaba con 23.1% del PIB

⁸ Angus Maddison, *Chinese economic performance in the long run*, OECD, 1998, p. 40 (cuadro 2.1).

mundial y la India⁹ con 22.6%. Europa, excepto Rusia y Turquía, significaba el 23.3% de la economía mundial, mientras que Estados Unidos ni siquiera existía. En 1952, los PIB de China e India representaban apenas 5.2 y 3.8%, respectivamente, de la economía mundial; Europa aportaba 27.9% y Estados Unidos, la economía individual más poderosa, tenía 21.8% del PIB global.¹⁰

Lo que ocurrió a China e India fue un prolongado estancamiento económico, con duración de unos 250 años, y que estuvo acompañado, en relaciones de causalidad, con una sostenida decadencia político-social, militar y por el empobrecimiento de las grandes masas de chinos e indios. Tan reciente como la década de los sesenta del siglo pasado, se consideraba a la India a tal grado subdesarrollada, que el gran economista y sociólogo sueco Gunnar Myrdal elaboró, bajo los auspicios de la Fundación Siglo XX y del Instituto de Estudios Económicos Internacionales de Estocolmo, una “investigación sobre las causas de la pobreza de las naciones” y escogió como representativa de ese fenómeno a Asia del sur (India, Pakistán y Sri Lanka) y parte del sudeste asiático (Birmania, Indonesia, Tailandia y Malasia). El estudio llevó casi siete años en hacerse y se publicó en 1968, en tres tomos (más de 2 000 páginas), bajo el título de: *Asian Drama: An inquiry into the Poverty of Nations*.

Al comenzar el siglo XXI, India y China siguen siendo países en desarrollo, con un nivel de ingreso per cápita bajo y sociedades pobres, pero con una dinámica de crecimiento que rompe todos los moldes recientes.

Las siguientes cifras resumen las situaciones de estancamiento y las del portentoso resurgimiento reciente de China y la India:

Tasas medias anuales compuestas de crecimiento (%)

	1820-1952	1952-1978	1978-1995
China	0.22	4.40	7.49
India	0.54	4.02	4.63
Japón	1.74	7.85	3.21
Europa	1.71	4.27	1.74
Estados Unidos	3.78	3.46	2.47
URSS/Rusia	2.08	4.75	-5.56
Mundial	1.62	4.52	2.70

Fuente: Angus Maddison, *Chinese economic performance in the long run*, OECD, 1998.

Vecindad y rivalidad entre el dragón y el tigre de Bengala

Dos de las más brillantes civilizaciones que ha producido la humanidad, India y China, localizadas una al lado de la otra en el extenso continente de Eurasia, emergieron después de un largo periodo de dominación extranjera y crearon nuevos estados casi al mismo tiempo: la India, independiente en 1947, se convirtió en

⁹ Incluía a Pakistán, Bangladesh y Sri Lanka.

¹⁰ Angus Maddison, *op. cit.*, p. 40.

república federal en enero de 1950 y la República Popular China se proclamó en octubre de 1949. A fines de ese año, se establecieron las relaciones diplomáticas entre los nuevos estados chino e indio.

Comenzaba con buenos augurios una relación de amistad y cooperación política entre los dos vecinos, que en octubre de 1950 sufrió su primer tropiezo, cuando efectivos del Ejército Popular de Liberación de China ocuparon el Tíbet, región de los Himalayas donde la India ha tenido intereses históricos y sobre la cual heredaron de los ingleses privilegios especiales. Nueva Delhi manifestó en sendas notas diplomáticas formales su preocupación por la medida de fuerza adoptada por Beijing y de la cual no alertó a sus amigos indios a los que había dicho que la anexión efectiva del Tíbet se haría por medios pacíficos y mediante negociaciones con la teocracia dominante en esa región. China rechazó de manera tajante los reproches de la India, señalando simplemente que el Tíbet era parte inalienable de su soberanía territorial y que su manejo era un asunto de carácter estrictamente interno.

El gobierno de la India, formado por el Partido del Congreso, que gozaba de amplia popularidad, y en particular Sri Pandit Jawarharlal Nehru, que fue primer ministro desde la independencia del país y hasta su muerte ocurrida en mayo de 1964, tenían toda la intención política de forjar una estrecha relación con China comunista, de allí que en las Naciones Unidas fuera India el único país no comunista que apoyara la causa de China Popular para recuperar su lugar en esa organización internacional, detentado por Taiwán, y cuando estalló el conflicto de Corea a mediados de 1950, los indios se opusieron a las decisiones de la Asamblea General que iban en contra del gobierno de Beijing.

En esos primeros años de diplomacia multilateral se forjó una especial neutralidad de la India, que fue considerada por Estados Unidos como inaceptable para sus intereses y para la “defensa de la democracia en el mundo”. Paradójicamente, la democracia más poblada entró en conflicto político con Estados Unidos que se decía defensor de tal sistema político ante “la agresión comunista mundial”, supuestamente desatada por la URSS y sus satélites, el principal de ellos, por su tamaño, China continental.

Durante los 45 años que aproximadamente duró la guerra fría, la India asumió el liderazgo de un tercer camino que se corporizó en los años sesenta bajo el membrete de Movimiento de Países No Alineados. Este movimiento comenzó a tomar forma en 1954, con el histórico acuerdo suscrito en Nueva Delhi en junio, por Zhou Enlai y Nehru, de los “cinco principios de coexistencia pacífica”, o como India prefiere llamar, los principios de Panchsheel: respeto recíproco por la integridad territorial y soberanía de cada parte; no agresión; no interferencia en los asuntos internos de la otra parte; igualdad y beneficio mutuo, y coexistencia pacífica.

Esos principios fueron adoptados por la conferencia de países afro-asiáticos que se efectuó en Bandung, Indonesia, en 1955 y a la cual asistió China, rompiendo por primera vez el aislamiento que Estados Unidos se empeñaba en imponerle, gracias al activismo diplomático de la India que venció resistencias de varios gobiernos de Asia y África empeñados en ignorar al régimen comunista chino.

A partir de esos hitos en materia de estrecha cooperación sino-india comenzó, justo a mediados de los cincuenta, una creciente animadversión entre ambos estados, que se convirtió en conflicto político e incluso en un enfrentamiento militar en 1962, a lo largo de las fronteras comunes, en particular la del Himalaya; enfrentamiento de corta duración pero muy intenso y en el que la India sufrió una humillante derrota. Ambas partes se acusaron de haber violado el espíritu de convivencia pacífica para favorecer sus intereses geopolíticos.

Una de las principales causas de esos conflictos es la situación del Tíbet, donde en 1959 hubo una rebelión armada que China aplastó enérgicamente y a raíz de la cual el líder espiritual y temporal de la teocracia tibetana, el Dalai Lama, huyó con algunos miles de sus seguidores a la India, donde hasta la fecha goza de asilo político. La posición de Nueva Delhi ha sido siempre la de considerar que el Tíbet es parte indiscutible de China y, al mismo tiempo, la de abogar porque en esa Región Autónoma —como se le clasifica oficialmente en China— exista precisamente plena autonomía y a partir de ella, tolerancia religiosa y convivencia armónica entre chinos y tibetanos. Nueva Delhi también pide la apertura de rutas comerciales y de peregrinos entre los estados o gobiernos de los Himalayas: Nepal, Bhutan, Sikkim (absorbido en 1975 por la India como provincia suya, ante el rechazo de China) y Tíbet.

También hay disputas fronterizas, derivadas de trazos y tratados internacionales impuestos por los británicos, cuando la India era su colonia y en China gobernaba una débil dinastía Qing. Una de esas disputas es por el territorio de Cachemira, que limita al norte con Afganistán y China, y del cual esta última controla una parte relativamente pequeña de los más de 222 000 kilómetros cuadrados que se disputan, por entero, India y Pakistán.

Pero aparte de la guerra fronteriza de 1962 y de otra limitada confrontación militar ocurrida en 1986-1987, China e India han convenido en congelar los diferendos fronterizos y desde 2002 se reanudaron negociaciones para resolverlos pacíficamente y en forma definitiva. No obstante, las confrontaciones por motivos geopolíticos, que se manifestaron desde la década de los sesenta, perduran hasta la fecha aunque el entorno político mundial ha cambiado radicalmente.

En la época de la guerra fría (*ca.* 1947-1985), las fricciones entre la India y China, aunadas a otros fenómenos, como la ruptura ideológica y rivalidad política entre los otrora aliados chinos y soviéticos, así como las guerras y conflictos permanentes entre India y Pakistán, llevaron a situaciones que a mediados del siglo xx hubieran parecido inconcebibles.

India democrática y no alineada, suscribió con la URSS un tratado de amistad que la convirtió de hecho en aliada de la potencia adversaria del bloque occidental encabezado por Estados Unidos, quien, a su vez, encontró desde mediados de los cincuenta como aliado conveniente en Asia meridional y central a Pakistán, país plagado de golpes militares y de dictaduras.

China comunista también se fue acomodando, desde esas fechas, a una alianza *de facto* con Islamabad, para balancear a la India, y por ello asistió con ayuda económica y militar a los diferentes gobiernos pakistaníes, incluso con el suministro de materiales y tecnología para el desarrollo de armas nucleares.

Cuando a partir de 1971 China y Estados Unidos comenzaron a normalizar sus relaciones bilaterales y su interés por contener la influencia soviética en Asia coincidió, entonces se produjo una paradójica confrontación de fuerzas: por un lado, la URSS e India unieron esfuerzos y conveniencias para hacer frente, política y militarmente si fuera el caso, a la triada formada por China, un país comunista antes aliado de Moscú y enemigo principal de Washington en Asia; Pakistán, país dictatorial donde el fundamentalismo islámico encontró refugio, y el propio Estados Unidos, autoproclamado paladín de la democracia y la libertad, que en septiembre de 2001 sufriera terribles ataques terroristas orquestados por el integrismo musulmán.

De la rivalidad conflictiva a la competencia pacífica

El fin de la guerra fría, seguido al poco tiempo por el derrumbe de los regímenes comunistas en Europa Oriental y la desaparición misma de la Unión Soviética a fines de 1991, trajeron una nueva etapa de transformaciones en las relaciones entre China y la India.

Hacia el interior de cada uno de esos países se adoptaron dramáticas reformas económicas y ambos fueron, a diferente ritmo, insertándose en la globalidad económica, dominada por la economía de mercado capitalista. El socialismo económico y sus diferentes híbridos entraron en franca bancarrota desde, por lo menos, fines de la década de los setenta y dejaron de ser viables desde el colapso del “socialismo real” (cuya caída se explica en gran parte por el fracaso de los sistemas de planificación económica compulsiva y centralizada).

China ha sobrevivido al derrumbe del sistema inspirado en el marxismo-leninismo, gracias a un reformismo pragmático que le ha acarreado notables éxitos económicos. Se fueron eliminando gradualmente formas de colectivismo económico, que habían definido a la China de Mao, como las comunas populares, a la vez que se introdujeron incentivos materiales en el campo, contratos de largo plazo para el usufructo de la tierra y mercados populares donde se compra y vende al mejor postor. En el sector secundario, se reformó la administración de industrias y empresas estatales y colectivas, para darles autonomía de operación y adoptar instrumentos de mercado tales como salarios, intereses, rentas, reservas de depreciación y utilidades, en vez de contrataciones vitalicias de obreros, asignación de recursos mediante el plan central y fijación de precios oficiales. En el sector terciario comenzaron a aparecer empresas privadas familiares, que luego se volvieron corporaciones típicamente capitalistas y que junto a las empresas extranjeras, cuya operación comenzó en China en la década de los ochenta, constituyen un sector privado que crece más rápidamente que el estatal y el de propiedad colectiva.

Con las últimas reformas a la Constitución Política de China de 1982, introducidas en marzo de 2004, la protección a la propiedad privada tanto de nacionales como de extranjeros alcanzó pleno reconocimiento, aunque se mantuvo la figura de la eventual expropiación, “de acuerdo con lo establecido por la ley” y mediante el pago de la correspondiente compensación. Junto a esto, el poder en China lo sigue ejerciendo en realidad el Partido Comunista, aunque haya forma-

lismos en cuanto a poderes nominales convencionales: un poder legislativo (Asamblea Popular), donde se supone reside la soberanía del pueblo; un consejo de Estado, y autoridades judiciales.

Hoy día, ¿qué tipo de sistema económico prevalece en China? Sus dirigentes lo definen como socialista, aplicado en un país en desarrollo y con un grado de evolución que llaman “socialismo de mercado”.

En 2003, el PIB de China equivalía a 1.4 billones de dólares a precios de mercado, el sexto mayor del mundo. Es una economía bastante abierta, ya que las exportaciones de bienes y servicios representaron en 2002 el 49% del PIB. Con sus compras multimillonarias al resto del mundo (las importaciones en 2003 fueron de 394 mil millones de dólares), China es ya un motor de impulso a la economía mundial y su demanda por petróleo, cobre, aluminio, hierro y acero, soya y otras materias básicas contribuyó el año pasado a la elevación global de los precios de tales insumos.

Las finanzas de China son muy sólidas, ya que para marzo de este año había acumulado reservas internacionales por 440 000 millones de dólares, una parte considerable de esas reservas está invertida en bonos de Tesorería de Estados Unidos; junto con Japón, Corea del Sur y Taiwán, China está financiando el creciente endeudamiento de la mayor potencia capitalista del mundo.

Por su parte, India también se embarcó en reformas económicas estructurales y cambios muy importantes de política exterior. En cuanto a las primeras, desde el gobierno de P.V. Narasimha Rao (1991-1997), del Partido del Congreso, se fue reduciendo el papel del Estado en la vida económica y se inició una modesta apertura de la sobre protegida economía india. Los planes quinquenales de desarrollo se hicieron cada vez más indicativos que reales, hasta prácticamente desaparecer. Las señales del mercado se han respetado más en la orientación de la producción y el consumo que la planificación.

En el gobierno del derechista Partido Bharatiya Janata (BJP) se continuaron las reformas económicas, aunque con altibajos pero sin el abandono de la visión de largo plazo: completar el tránsito de una economía semisocialista a una de mercado. En materia de política exterior, el primer ministro Atal Vihari Vajpayee (1997-2004) procuró dos objetivos: por una parte, un acercamiento a Estados Unidos que borrara más de cuatro décadas de desencuentros, y por la otra, emular a China en cuanto al proceso de reformismo pragmático, a la vez que pudieran limarse divergencias para entrar a una etapa de coexistencia pragmática con el vecino rival.

Para lograr ambas cosas, Vajpayee ordenó la reactivación de los esfuerzos nucleares con fines bélicos que habían sido abandonados después de la prueba nuclear subterránea de 1974, realizada durante una de las administraciones de Indira Gandhi y que se anunció como un ensayo para la paz. Este experimento provocó críticas generalizadas de Estados Unidos y de las democracias liberales avanzadas del mundo; la de China, e incluso irritó al jerarca soviético Leonid Brezhnev, quien se hallaba empeñado en una compleja negociación con Estados Unidos para reducir los arsenales nucleares de ambos y hacer avanzar el interés de las dos superpotencias por impedir la proliferación de países poseedores de armas de destrucción masiva.

El cálculo de los gobernantes del Partido del Congreso era que se reconociera internacionalmente el estatus de potencia nuclear de la India, sin que ésta tuviera que gastar recursos escasos en pruebas nucleares continuas, y que ese estatus fuera suficiente para disuadir a China de la eventualidad de desplegar una diplomacia de fuerza frente a la India, respaldada por la capacidad nuclear que los chinos desarrollaron desde mediados de la década de los sesenta. Pero los resultados fueron contraproducentes: la neutralidad y el pacifismo indios quedaron mellados; China aprovechó para justificar su desarrollo nuclear bélico; la desconfianza de Estados Unidos hacia India aumentó; Pakistán comenzó a buscar, por todos los medios, su propia bomba atómica y eventualmente encontró el apoyo de los chinos, e India perdió irremisiblemente su fuerza moral para postular la prohibición total de pruebas nucleares.

Catorce años más tarde, el gobierno de Vajpayee efectuó cinco pruebas nucleares subterráneas (mayo de 1998) —que pronto fueron seguidas por otras de Pakistán de menor potencia¹¹— para mostrar la capacidad de disuasión de la India contra China. De esta manera se rompió el statu quo en materia de proliferación de las mortíferas armas nucleares, que se basaba en la aceptación de que sólo los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU mantendrían su posición de potencias nucleares y que mediante persuasiones diplomáticas y la existencia de tratados internacionales, como el de no proliferación y el de prohibición total de ensayos nucleares, se impediría que se sumaran otros países al club nuclear de los cinco, a pesar de que varios de ellos se hallaran en el “umbral nuclear”; eufemismo para implicar la posesión de esas armas: Israel, Sudáfrica (cuyo nuevo régimen renunció al proyecto de “nuclearizarse” y desmanteló los programas correspondientes), la India, Corea del Norte y otros.

India hizo saber al presidente Bill Clinton que su intención no era provocar una escalada en la proliferación de naciones poseedoras de armas nucleares, ni tampoco quería utilizar su capacidad bélica en ese terreno para atemorizar a Pakistán —con quien la India ha librado tres guerras y numerosos choques militares en Cachemira—, sino alcanzar una capacidad de disuasión nuclear frente a China, poseedora de tales armas de destrucción masiva (ADM), a la que consideraba una auténtica amenaza potencial para su seguridad.

Estos argumentos, expuestos en forma de una misiva confidencial de Vajpayee a Clinton, fueron filtrados a la prensa estadounidense, lo cual provocó tensión entre India y China. El presidente de Estados Unidos quiso castigar a Nueva Delhi por lo que consideraba un torpedeo al Tratado de Prohibición Total de Ensayos Nucleares (TPTEN), que había sido apoyado por él y había suscrito poco antes de que terminara su administración. De todas maneras, el carismático líder estadounidense visitó la India en marzo de 2000 —primer presidente de Estados Uni-

¹¹ Las pruebas nucleares indias se realizaron los días 11 y 12 de mayo en la base destinada para estos ensayos de Pokaran, en el desierto de Rajasthan, y el número exacto de explosiones se desconoce. Los días 28 y 30 de mayo, Pakistán efectuó seis pruebas, según versión oficial. Véase en el número de diciembre de 1998, de la revista *Current History*, los tres primeros artículos (Patrap Bhanu Mehta de India, Samina Ahmed de Pakistán y Toby F. Dalton), que se agrupan bajo el subtítulo de “Nuclear South Asia”, pp. 403-417.

dos en hacerlo desde el viaje de Jimmy Carter en 1978— y se ganó al parlamento indio en un muy bien logrado discurso en el que si bien mantuvo su crítica a la decisión india de buscar la “nuclearización”, lo hizo en un “tono respetuoso y dio la sensación de un debate entre iguales”.¹² Esto satisfizo a la clase política india que siempre se quejó del desdén norteamericano por las aspiraciones de la India de ser reconocida como potencia mundial y porque a través de los años los gobiernos de Estados Unidos han preferido entenderse con China comunista, considerada su enemiga por 22 años, que con la democracia más populosa de la tierra.

Con la llegada de George W. Bush a la presidencia, el gobierno del Partido Janata dio un salto cualitativo en su reacomodo con Estados Unidos. Vajpayee respaldó la decisión del nuevo gobierno republicano de repudiar el TPTEN que su predecesor había suscrito pero el Congreso estadounidense no había ratificado, y el gobierno indio festinó la muy criticada, por círculos pacifistas de Estados Unidos y otras partes del mundo, determinación de Bush de abandonar los compromisos del tratado de defensa antibalística contraído con Rusia en favor de la reactivación de tal tipo de defensa. El canciller indio expresó su “total comprensión a los imperativos de la venidera transformación en las estrategias de disuasión en favor de tecnologías defensivas”.¹³

Pero donde el derechista gobierno de Vajpayee “echó la casa por la ventana”, fue después de producirse los trágicos ataques terroristas en Estados Unidos del 11 de septiembre de 2001. Le ofrecieron a Bush facilidades territoriales para operaciones militares y políticas en Afganistán, y la India fue de los primeros países en apoyar la guerra que declaró Bush contra el terrorismo, la cual incluye el controvertido concepto de guerras preventivas (*preemptive wars*) contra objetivos que Estados Unidos considere terroristas, incluidos países.

A pesar de las críticas que se ganó esa diplomacia, la administración del Janata consolidó cambios de fondo en la política exterior de India. Entre ellos, el alejamiento definitivo del no alineamiento que predominó en la diplomacia india por casi 50 años; el posicionamiento de la India como potencia regional, poseedora de armas nucleares, con pretensiones de influir en asuntos mundiales y de desempeñar un rol principal en las acciones colectivas para el mantenimiento de la paz y seguridad globales (es decir, la aspiración india de convertirse en un miembro permanente más del Consejo de Seguridad de la ONU); entendimiento pleno con China, a partir de posiciones de igualdad de fuerzas y el traslado de la rivalidad de años a un terreno de competencia civilizada, junto con una creciente interdependencia económica entre ambos gigantes asiáticos; replanteamiento de las frustradas negociaciones con Pakistán sobre la posesión de Jammu y Cachemira, pasando por los temas de los derechos civiles y de la libre autodeterminación del pueblo cachemir a un nivel menos importante que el problema del terrorismo en la zona y la adopción de medidas que eviten crisis inesperadas.

¹² C. Raja Mohan. *Crossing the Rubicon. The Shaping of India's New Foreign Policy*, Palgrave, Macmillan, 2003, p. 93.

¹³ *Ibid.*, p. 95.

El futuro de China y la India

Con 1 300 y 1 100 millones de habitantes, respectivamente, China e India se aproximan a un estadio propicio para saltar al desarrollo económico y social. Aún les falta trecho por recorrer y ambos cargan con pesados fardos típicos del subdesarrollo. Porcentaje alto de población que vive en el límite extremo de la pobreza; fanatismos religiosos y la inercia del sistema de castas en la India que lastran la funcionalidad de la democracia en el país, y en el caso chino la persistencia de un sistema político autoritario con arranques incomprensibles de intolerancia (por ejemplo, la persecución de la secta religiosa del *falun gong*); problemas graves en ambos países de contaminación ambiental y de limitación de recursos hídricos; excesiva burocracia en el caso de la India, y en el de China falta de contrapesos a decisiones de la autoridad central; gestación de un serio problema con la creciente población que está entrando a la edad de jubilación; ausencia de sistemas de seguridad social, e indicadores de atraso social que se resumen en las cifras del indicador de desarrollo humano que elabora el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD). De 28 países de Asia, China ocupa el 16° lugar, con un índice de desarrollo humano de 78.8 (el más alto de la región lo tiene Australia: 93.6, y el más bajo Nepal: 48.0), mientras que la India ocupa el lugar 22, con un índice de 57.1.

China y la India son, en general, países pobres con un alto porcentaje de población rural, y un precario balance entre población y recursos naturales. No obstante, son países nuevos herederos de antiguas civilizaciones que, por su peso específico (población, territorio y tamaño económico total), desempeñan un papel muy importante en el sistema político internacional. Son potencias medias nucleares y con un considerable ritmo de avance tecnológico. Ambos países tienen una muy numerosa e influyente diáspora: la china integrada por comunidades muy ricas que dominan economías completas o buena parte de ellas en el sudeste de Asia (Singapur, Hong Kong, Taiwán, Indonesia, Tailandia, etc.) y también han penetrado en países como Canadá y Estados Unidos. La diáspora india, compuesta por un gran número de profesionales de alta calidad y científicos, también cuenta con prósperas comunidades en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países europeos.

No hay duda que esos dos países asiáticos se han insertado en la globalización económica, científica y tecnológica con gran acierto. China, más que India, participa en las grandes ligas del comercio mundial y de los flujos internacionales de capital. Lo mejor que puede pasarle al mundo, es que esos dos países no sufran colapsos económicos graves, porque sus crisis podrían desestabilizar a toda Asia y probablemente al resto del mundo. En hora buena que los dirigentes de ambos países orienten su política bilateral hacia una verdadera coexistencia pacífica, en vez de los recelos y excesivas sensibilidades geopolíticas que en el pasado reciente los ha puesto al borde de la guerra entre ellos ●

C Norberto Bobbio y el marxismo*

Arnaldo Córdova**

Cuál fue, objetivamente, la contribución real de Marx al conocimiento científico de la sociedad y del Estado moderno, es un tema que, a pesar de casuales debates o de momentos en los cuales a algunos les ha interesado tratarlo, sigue siendo un campo abierto que, ahora, cuando todo mundo lo trata como a un “perro muerto”, tal y como él mismo dijo que fue tratado Hegel después de su muerte,¹ la cuestión es todavía de menor interés. Transformado en demonio o en ángel exterminador, lo mismo por los marxistas que por los antimarxistas, Marx acabó volviéndose, muy poco después de su muerte, un icono carente de significado real como hombre, como científico y como revolucionario. Por así decirlo, Marx fue arrebatado a la ciencia para convertirse en un ideólogo que hoy está pasado de moda y que a ninguno interesa ya.

Aquí quisiera comenzar con un recuerdo personal. Ingresé al Partido Comunista Mexicano en 1956. Fui a estudiar a Italia de fines de 1961 a fines de 1964. Como le ocurrió a millones de personas en el mundo entero, fui un marxista dogmático, adocenado y fanático. En Italia aprendí a ver a Marx como uno de los muchos grandes constructores del pensamiento científico moderno. El primero que me lo sugirió fue Galvano della Volpe, una mañana de otoño de 1962, en que fui a verlo a su casa de Piazza Vescovio en Roma. Recuerdo que me dijo: “Marx no sólo fue un ideólogo de la revolución proletaria. Fue un cultivador de la ciencia que contribuyó a hacer del conocimiento de la sociedad y de la historia un conocimiento científico. Tenemos que recuperar la imagen del Marx hombre de ciencia, sobre todo, para evitar que se le siga tratando como un demagogo incendiario”. Fue la única vez que pude ver a Della Volpe.

A Norberto Bobbio lo vi sólo dos veces en mi vida y fue en ocasión de dos conferencias que en tiempos diversos fue a dictar al Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad de Roma, donde yo hice mis estudios. En una de ellas, al término de su exposición, alguien le preguntó si él consideraba a Marx entre los

* Ponencia presentada el 27 de octubre de 2004 en el Seminario Internacional “El pensamiento jurídico y político de Norberto Bobbio”, organizado en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, del 26 al 28 de octubre de 2004.

** Investigador emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Karl Marx, *El capital*, trad. de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1946, t. I, p. 18: “esos gruñones, petulantes y mediocres epígonos que hoy ponen cátedra en la Alemania culta, dieron en arremeter contra Hegel al modo como lo hizo el bueno de Moses Mendelssohn arremetía contra Spinoza en tiempo de Lessing: tratándolo como a ‘perro muerto’”.

grandes constructores de la ciencia moderna y, sin pestañear, dijo: “Pero, por supuesto. Marx hizo grandes contribuciones al conocimiento de la sociedad moderna y creo que nadie se lo regatea. Desde luego, todo lo que dijo Marx, como todo lo que dijo Hegel y como todo lo que dijo Kant, es altamente discutible, pero eso no le resta mérito alguno, como a todos los demás. Lo que me parece totalmente fuera de lugar es que muchos quieran presentárnoslo como si fuera el único hacedor de la ciencia y, además, como el Cristo de la nueva sociedad”. Y eso mismo lo dijo años después, por escrito, en un famoso ensayo de crítica al marxismo: “la grandeza de Marx como crítico de la economía clásica, como historiador, como filósofo y, en general, como científico está absolutamente fuera de todo cuestionamiento”, agregando que “la obra de Marx [es] un instrumento de primer orden para entender la realidad, incluida la de hoy”.²

Desde entonces leí mucho a Bobbio y a menudo encontré que él no era fiel a lo que dijo en aquella conferencia. Sus referencias a Marx me parecieron siempre genéricas y, en realidad, muchas veces no eran referencias a Marx, sino a sus intérpretes más dogmáticos. A menudo hablaba de las más obtusas y romas didascalías que se difundían sobre el pensamiento de Marx. Casi nunca lo cita textualmente. Son siempre máximas que injustamente y sin mucha reflexión quieren expresar su pensamiento, como aquella de *El manifiesto*, en la que Marx define al Estado como un comité administrativo de los asuntos de la burguesía. O aquella otra de *El capital*, en la que define el poder político como “la fuerza concentrada y organizada de la sociedad”.³

No me cabe duda del inmenso respeto que Bobbio tuvo por Marx y de su deseo de encontrar algo en él con lo cual poder identificarse. Su rigor intelectual lo acercaba a Marx del mismo modo que a los demás grandes pensadores de la humanidad y con la misma curiosidad científica que buscaba entenderlos y extraer de ellos sus grandes contribuciones, exponiéndolos con gran maestría en el gran fresco que nos ofrece aquella galería a la que se refería Hegel en un célebre discurso, en la que cada generación va colocando sus aportes a través de la historia.⁴ Pero es evidente que Bobbio, no obstante el enorme interés y hasta la

² Norberto Bobbio, “Esiste una doctrina marxistica dello stato?”, en *Quale socialismo?*, Turín, Einaudi, 1976, p. 31.

³ En el *Manifiesto del Partido Comunista*, en una frase que muy bien podría atribuirse a Engels, pero que muchos consideran propia del estilo de Marx, se lee, en efecto: “El gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa”, en *Obras escogidas en dos tomos*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1951, p. 25; también, *El capital*, cit., t. I, p. 841: “el poder del Estado... [es] la fuerza concentrada y organizada de la sociedad” (concepto que Bobbio solía citar).

⁴ G.W.F. Hegel, “Discurso inaugural pronunciado en la Universidad de Heidelberg, el 28 de octubre de 1816”, en *Lecciones sobre la historia de la filosofía*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955, t. I, p. 8: “La historia de la filosofía despliega ante nosotros la sucesión de los nobles espíritus, la galería de los héroes de la razón pensante, que, sostenidos por la fuerza de esta razón, han sabido penetrar en la esencia de las cosas, de la naturaleza y del espíritu, en la esencia de Dios, y que han ido acumulando con sus esfuerzo, para nosotros, el más grande de los tesoros, que es el del conocimiento racional”.

simpatía que sentía por Marx (tal vez porque era un hombre de izquierda), no sentía con él ni la más mínima afinidad. Cada vez que lo leo, cada vez me convenzo, más y más, de que Bobbio no leía mucho a Marx, no obstante que él mismo lo haya traducido al italiano y lo haya publicado.⁵ Lelio Basso, el gran socialista marxista y luxemburguiano, que en diversas ocasiones polemizó con él, y el propio Bobbio lo reporta en uno de sus últimos libros, le dijo: “Creo que [Bobbio] a Marx lo ha leído poco, porque realmente todo lo que escribe no tiene nada que ver con Marx; sólo tiene que ver con lo que los deformadores han llamado marxismo”.⁶

Creo que en Bobbio hay un dogma que penetra e informa toda su obra: el dogma del liberalismo, que él resumía siempre en la enumeración de las libertades fundamentales, de pensamiento, de expresión y de acción.⁷ Dogma, porque no es sólo el enunciado de un principio, sino la creencia profunda de que sin la

⁵ Karl Marx, *Manoscritti economico-filosofici del 1844*, prefacio y traducción de Norberto Bobbio, Turín, Einaudi, 1968.

⁶ Cit. por Bobbio, en *La mia Italia*, Florencia-Antella, Passigli Editori, 2000, p. 355.

⁷ Aquí debo dejar en claro que yo jamás podría estar en contra de la defensa, siempre encendida y batalladora, que Bobbio hace de la libertad. Estoy perfectamente de acuerdo con él que, sin la libertad, no hay nada más; mi reproche es que, sin nada más, la libertad no vale un comino. Mi convicción es que a la libertad hay que darle el mismo valor y la misma prioridad que a la igualdad. Si dejamos que, después de la libertad, todo lo que venga es bueno, por ejemplo, una igualdad en pedacitos que, muy a menudo, se esfuman, entonces estamos traicionando nuestro mismo credo libertario. Además, si es verdad que la burguesía histórica deseaba la libertad, en realidad ella, como clase, no hizo absolutamente nada por obtenerla; fueron los débiles, los discriminados, los pobres, los esclavizados, los dominados y quienes asumieron su representación los que la conquistaron. Los explotados y oprimidos siempre se las han arreglado para luchar por la igualdad, aunque no gozaran de ninguna libertad. Bobbio lo olvida muy a menudo: la libertad nos la dieron los dominados que se liberaron, no los burgueses (cosa que los mismos marxistas no supieron nunca admitir). Ése es mi problema con Bobbio. Y el problema de Bobbio es que se preocupaba más por defender la libertad del totalitarismo (el comunismo) que de los grandes tiburones del capitalismo que han acabado por hundir el concepto mismo de la libertad. Los siguientes pasajes de una carta que Bobbio escribió al brillante historiador del arte y arqueólogo Ranuccio Bianchi Bandinelli, comunista, quien, al igual que Della Volpe, le reprochaba su defensa en abstracto de la libertad, lo ponen totalmente al desnudo: “la libertad individual no es una conquista burguesa, sino una conquista humana o, por lo menos, la burguesía la ha conquistado para toda la humanidad; lo que el régimen liberal ha introducido de nuevo en el mundo, el espíritu de la libertad individual y la organización de instituciones libres, es un bien para las ‘inmensas masas humanas’ [citando una frase de Bianchi Bandinelli]”; “No es y nunca ha sido una objeción válida contra la libertad el hecho de que existan o hayan existido en todos los regímenes de libertad quienes han hecho un mal uso de ella”; “en donde de la libertad no se hace un buen uso, quiere decir que la libertad existe. Es peor, mucho peor, donde de ella no se hace un uso ni bueno ni malo, porque no existe”; “entre las cosas que se derrumban, la que deja el más grande y quizá el más irreparable vacío es el espíritu de la libertad. La única cosa que me conforta en esta crisis de civilización es que, junto a mí, veo hombres de todos los partidos y de todas las clases que no se resignan a que la libertad individual venga sepultada. ¿Qué importa que los herederos de quienes han combatido por la libertad, ahora estén dispuestos a luchar solamente por sus privilegios? Querrá decir sólo que los herederos del liberalismo no son ya ellos, sino aquellos que, no obstante el difundirse del totalitarismo en el mundo, siguen proclamando que la libertad individual es un valor positivo y no sean más que hombres de cultura, profetas desarmados” (*Politica e cultura*, Turín, Einaudi, 1974, pp. 54, 55, 56 y 57).

libertad no hay nada más. La mitad de mi ser está con él. Antes de ver a Della Volpe ya había yo medio leído y peor entendido su ensayo “De la libertad de los modernos comparada con la de los postreros”.⁸ Se lo comenté a Della Volpe y éste, lo primero que me dijo fue: “Sí, creo que nada más con ese título me dejó tendido” (literalmente, en italiano: “*mi ha steso*”). Pero entonces Della Volpe me dijo: “Bobbio no ha contestado ni podrá hacerlo, a una cuestión que le he planteado y que, claramente, no ha podido entender: cuando le digo que su libertad no es más que la libertad del hombre burgués, cree que lo estoy insultando, mientras que lo que le he querido decir es que todos los hombres somos libres sólo en la medida en que las leyes y la vida misma nos definen como burgueses. Y se hace el desentendido cuando le digo que para ser libres hay que tener medios materiales con qué serlo, si no, no somos libres”. He leído todo lo que he podido de Bobbio y, realmente, nunca toca ese problema, jamás lo enfrenta.

Ciertamente, prefiero ser libre y pobre a ser esclavo y pobre. Pero jamás he podido entender el liberalismo de Bobbio, sobre todo el que profesó antes de los años ochenta, que hace a menos, precisamente, de la desigual distribución de la riqueza que funda la división de la sociedad en clases antagónicas por sus intereses particulares y nunca he podido diluir, detrás de la imagen del hombre libre, con la que él piensa, la imagen del burgués poseedor del dinero. Basta ver el espectáculo que hoy día nos ofrece la política de las grandes naciones, en especial la de Estados Unidos, para darnos cuenta de que la utopía liberal de Bobbio está muy lejos de ser una realidad sólida. Por supuesto, hoy somos más libres que antes, sólo que no sabemos cuán más dependientes y esclavizados estamos respecto de los señores del dinero que Marx, en su limitado siglo XIX, identificaba con los poseedores de los medios de producción. Casi al despedirnos, Della Volpe me dijo: “Si alguna vez le sucede que vea a Bobbio, dígale que me debe una respuesta”.

Un poco tardíamente, Bobbio descubrió que la desigualdad social y la injusticia que conlleva son los enemigos capitales de la libertad. Pero nunca, según me

⁸ Antes de ir a Italia, yo ya había leído a Bobbio. Se trató de su pequeño libro sobre el existencialismo que el Fondo de Cultura Económica había editado en su colección de Breviarios. Apenas empezados los cursos, mi profesor de filosofía del derecho, Widar Cesarini Sforza, sabiendo que yo era marxista, me puso como mi asesor personal a un alumno suyo que era marxista. Se trataba de Umberto Cerroni. Éste, como primera lectura, me dio *La libertà comunista. Saggio di una critica della ragion “pura” pratica*, en una vieja edición que él me prestó. Luego me dijo que consultara un ensayo de Bobbio que se intitulaba “Della libertà dei moderni comparata a quella dei posteri”, que encontré en la revista *Nuovi Argomenti*, marzo-abril de 1954. El ensayo de Della Volpe, con mi muy pobre italiano de la época, lo entendí muy poco. El de Bobbio lo entendí un poco mejor. Pero como Cerroni me había advertido: “Para que veas cómo un liberal burgués entiende nuestro concepto de la libertad, lee ese escrito”, mi aversión hacia Bobbio fue clara desde un principio; pero debo confesar que, en el fondo, me convenía más Bobbio que Della Volpe, sólo que no me lo quise confesar por entonces. Un año después, con un mejor italiano, leí de nuevo a Della Volpe (*Della libertà comunista*, Milán, Edizioni Avanti!, 1963). A pesar de su enredado estilo, tipo hegeliano, Della Volpe me convenció de lo esencial: la libertad sin la igualdad o con la igualdad como un adorno secundario, no vale nada. Luego releí el ensayo de Bobbio (en el volumen *Politica e cultura*, cit., pp. 160ss.) y creo que desde entonces me conquistó y comencé de verdad a verlo como un entrañable “compañero de viaje”.

consta por mis lecturas, consideró que la propiedad privada, que puede dejar vivir a muchos, la inmensa mayoría de la humanidad, en la miseria, fuera un problema para la libertad. Yo estaba trabajando mi tesis de posgrado en Italia sobre Kant: “La relación propiedad-libertad en Kant”, la intitulé. Leí, entre mi abundante bibliografía, unos apuntes (“*dispense*”, las llamaban los italianos) de un curso que Bobbio impartió en la Universidad de Turín sobre el tema *Diritto e Stato nel pensiero di Emanuele Kant*.⁹ Me sorprendió que Bobbio, en ese curso, sólo se refiriera al problema de la propiedad hablando de Locke. Para este pensador, como es bien sabido, la función del Estado que surge del contrato social consiste en proteger al propietario privado.¹⁰ De Kant no dice nada al respecto y nunca se refirió al tema. Kant postula la libertad como el valor esencial de la persona humana y, al hablar de la propiedad, dice que ésta es un derecho inherente a la misma persona humana, al igual que Locke, lo que Bobbio registra debidamente. Pero cuando Kant ve a los participantes en la política y, valientemente, se pregunta si un propietario y un no propietario pueden hacer lo mismo, también valientemente, dice que no, que los propietarios son los llamados a decidir y que los no propietarios no tienen mucho que hacer.¹¹ Así que a los propietarios Kant los llama, literalmente, *ciudadanos activos*, y a los no propietarios los denomina, sin medios términos, *ciudadanos pasivos*. Yo ya estaba muy interesado en Bobbio y, por lo mismo, me preguntaba por qué él no tocaba el tema ni le merecía comentario alguno. En esa época todos lo hacían y recuerdo aquí los estudios de Umberto Cerroni¹² y Dino Passini,¹³ que se ocuparon ampliamente del tema y yo mis-

⁹ Norberto Bobbio, *Diritto e stato nel pensiero di Emanuele Kant (Lezioni raccolte dallo studente Gianni Sciorati)*, Turín, G. Giappichelli, editore, 1957. El tema se trata en las pp. 156-182.

¹⁰ John Locke, *Two Treatises of Civil Government*, edición crítica de Peter Laslett, Cambridge, Cambridge at the University Press, 1967, pp. 368-369: “El gran y principal fin, por tanto, de los hombres al unirse en repúblicas [*Commonwealths*] y ponerse ellos mismos bajo un gobierno, es la preservación de su propiedad. Para la que, en el estado de naturaleza, había muchas cosas de las que cuidarse [are many things wantig!]” (subrayado en el texto de Locke).

¹¹ Después de enumerar a quienes dependen de otros, entre los que menciona, desde luego, a aquellos que dependen directamente de otros, como los menores de edad y todas las mujeres y, además, a quienes trabajan para otros, como el mozo, el sirviente, el maestro de escuela, el leñador y, en general, todos los que viven sólo de su trabajo, y a los que Kant califica como ciudadanos pasivos (*passiven Staatsbürger*), mientras que los propietarios, aquellos de quienes otros dependen por necesidad, los llama ciudadanos activos (*aktiven Staatsbürger*), el gran filósofo de Königsberg remata: “En esta Constitución... no todos pueden reivindicar con la misma legitimidad el derecho de votar, esto es, el derecho de ser ciudadanos y no sólo miembros del Estado (*Staatsgenosse*). Porque del hecho de que puedan exigir ser tratados por los demás, según las leyes de la libertad y de la igualdad naturales, como partes *pasivas* del Estado, no deriva para ellos el derecho de actuar como miembros *activos* del Estado mismo, de organizarlo o de cooperar en la introducción de ciertas leyes, sino únicamente el derecho, cualquiera que sea la naturaleza de las leyes positivas votadas por quienes tienen el derecho al voto, de que tales leyes no sean contrarias a las leyes naturales de la libertad, y el derecho a la consecuente igualdad de todos los miembros del pueblo de poderse elevar de su estado pasivo a un estado activo” (Immanuel Kant, *Metaphysik der Sitten. Rechtslehre*, en *Werke*, Wiesbaden, Insel Verlag, 1956, t. iv pp. 433-434).

¹² Umberto Cerroni, *Kant e la fondazione della categoria giuridica*, Milán, Giuffrè Ed., 1962.

¹³ Dino Pasini, *Diritto, società e Stato in Kant*, Milán, Giuffrè Ed., 1957.

mo, en mi tesis de posgrado. Bobbio nunca quiso tratar ese punto. Y creo que ése fue para él un verdadero talón de Aquiles, porque él nunca quiso confrontar el problema de la propiedad con el problema de la libertad, lo que es, en cambio, la esencia misma del alegato marxista.

Para Bobbio, no hay en el marxismo una auténtica teoría del Estado o una teoría política. Algunas veces se le olvidaba y se refería a “la teoría política de Marx” con todas las letras. Justamente en ese escrito en contra del marxismo al que me referí antes, termina diciendo: “creo que sea lícito que, aun cuando Marx no haya escrito jamás una crítica de la política como escribió una crítica de la economía, *su teoría política constituye una etapa obligada en la historia de la teoría del Estado moderno*”.¹⁴ Para cualquiera que desee enfrentarse a un monstruo de mil cabezas o de decenas de miles de cabezas, resulta casi imposible ir una por una por esas cabezas. Lo más fácil es reducirlas todas a una, si es posible, lo más pequeña posible y lo más inocua, de manera que, al final, la victoria sea contundente y definitiva. Eso fue, a mi parecer, lo que hizo Bobbio. Extraña, en efecto, que cite tantas obras de Marx a bulto, sin dar las citas correspondientes. Realmente, debo admitir, casi nunca maneja citas textuales, sólo los lugares comunes que se han formado en torno a esas citas. Bobbio decía que los marxistas sólo tienen en la “gigantesca obra de Marx” no más de veinte páginas a las que recurren todo el tiempo, manoseándolas una y otra vez sin descanso.¹⁵ Eso, en primer lugar, es totalmente inexacto. Son miles de páginas aquellas en las cuales se encuentran apuntamientos de Marx sobre la política, el Estado y aun el derecho. Casi no hay una sola de *El capital*, por ejemplo, que no tenga una consideración suya sobre la política de dominación del capitalismo. Su crítica de la filosofía hegeliana del Estado o *La cuestión judía* o el capítulo “Feuerbach” que inicia *La ideología alemana* son, ciertamente, mucho más de veinte páginas. Pero, reducido el enemigo a un tamaño conveniente, Bobbio arremete con todas sus armas. Pequeñas obras juveniles de Marx, como la *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado*, *La cuestión judía* o el citado capítulo “Feuerbach”,¹⁶ desgraciadamente, tienen muy

¹⁴ “Esiste una teoria marxistica dello Stato”, cit., pp. 40-41 (las cursivas son mías).

¹⁵ *Op. cit.*, p. 27.

¹⁶ Sin mencionar muchos otros textos muy importantes para entender el pensamiento político de Marx que Bobbio menciona sólo ocasionalmente, como los escritos de coyuntura de entre 1848 y 1852 o la *Crítica del Programa de Gotha* o, tal vez el más importante ensayo de interpretación histórica, que es la llamada “Introducción de 1857” (publicada como “Einleitung”, de los *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, Dietz Verlag, 1953, pp. 4-31, y luego difundida en otras lenguas, incluida la italiana), sólo por mera pedantería académica desearía referirme a las obras que Bobbio mismo menciona más a menudo: *La crítica del derecho público hegeliano* (que es el título que los editores alemanes pusieron al manuscrito: *Kritik des hegelischen Staatsrecht*, en *Kart Marx, Friedrich Engels Werke*, Berlín, Dietz Verlag, 1961, pp. 203-333, título que corresponde a la edición anterior de Riazánov), conocido como *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* (edición española de Grijalbo, México, 1968, en un volumen de 158 pp.), o como Della Volpe prefirió intitularla, *Crítica della filosofia hegeliana del diritto pubblico*, en *Opere filosofiche giovanili*, Roma, Editori Riuniti, 1963, pp. 15-142; *La cuestión judía*, en traducción de Wenceslao Roces, en *La sagrada familia y otros escritos filosóficos de la primera etapa*, pp. 16-44 (en italiano, Bobbio no podía desconocer la traducción de Raniero Panzieri incluida en el pequeño volumen *Un carteggio del 1843 e*

poca fortuna en los escritos de nuestro autor. Y fue una actitud difícilmente comprensible en un pensador de la talla de Bobbio, el haber sugerido que no se ocupaba de ellas porque “hasta el mismo Marx luego las abandonó a la crítica roedora de los ratones”.¹⁷

Pero el estilo de Bobbio no es enfrentar a Marx, sino a los marxistas que hacen de Marx un santón sagrado. Eso es muy cómodo, pero incluso a los marxistas no los trata con el respeto, poco o mucho, que pudieran merecer. Quisiera citar algunos ejemplos. Cuando Bobbio critica a los marxistas porque consideran que el concepto de sociedad civil en Hegel es *sólo* la “esfera de las necesidades” y cita a Gioele Solari para enseñarles lo que realmente es la sociedad civil en Hegel,¹⁸ comete dos pequeños pecados: uno, de falsedad. Uno de los libros más citados por Umberto Cerroni en sus primeros trabajos, que son los únicos que valen la pena, es precisamente *Studi storici di filosofia del diritto*, de Solari y, siendo mi maestro, fue uno de los primeros libros que Cerroni me dio a leer.¹⁹ Della Volpe y Cerroni me enseñaron algo esencial: que a Marx no se lo puede comprender solo, sino que hay que integrarlo con todos los demás grandes pensadores de la modernidad y, si se requiere, de la antigüedad.²⁰ Bobbio toma a Cerroni como su marxista preferido para soltar sus golpes contra “el marxismo” y “los marxistas”. A veces se excusa por ello. No sé cómo no se percató de la enorme cantidad de autores no marxistas que Cerroni utiliza en apoyo de sus argumentos. Un reconocimiento especial han hecho muchos marxistas y no marxistas a Galvano della Volpe por haber postulado y demostrado que Marx, en cuanto científico, no derivaba de Hegel sino de Kant. Della Volpe demolió a todos los hegelianos marxistas

altri scritti giovanili, Roma, Edizioni Rinascita, 1954, pp. 45-86, con el título clásico italiano *La questione ebraica*); el manuscrito “Feuerbach”, que es la parte introductoria de *La ideología alemana* y que todos los críticos coinciden en que es de la autoría de Marx, en la traducción española de Wenceslao Roces, Montevideo, Ediciones Pueblos Unidos, 1958, está contenido en las pp. 15-86.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 34.

¹⁸ *Op. cit.*, p. 29. El ensayo de Solari en *Studi storici di filosofia del diritto*, Turín, Giappichelli, 1949, pp. 343-381.

¹⁹ Un día, mientras estudiaba en Roma, encontré en una vieja librería las obras de Solari, no sólo los *Studi* sino, además, los dos tomos de su *Filosofía del derecho privado* (1959), y fui a enseñárselos a Cerroni. Sin decirme nada, mi maestro fue a traer un cuaderno de notas y me dijo: “Me pasé semanas haciendo el fichero de ese libro y ahora tú me vienes a decir que lo encontraste y lo compraste”. Además de Solari, Cerroni me recomendó estudiar a otros autores como Alessandro Passarin D’Entrevès, Federico Chabod, Eugenio Garin, Croce, De Ruggiero, amén de los grandes clásicos del pensamiento político. Él y Cesarini Sforza me hicieron leer todas las obras de Kant en alemán. Un día Cerroni me dijo: “Debes darte cuenta de que nuestra investigación es, ante todo, una investigación filológica. ¡He ahí por qué tienes que leer a tu autor en su lengua!”. Nunca me pareció que mi maestro fuera un dogmático ni, mucho menos, un adocenado.

²⁰ Eso coincide exactamente con algo que Bobbio dice en su tantas veces citado ensayo “Existe una doctrina marxística dello Stato”: “Una de mis máximas favoritas es que hoy no se puede ser buen marxista si se es solamente marxista” (p. 28). Recuerdo que Della Volpe me dijo, la vez que lo entrevisté: “A veces se tiende a ver a Marx como si fuera un mongol y se olvida fácilmente que es un europeo moderno, que se formó en la cultura europea moderna y que responde a ella, con su obra, como un hombre europeo moderno. Marx forma parte de la civilización moderna contemporánea y hay que estudiarlo en medio de esa cultura en la que él se dio”.

tas, demostrándoles que la tesis de Engels, tesis que Bobbio generaliza a todos los marxistas, en el sentido de que Marx era un Hegel puesto de pie y que Hegel caminaba con la cabeza, era totalmente absurda. Pues en este punto Bobbio nunca cita a Della Volpe.²¹

El segundo pequeño pecado de Bobbio es de ignorancia, pero no en el sentido de que no supiera, sino en el sentido de que *no quería saber*, animado por sus lances polémicos contra los pequeños marxistas. Como éstos decían, no por cierto como su crítico lo postulaba, que el concepto de sociedad civil en Hegel era el reino de la necesidad, con eso se contentó y, siendo que ya había dejado a la crítica de los roedores el escrito juvenil de Marx, simplemente no lo tomó en cuenta. Para cualquiera que se tome el trabajo de revisar aquella obra de juventud resultará claro que Marx ve eficazmente cómo Hegel comienza reduciendo la sociedad civil a las corporaciones tal y como éstas se daban en la realidad para, a continuación, refundirlas en la sociedad política convertidas en *clases* (*Stände*). La sociedad política, dice Marx, acaba engulléndose a la sociedad civil.²² Pero Bobbio toma como punto de partida una afirmación parcial y antojadiza de Marx en el sentido de que adoptó libremente el concepto de sociedad civil de Hegel para referirse al mundo de las relaciones económicas, justamente cuando luego dijo que lo había hecho para darle en las narices a quienes, jóvenes hegelianos, trataban a Hegel como “perro muerto”.²³ Es el estilo típico de Bobbio. En uno de

²¹ En los años treinta, aún joven, Della Volpe publicó un importantísimo estudio sobre la filosofía de David Hume, en dos volúmenes, *La filosofía dell'esperanza di Davide Hume*, luego incluida en sus *Opere*, Roma, Editori Riuniti, 1972. Ese trabajo llevó directamente al antiguo profesor de la Universidad de Messina al estudio sistemático de Kant, Hegel y Marx. Della Volpe encontró más ligámenes entre Marx y Kant que los que aquél podía tener con Hegel. Entre 1945 y 1948 publicó una serie de ensayos en los que postuló que la idea engelsiana de que Marx era un Hegel puesto de pie era equivocada. Veinte años después Althusser vino a proclamarse como el descubridor del hecho. Los escritos de Della Volpe al respecto fueron editados en un volumen publicado en 1947. El mismo, bastante reelaborado y con el título *Umanesimo positivo e emancipazione marxista*, se volvió a publicar en 1963 por Sugar Editore, Milán, 1964.

²² Tengo serias dudas de que Bobbio haya leído con detenimiento la *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* y, lo más grave, comienzo a dudar de que haya entendido el complicadísimo sistema de interrelaciones que Hegel establece entre la sociedad civil y el parlamento y el gobierno. Solari entiende mejor ese abigarrado juego de acomodo de intereses. Intuye, como el joven Marx, por ejemplo, que los estamentos ya son verdaderas clases modernas (clases sociales y no clases políticas, vale decir, estamentos feudales dotados de privilegios de mando político). Paradójicamente, son las clases sociales las que expresan en su organización y en su acción intereses políticos y no únicamente de carácter corporativo, o sea, que no se limitan a plantear sus intereses materiales (de pura necesidad), sino intereses que tienen que ver con el interés general de la sociedad. A diferencia de los antiguos estamentos de origen feudal, los estamentos (clases) de ahora, son “*círculos móviles*, no fijos [*in beweglichen nicht festen Kreisen*] cuyo principio es el *arbitrio*. *Dinero y cultura* son los criterios principales... La clase [*Stand*] en la sociedad civil no tiene como principio ni la necesidad, que es un momento natural, ni la política [el privilegio]. Es una división de masas que se forman fugazmente, cuya misma formación es arbitraria y *no* una organización [como en el caso de los estamentos y las corporaciones]” (*Kritik des hegelischen Staatsrecht*, cit., p. 284).

²³ En el famoso prólogo a su *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, Marx afirma: “Mi investigación desembocó en el resultado de que tanto las condiciones jurídicas como las formas políticas no podían comprenderse por sí mismas ni a partir de lo que ha dado en llamarse

sus primeros libros, *Marx e il diritto moderno*, Cerroni incluye, de cuatro, un ensayo sobre la teoría política de Hegel. Bobbio nunca se refiere a ese ensayo.²⁴

Bobbio era un asiduo lector y estudioso de Gramsci. Hay un libro con sus ensayos sobre él.²⁵ Participó en dos encuentros dedicados a él.²⁶ Uno de sus ensayos, leído en el encuentro de Cagliari, me deslumbró. En el mismo, Bobbio dice que la teoría de Gramsci en torno al binomio de sociedad civil y sociedad política, corresponde a la de Hegel.²⁷ Creo que Gramsci fue el único marxista por el que Bobbio sintió un verdadero respeto intelectual, pero, debo reiterarlo, una de dos: o no entendió a Hegel o no entendió a Gramsci. Las conclusiones de Gramsci parten de una realidad histórica concreta, la del fascismo, muy diferente de la de Hegel. Que haya dicho que la sociedad civil es un mundo de corporaciones lo acerca sólo en las palabras a Hegel; él dijo que era la sociedad organizada en *instituciones* y postuló que la política acomodaba la sociedad civil con la sociedad política, porque las instituciones de la primera tenían ante todo funciones políticas, de representación de intereses, no que acabaran siendo lo mismo, como sucede en Hegel, el “cuerpo inorgánico de la sociedad política”, como acusó Marx.²⁸ Podría abundar en otros ejemplos, pero creo que con los que he dado basta.

el desarrollo general del espíritu humano, sino que, por el contrario, radican en las condiciones materiales de vida, cuya totalidad agrupa Hegel, según el procedimiento de los ingleses y franceses del siglo XVIII, bajo el nombre de ‘sociedad civil’, pero que era menester buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política” (traducción de Jorge Tula, México, Siglo XXI Editores, 1980, p. 4). En otros escritos Marx se refiere al mismo asunto y con la misma intención. Ese malhadado prólogo de 1859 sembró todos los lugares comunes con los que los críticos de todas las corrientes filosóficas suelen referirse a Marx, ahorrándoles, como es el caso de Bobbio, el revisar cuidadosamente el resto de su obra.

²⁴ Umberto Cerroni, *Marx e il diritto moderno*, Roma, Editori Riuniti, 1962, “La critica di Marx della filosofia hegeliana del diritto pubblico”, pp. 91-117.

²⁵ *Saggi su Gramsci*, Milán, Feltrinelli, 1990.

²⁶ El primero se realizó en Roma del 11 al 13 de enero de 1958 y Bobbio participó con el ensayo “Nota sulla dialettica in Gramsci” (en *Studi gramsciani. Atti del convegno tenuto a Roma nei giorni 11-13 gennaio 1958*, Roma, Editori Riuniti, 1969; publicado en *Saggi su Gramsci*, cit., con el título “Gramsci e la dialettica”, pp. 25-37); el segundo, en Cagliari, del 23 al 27 de abril de 1967, y Bobbio presentó el ensayo “Gramsci e la concezione della società civile” (en *Gramsci e la cultura contemporanea. Atti del convegno internazionale di studi gramscini tenuto a Cagliari il 23-27 aprile 1967*, Roma, Editori Riuniti-Istituto Gramsci, 1975, pp. 75-100; en *Saggi su Gramsci*, pp. 38-65). En esa ocasión, vale la pena recordarlo, Bobbio no dijo nada parecido a aquello de que los marxistas sólo veían en el concepto de sociedad civil de Hegel algo así como el simple reino de las necesidades, acusación que, en el ensayo presentado en Cagliari, dirige al mismo Marx.

²⁷ En “Gramsci e la concezione della società civile” (en la edición de Editori Riuniti, p. 86), Bobbio escribe: “En realidad, contrariamente a lo que se cree, Gramsci extrae su concepto de sociedad civil no de Marx, sino, declaradamente, de Hegel, aun si a través de una interpretación un poco forzada o, por lo menos, unilateral, de su pensamiento”. Los argumentos que enseguida esgrime me hacen suponer, y no es de mi agrado, que Bobbio, al que no entendió muy bien que digamos, fue a Hegel. Gramsci nunca confunde sociedad civil con sociedad política; Hegel, en cambio, acaba anulando la sociedad civil en la sociedad política, como el joven Marx lo demostró sin medios términos.

²⁸ El manuscrito de la *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* no era una obra destinada a la publicación; era un simple ensayo escolar de análisis de una obra. No hay en él síntesis omni-

Hay un concepto que es fundacional en la teoría política marxista que a Bobbio sencillamente incomoda y repugna. Es el concepto de *dictadura del proletariado*. Debo decir que nuestro autor, ayudado por Gramsci, llega a entenderlo a la perfección, pero siempre se resistió a aceptar su fundamento racional, si es que lo tiene. Es un concepto teórico, ni duda cabe. Se puede definir, en general, como *dominación de una clase desde el poder del Estado sobre la sociedad*. Pero era, en el espíritu militante del marxismo de los primeros tiempos, también un concepto o, si se quiere, un ardid propagandístico. Se trataba de convencer a los dominados, a los de abajo, a los proletarios, que estaban siendo gobernados por una dictadura de clase, que había que derrocar, para establecer su propia dictadura, la dictadura del proletariado.²⁹ Bobbio comprendió que eso era fruto de la con-

comprendidas y conclusivas. Por lo mismo, me veo obligado a arriesgar aquí una visión sintética de esa crítica: Hegel ve “en un principio” enfrentados, por un lado, un poder gubernativo, representado en el monarca, y un poder legislativo, representado en el parlamento (luego éste los incluirá a todos), y, enfrente, la sociedad civil, una masa informe de individuos, reclusos en la esfera de las necesidades. El Estado aparece como la síntesis de una unión final entre todos, los de arriba y los de abajo. Para ello se necesita el momento de la constitución de las clases (*Stände*, o estamentos, pero ya *clases*, en sentido moderno). Eso se da cuando la sociedad civil se quiere representar en el Estado. Hecho esto, el elemento legislativo hace la reunión final de todos: gubernativo, legislativo y clases, y la sociedad civil queda, desechada en el inframundo de lo empírico, precisamente como un *cuerpo inorgánico*. De esa manera, la sociedad política, el Estado, acaba engulléndose a la sociedad civil, politizándola, vale decir, “purgándola” de su elemento material constitutivo. Ésa es la visión de Marx, mucho más, sin duda, que el aferrar tan sólo “*la sfera dei bisogni*”, como acusa Bobbio (*Kritik des hegelschen Staatsrecht*, cit., por lo menos, desde la p. 298 y ss.).

²⁹ Hay que decir, en este propósito, que ni Marx, tampoco Engels, ni mucho menos sus posteriores seguidores elaboraron jamás un desarrollo teórico coherente de ese concepto. Todo son siempre menciones de paso, alusiones a la toma del poder por parte de la clase obrera. Daré aquí sólo algunas referencias. *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas*, t. I, pp. 34, 38, 40 y 41 (en donde se da la siguiente definición: “El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra”); *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, p. 145 (en la que, según mis cuentas, Marx habla por primera vez de la “*Dictadura de la clase obrera!*”); Engels, en su escrito de presentación de la edición de 1891 de *La guerra civil en Francia* (“Últimamente, las palabras ‘dictadura del proletariado’ han vuelto a sumir en santo horror al filisteo socialdemócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esta dictadura? Mirad a la Comuna de París: ¡he ahí la dictadura del proletariado!”), p. 451 y p. 487; *Crítica del Programa de Gotha*, de Marx, *op. cit.*, t. II (“Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este periodo corresponde también un periodo político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*”); carta de Marx a Weydemeyer, del 5 de marzo de 1852 (“Lo que yo hice de nuevo fue demostrar: 1. que *la existencia de las clases* está vinculada únicamente a *fases particulares, históricas, del desarrollo de la producción*; 2. que la lucha de clases conduce necesariamente a *la dictadura del proletariado*; 3. que esta misma dictadura sólo constituye la transición a la *abolición de todas las clases* y a una *sociedad sin clases*”), en Marx-Engels, *Werke*, cit., Band 28, p. 508. Para no alargar indefinidamente la lista, concluiré con una exposición de Engels: “El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su resumen en una corporación visible; pero no lo era sino en la medida en que era el Estado de aquella clase que representaba en su tiempo a toda la sociedad... Al hacerse finalmente real representante de toda la sociedad, el Estado se hace él mismo superfluo. En cuanto que deja de haber clase que mantener en opresión, en cuanto que con el dominio de clase y la lucha por la existencia individual, condicionada por la actual anarquía de la producción, desaparecen las colisiones y los excesos dimanantes de todo ello, no hay ya nada que re-

cepción marxista, de Marx, por supuesto, de que la política no podía definirse de otra manera que en términos de pura fuerza. Su admirado Max Weber no le iba a la zaga en ese mismísimo sentido.³⁰ Y su error fue suponer que todos ellos ignoraran algo esencial en la vida política: la representación. Que Marx supusiera que la toma del poder del Estado fuese sólo un acto de fuerza es equivocado y que el gobierno desde el Estado fuese sólo el ejercicio de la fuerza es también falso.

Marx, contra lo que suponía Bobbio, tenía un concepto muy claro de lo que es la representación, concepto que, en lo esencial, debemos a Rousseau y del que, desde su escrito sobre *La cuestión judía*, Marx lo aprendió. Él adoptó el concepto clave rousseauiano que está en la base de la representación, el de *interés*. Se representa a los individuos, pero no como tales o en general, sino lo que les es esencial, en sus intereses. Marx denunció que lo que Rousseau llamaba “interés general” no era tal, sino y siempre, un interés de la clase dominante que se presentaba como “general”.³¹ La clase dominante puede presentar su interés como el interés de toda la sociedad, pero lo hace efectivo sólo desde el Estado. El Estado es indispensable para ejercer el gobierno en nombre de un interés general que nunca deja de ser un interés de clase. A eso Marx le llama *dictadura de clase*. Hay un pasaje memorable del joven Marx en otro libro que dejó a la crítica roedora de los ratones, *La ideología alemana*, en el que escribe: “toda clase que aspire a implantar su dominación, aunque ésta, como ocurre en el caso del proletariado, condicione en absoluto la abolición de toda forma de dominación anterior y de toda forma de dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder polí-

primir y que haga necesario un especial poder represivo, un Estado... La intervención de un poder estatal en relaciones sociales va haciéndose progresivamente superflua en un terreno tras otro, y acaba por inhibirse por sí misma. En lugar del gobierno sobre personas aparece la administración de cosas y la dirección de procesos de producción” (*Anti-Dübring*, trad. española de Manuel Sacristán Luzón, México, Grijalbo, 1964, pp. 277-278).

³⁰ Véase, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, pp. 43-44: “Por *Estado* debe entenderse un *instituto político* de actividad continuada, cuando y en la medida en que su cuadro administrativo mantenga con éxito la pretensión al *monopolio legítimo* de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente”; “caracteriza... a la asociación política el hecho de que la dominación de su cuadro administrativo y de sus ordenamientos mantengan su pretensión de validez para un *territorio* determinado, y que esta pretensión esté garantizada por la fuerza”. Ciertamente, Bobbio habría objetado que Weber siempre tiene presente el derecho que cualifica la fuerza; pero no era desconocido para Marx. Éste sólo se preguntaba ¿quién hace el derecho?

³¹ Siempre me ha sorprendido el hecho de que los estudiosos de Marx, marxistas y antimarxistas, hayan pasado por alto la íntima relación que se da entre la *Cuestión judía* de Marx y el *Contrat social* de Rousseau. Para este gran pensador, la *representación* no es, como para Kant, el gran teórico de la democracia representativa, simple delegación del poder de decidir, para después irse a casa, sino, enfáticamente, *participación*. El contrato *representa* al pueblo reunido, en el sentido de que comprende todos los intereses particulares que se conjugan entre los miembros de ese pueblo y *representa* (comprende) lo que es común a todos, un interés superior que es el *interés general*, en el que todos los intereses particulares pueden convivir. Marx, literalmente, copia a Rousseau en muchos de las pasajes de su luminoso ensayo y demuestra entender a la perfección lo que la representación quiere decir como integración o comprensión de los intereses en pugna (véase, *Du contrat social*, en Jean-Jacques Rousseau, *Oeuvres complètes*, París, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, 1964, pp. 360ss. y 429-430).

tico para poder presentar [representar] su interés como el interés general, cosa a la que en el primer momento se ve obligada. Precisamente porque los individuos *sólo* buscan su interés particular, que para ellos no coincide con su interés común, y porque lo general es siempre la forma ilusoria de la comunidad, se hace valer esto ante su representación como algo ajeno a ellos e independiente de ellos, como un interés general a su vez especial y peculiar, o ellos mismos tienen necesariamente que enfrentarse en esta escisión, como en la democracia. Por otra parte, la lucha *práctica* de estos intereses particulares que constantemente y de un modo real se enfrentan a los intereses comunes o que ilusoriamente se creen tales, imponen como algo necesario la interposición *práctica* y el refrenamiento por el interés general ilusorio bajo la forma del Estado”.³² Un colega norteamericano con el que comenté este pasaje de Marx me dijo: “Eso es exactamente lo que cualquiera puede ver hoy día en los Estados Unidos: el empresario que se siente el hacedor de la sociedad y el Estado que se siente representante de los hacedores de la sociedad, todo sin andarlo adornando con valores liberales o democráticos”.

En otro pasaje de la misma obra y siempre tocando el tema de la representación, Marx anota: “cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada, para poder sacar adelante los fines que persigue, a presentar [representar] su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, expresando esto mismo en términos ideales, a imprimir a sus ideas la forma de lo general, a presentar estas ideas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta. La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el solo hecho de contraponerse a una *clase*, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la clase única, a la clase dominante. Y puede hacerlo así, porque en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las demás clases no dominantes y, bajo la presión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés específico de una clase especial”.³³ Creo que estas consideraciones de Marx, hoy día, nos ayudarían perfectamente a entender cómo es que un Berlusconi domina en Italia y un Fox domina en México y creo que, de seguir viviendo entre nosotros, Bobbio estaría perfectamente de acuerdo con ello.

Gramsci también podría haberle dicho a Bobbio que la idea que se hizo del concepto de dictadura del proletariado era errónea y que no se reducía a la pura fuerza. De los marxistas, los que sostuvieron que el poder era el ejercicio de la fuerza fueron los marxistas leninistas, con Lenin y Trotsky a la cabeza.³⁴ Lelio Bas-

³² *La ideología alemana*, cit., p. 34.

³³ *Op. cit.*, pp. 50-51.

³⁴ De Lenin son estas delirantes observaciones: “El Estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a una clase cualquiera. ¿Qué clase es la que el proletariado tiene que reprimir? Sólo es, naturalmente, la clase explotadora, es decir, la burguesía. Los trabajadores sólo necesitan el Estado para aplastar la resistencia de los explotadores, y este aplastamiento sólo puede dirigirlo, sólo puede llevarlo a la práctica el proletariado, como la única clase consecuentemente revolucionaria, como la única clase capaz de unir a todos los trabajadores

so, además y con mucha razón, decía que el llamado marxismo leninismo había sido una vil invención de Stalin.³⁵ Gramsci supo leer bien el pensamiento de Marx. No se domina por la fuerza. Se domina cuando los dominados consienten en ello. Eso lo sabía perfectamente Maquiavelo,³⁶ lo expuso brillantemente Giambattista Vico³⁷ y lo refutó muy eficazmente Rousseau, apenas en las primeras páginas de su *Contrat social*.³⁸ El Estado, además, cosa que sabemos desde hace si-

y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa eliminación de ésta” (*El Estado y la revolución*, en *Obras completas*, trad. de la IV edición, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1958, t. xxv, p. 396). Luego de denunciar que la teoría de la lucha de clases es una superchería, dando a entender que no se trata de una “lucha”, sino de algo así como una *guerra de exterminio de clases*, Lenin llega a una conclusión feroz: “la doctrina de Marx y Engels sobre el carácter inevitable de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Éste *no puede* sustituirse por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la ‘extinción’, sino sólo, como regla general, mediante la revolución violenta... La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en ésta, precisamente en esta idea de la revolución violenta, es algo básico en *toda* la doctrina de Marx y Engels” (*op. cit.*, p. 393). Podría agregar muchas citas de Trotsky y de Stalin e, incluso, de Mao tse Tung, pero no valdría la pena, porque ellos no hacen más que repetir lo que Lenin dijo.

³⁵ Eso nos lo dijo, a mi esposa y a mí, en una alegre conversación que tuvimos con él en Santiago de Chile en enero de 1973.

³⁶ Una de las grandes anticipaciones de Maquiavelo de lo que luego sería, sobre todo con Rousseau, el consenso popular, es su insistencia en que el príncipe, antes que a los nobles, tenga de su parte al pueblo, una entidad plenamente identificada ya por el antiguo secretario florentino. En *El príncipe* (uso la edición de Vittorio de Caprariis, Bari, Laterza, 1961), dice: “Uno que se vuelva príncipe mediante el favor del pueblo, debe... mantenerse amigo, lo que le será fácil, pues no le demandará nada más que no ser oprimido. Pero uno que, contra el pueblo, se vuelva príncipe con el favor de los grandes, debe, antes que cualquier otra cosa, tratar de ganarse al pueblo; lo que le será fácil, cuando se haga cargo de su protección. Y dado que los hombres, cuando reciben bien de quien creían recibir mal, se obligan más hacia su benefactor, el pueblo se vuelve, de inmediato, más a su favor, que si fuera conducido al principado con su favor. Y el príncipe puede ganárselo en muchos modos, de los cuales, puesto que varían según el caso, no se puede dar una regla cierta y, por lo mismo, se dejarán de parte. Concluyo sólo que para un príncipe es necesario tener como amigo al pueblo, de otro modo, no tiene, en las adversidades, remedio alguno” (ix, pp. 70-71). En muchos otros pasajes de sus obras, Maquiavelo no descuida hacer la misma observación, siempre tratándose, desde luego, de los que él denomina *principados civiles*, únicos en los que el pueblo interviene de algún modo.

³⁷ *Principii di scienza nuova* (1744), ed. al cuidado de Fausto Nicolini, en Giambattista Vico, *Opere*, Milán-Nápoles, Riccardo Ricciardi Editore, 1953, pp. 780-781: “en los tiempos humanos, en los cuales los estados devienen libres y populares o monárquicos, porque los ciudadanos, en los primeros, comandan el bien público, que se reparte entre los mismos en menudísimas partes cuantos son esos ciudadanos, que forman el pueblo que ordena, y en los segundos son los súbditos destinados a atender a los intereses privados y dejar el cuidado de lo público al príncipe soberano; agregando a ello las causas naturales que producen tales formas de estados, que son todas contrarias a las que el heroísmo [época anterior a los tiempos humanos] había producido y que... eran efecto de las comodidades, la ternura por los hijos, el amor por las mujeres y el deseo de vida: por todo ello, hoy los hombres son llevados naturalmente a atender a las últimas circunstancias de los hechos, las cuales igualan sus intereses privados”.

³⁸ “El más fuerte no es jamás bastante fuerte para ser siempre el amo, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber... Si es preciso obedecer por fuerza no hay necesidad de obedecer por deber, y si ya no se está forzado a obedecer ya no se está obligado. Se ve, por tanto, que esa palabra de derecho [el derecho de la fuerza] no agrega nada a la fuerza; ella no significa aquí absolutamente nada” (*Du contrat social*, cit., p. 354).

glos, es el verdadero organizador de la sociedad. Gramsci dijo todo eso en los siguientes términos: “El Estado se concibe, es verdad, como organismo que es propio de un grupo y que está destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión de tal grupo; pero ese desarrollo y esa expansión se conciben y se presentan como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las ‘energías nacionales’; es decir, al grupo dominante se le ve coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal se concibe como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los intereses de los grupos subordinados, equilibrios éstos en los que los intereses del grupo dominante prevalecen sólo hasta cierto punto, es decir, no se reducen al grosero interés económico corporativo”.³⁹

Muy justamente y con toda atinencia, Bobbio reclama a los teóricos de la dictadura del proletariado por qué no aclararon su sentido de la expresión, que no tiene nada que ver con el significado que todo mundo da a la misma.⁴⁰ Pero lo que me intriga es que, si Bobbio estaba de acuerdo con Gramsci, ¿por qué se lanza contra un ser genérico e indeterminado como son “los marxistas” o algo que él denomina “marxismo”? Pudo haber dicho que no estaba de acuerdo con los marxistas leninistas, los trotskistas, los althusserianos, los de la “escuela de Frankfurt” o los de la “escuela de Budapest” y todos los demás, contra los que despostrica por no dedicarse a otra cosa que hacerse la guerra entre sí,⁴¹ y si hubiera co-

³⁹ Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Statu moderno*, Turín, Einaudi, 1949, p. 46.

⁴⁰ Norberto Bobbio, “Quali alternative alla democrazia rappresentativa?”, en *Quale socialismo?*, cit., pp. 55-56: “Lo que en los pensadores políticos antiguos y modernos (hasta Rousseau, hasta Babeuf y Buonarroti) ha distinguido el instituto de la dictadura —no sólo la dictadura clásica (que Schmitt llama comisaria) sino también la dictadura revolucionaria (que Schmitt llama soberana)— siempre han sido los dos caracteres de la excepcionalidad respecto de la situación histórica que la legitima y la temporalidad respecto de su duración, además de, en relación con la dictadura clásica, la singularidad [*unicità*] del que es investido de la autoridad dictatorial. Incluso para Babeuf y Buonarroti, que son considerados con razón los precedentes históricos más inmediatos de la terminología marxista y engelsiana, la dictadura revolucionaria, considerada necesaria para mutar radicalmente la sociedad existente, es siempre un gobierno de excepción y provisional. Sólo con Marx, Engels y Lenin, el concepto de dictadura pierde sus connotaciones originales, tanto en el sentido de dictadura de clase, donde ya no tiene ningún significado técnico y significa simplemente ‘dominio’, como en el uso más estrictamente político del término, ya que, si cada Estado en cuanto tal es una dictadura, la dictadura ya no es un régimen excepcional ni provisional, sino la condición permanente de una sociedad política, vale decir, de una sociedad en la que todavía haya necesidad, para contener y regular los conflictos que en ella explotan, de un poder político (en donde por ‘poder político’ se entiende un poder que detenta el monopolio del uso de la fuerza). Pero una dictadura que no sea excepcional y no sea temporal siempre ha sido llamada, en el lenguaje tradicional de la filosofía política, con un término más bien cargado de una connotación negativa, ‘despotismo’. En otros términos, una dictadura cuyas disposiciones [*provvedimenti*] no tengan por fin último el de volver superflua la dictadura o restableciendo el orden amenazado (dictadura clásica) o estableciendo un nuevo orden (dictadura revolucionaria), no es una dictadura sino un Estado despótico” (véase también la nota “Dittatura della borghesia e dittatura del proletariato”, en Norberto Bobbio, *Teoria generale della politica*, a cura di Michelangelo Bovero, Turín, Einaudi, 1999, pp. 67-68).

⁴¹ “Esiste una dottrina marxistica dello Stato?”, cit., p. 22.

nocido mejor a Marx y a Gramsci, dijera que estaba de acuerdo con ellos y que su pleito no era con todos. No cabe duda que el planteamiento de Gramsci es muchísimo más refinado que el del joven Marx de *La ideología alemana*, pero, en esencia, ambos dicen lo mismo, contradiciendo a Bobbio.

A este respecto quisiera dejar en claro que yo no he intentado presentar aquí a Bobbio como un *antimarxista*. No fue, de ninguna manera, un pensador que repudiara a Marx, no sólo en cuanto científico, sino incluso como “fallido profeta”. Su simpatía por él está presente en todos sus trabajos. Creo que lo respeta como a todos los demás grandes pensadores modernos como un gran contribuyente al desarrollo de la ciencia social e histórica de nuestro tiempo; pero, sobre todo, cuando defiende al profeta de los viejos marxistas desencantados porque su Mesías les falló, siento, muy en lo íntimo, que Bobbio hasta habría deseado ser marxista para poner en su lugar a todos esos sicofantes arrepentidos, al estilo de Lucio Colletti, Agnes Heller o Leszek Kolakowski, sólo para citar a algunos.⁴² Podría decirse que Bobbio respeta y quiere a Marx, pero no soporta a los marxistas y abomina de su superficialidad, de su dogmatismo y de su irremediable vocación de monos del organillero que, cuando no reciben la banana del amo, vale decir, la certeza de las profecías, lo arañan y le sacan los ojos. Contra ellos está Bobbio, realmente, y quisiera decir que, en ese sentido, yo también soy antimarxista.

Pero debo aclarar, al mismo tiempo, que Bobbio estuvo muy lejos de querer o aspirar a ser marxista. Él ve siempre a Marx como un objeto de estudio y lo ve con la más completa distancia y una total neutralidad, como si estuviera observando un interesante bacilo en el microscopio. Nunca he encontrado en mis lecturas de Bobbio que él adhiriera a alguna de sus tesis fundamentales, para no mencionar que, para él, Marx no tuvo una teoría del derecho ni una teoría del Estado acabadas, desarrolladas y sistemáticas. Eso, desde luego, es el supremo derecho de Bobbio y no me siento autorizado a negárselo, como no me atrevo siquiera a negarle a nadie el derecho de pensar como le dé la gana. Mi problema con el gran maestro turinés, debo reiterarlo, es que siempre me anda mezclando a Marx y al marxismo con los deformadores del marxismo y lo critica junto con ellos sin hacer las debidas distinciones y, también debo reiterarlo, sin citar correctamente a Marx.

Bobbio habría querido, seguramente, que los marxistas se volvieran democráticos. En ello veía un futuro al alcance de la mano para la izquierda.⁴³ Pero creo que sabía muy bien que ello era un imposible, aunque nunca renunció a esta leve esperanza y esto se muestra en toda la extensa parte de su obra que dedicó a Marx y al marxismo. Ello me demuestra que su interés por los marxistas y su continuado empeño en polemizar con ellos no era puramente intelectual o, por mejor decir, teórico. El marxismo como teoría, en el fondo, le interesaba muy po-

⁴² Norberto Bobbio, *Né con Marx né contro Marx*, Roma, Editori Riuniti, 1997, p. 242.

⁴³ Ello lo mostró con abundancia de argumentos en su librito *Destra e sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*, Roma, Donzelli Editore (nueva edición) 1999, en cuyos ensayos Bobbio descubre su alma democrática, al mismo tiempo liberal y de izquierda.

co. A veces, en su euforia polémica, llega a decir que es un “vicio, una deformación, puramente académica (y tan poco marxiana)... tratar de entender el Estado liberal clásico leyendo a Kant, o el de la Restauración leyendo a Hegel, privilegiando la historia de las doctrinas políticas (más fáciles de estudiar) en lugar de [estudiar] las instituciones”.⁴⁴ Él realmente no pensaba eso. Nunca hizo un estudio de las instituciones y ni falta que hizo, porque ése es trabajo de otros, no de quienes, como Bobbio, están empeñados en rescatar la totalidad del pensamiento teórico, reelaborando originalmente todos los principios comprensivos y significantes que nos siguen ayudando a entender, incluso, las mismas instituciones. El verdadero interés de Bobbio por el marxismo no es teórico, sino político y es en lo político que él ve el verdadero y real aporte del marxismo y, en especial, de Marx al conocimiento de la realidad moderna. Sus observaciones teóricas, en realidad, no encerraban ningún interés teórico específico. Todas llevaban a problemas políticos de entraña práctica y siempre de actualidad. No había marxista que le pudiera enseñar a Bobbio nada en teoría. Cada vez que polemizaba con los marxistas los ponía contra las cuerdas y casi nunca supieron cómo responderle adecuadamente. Della Volpe, para recordarlo de nuevo, admitía que lo había dejado tendido en el suelo al definir su libertad comunista como libertad de los posteriores, vale decir, de los que están por venir y no de los que están aquí. Pero los marxistas tampoco estuvieron en grado de entender adecuadamente el interés político de Bobbio en su permanente polémica con ellos. Y fue una pena, porque muy pocos marxistas supieron sacar partido de ello. Aunque la verdad es que fue el propio Bobbio quien marcó las distancias. En alguna ocasión escribió: “yo siempre he sido un moderado. Con Calamandrei sostenía que los modelos del socialismo para nuestro país deberían ser el laborismo inglés y la socialdemocracia sueca y que el marxismo, como guía teórica del socialismo, ya estaba en el pasado [*avesse fatto il suo tempo*]”.⁴⁵

No quiero despedir esta ocasión sin citar, *in extenso*, el mayor elogio que jamás haya leído de Bobbio a Marx: “Hay, a mi juicio, al menos dos aspectos del pensamiento político de Marx que ameritan la máxima atención. El pensamiento político de Marx se inscribe en la gran corriente del realismo político que despoja al Estado de sus atributos divinos y lo considera como organización de la fuerza, del máximo de fuerza disponible y ejercitable en un determinado grupo social. Respecto de su gran predecesor inmediato [Hegel], Marx tiene una concepción instrumental del Estado —el Estado como aparato al servicio de la clase dominante— que es el derrocamiento radical de la concepción ética según la cual la fuerza del Estado es, ante todo, una fuerza moral y espiritual (el antihegelismo del joven Marx está fuera de toda discusión). La originalidad de Marx consiste en el hecho de que él es quizá el primer escritor político que conjuga una concepción realista del Estado con una teoría revolucionaria de la sociedad. Los realistas han sido casi siempre conservadores que han justificado el Estado-fuerza como mal

⁴⁴ “Esiste una doctrina marxistica dello Stato?”, cit., p. 22.

⁴⁵ *La mia Italia*, cit., p. 351.

necesario, partiendo de una concepción pesimista del hombre. Los dos mayores escritores políticos del Renacimiento, Maquiavelo y Lutero, son realistas y pesimistas: el Estado no puede no estar fundado en la fuerza (o en el engaño) porque tiene que habérselas con súbditos indóciles y engañosos. Marx es realista: comparte con los escritores realistas la idea de que el Estado es el dominio de la fuerza. Pero no tiene una concepción pesimista de la naturaleza humana o de la historia. Que el Estado sea bueno o malo depende de quién tenga en las manos las riendas del mismo. Por ello puede hacer de una concepción realista del Estado (el Estado como mal necesario) una de las palancas de una teoría revolucionaria de la sociedad.

”En segundo lugar, Marx es el único escritor realista que guía la concepción realista del Estado hasta las consecuencias más extremas, con la conciencia de quien se asume el continuador y, en cierto sentido, el realizador de Maquiavelo. La idea del Estado-fuerza jamás se había separado de la idea de que, de cualquier forma, esta fuerza estuviese destinada a actuar el ‘bien común’, el ‘interés general’, la ‘justicia’ y lo demás, y un Estado que no persiguiera estos nobles fines sería un Estado corrupto, no sería un ‘verdadero Estado’... Por primera vez, Marx denuncia, con meridiana claridad, el aspecto ideológico de esta presunta teoría: el Estado no es solamente un instrumento, un aparato, un conjunto de aparatos, de los cuales el principal y determinante es el que sirve al ejercicio de la fuerza monopolizada, sino que es un instrumento que sirve a la realización de los intereses no generales, sino particulares (de clase)... Para Marx, el Estado, lejos de ser la superación del estado de naturaleza [aquél del *bellum omnium contra omnes* y donde *homo homini lupus*], es en un cierto sentido la perpetuación, en tanto que es, como el estado de naturaleza, el asiento de un antagonismo permanente e insoluble... para abolir verdaderamente el estado de naturaleza, es necesario no perfeccionar el Estado, sino abolirlo”.⁴⁶ Yo estoy de acuerdo, como decimos en México, con sus asegunes, con esta magnífica interpretación de Marx y de su verdadero aporte hecho por Bobbio. Sólo le faltó tener la suficiente paciencia para convencer a los marxistas de ello; pero él supo, desde el principio, que nadie, cuerdamente sano en este mundo, puede ser capaz de tal paciencia ●

⁴⁶ “Esiste una dottrina marxistica dello Stato?”, cit., pp. 39-40.

La lección de Bobbio desde lejos

Luis Salazar Carrión*

Bobbio y la filosofía

Hace no mucho tiempo un estudiante me preguntó si Bobbio podía ser considerado como un clásico. Sin detenerme a reflexionar demasiado, le expliqué que se trataba de una pregunta que sólo podría hallar respuesta en el futuro, dadas las características

que Bobbio mismo atribuía a la obra de los clásicos, es decir, su capacidad de trascender su propia época. Como suele ocurrir, sin embargo, la pregunta “ingenua” del estudiante retornó con fuerza al enterarme del fallecimiento del gran teórico turinés. Después de todo, en su larga y fructífera vida Bobbio reflexionó sobre varias “épocas”: la del fascismo y la resistencia; la de la segunda ola democratizadora y la guerra fría, y la de las ilusiones y desilusiones generadas por el desplome del imperio soviético y la tercera ola democratizadora, que con sus terribles secuelas de injusticia social y de violencia, y de hegemonía incontestada de las derechas de todo tipo, nos abruma hasta hoy.

En esta perspectiva, ¿cómo no reconocer que la impresionante y siempre rigurosa labor intelectual de Bobbio es imprescindible para entender no sólo “el siglo breve” del que habla Hobsbawm (1914-1989), sino “el siglo largo” (1914-2004) que claramente ha puesto en evidencia, como subrayaría el propio Bobbio, que el fin del comunismo, de la utopía puesta de cabeza, lejos de conducirnos al final de la historia, supone más bien el replanteamiento dramático, a escala planetaria, de los problemas de injusticia, de pobreza y de marginación que le habían dado vida, agravados, además, por la ausencia de verdaderas alternativas de solución?

¿Cómo no reconocer, a continuación, que en esa ingente producción teórica podemos y hasta debemos descubrir modelos, categorías, definiciones y argumentos indispensables para intentar entender, pero también evaluar, el caótico mundo en que vivimos? ¿Y cómo no asombrarse de que esa obra inmensa y variada, repleta de tensiones explícitamente reconocidos, dé lugar a interpretaciones diversas e incluso contrapuestas? Seguramente los laberintos bobbianos y su permanente recurso a los clásicos, por no hablar de su sistemático *understatement*, pueden inducir la idea, ya defendida por Perry Anderson,¹ de que Bobbio fue un pensador poco original, fragmentario, que no se propuso elaborar un modelo verdade-

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

¹ P. Anderson, “N. Bobbio e il socialismo liberale” (título original *The affinities of Norberto Bobbio*), en *Socialismo liberale*, Trento, l’Unità, 1989, p. 24.

ramente nuevo para pensar la política, la democracia, el derecho o los derechos subjetivos fundamentales.

Ciertamente el diagnóstico de Anderson corresponde a una época intelectual ya pasada, en la que todavía, bajo la sombra del marxismo y del vanguardismo, se pensaba que la mayor proeza de un filósofo consistía en proponer grandes novedades, cosas inauditas, teorías “originales”, mientras que Bobbio, pacientemente, se dedicaba a mostrar que en la inmensa mayoría de los casos esa supuesta originalidad se basaba, simplemente, en una ignorancia menor o mayor de la lección de los clásicos y de los temas recurrentes de la teoría política. Bastaría recordar el destino de buena parte de las modas y debates filosóficos del siglo XX —más bien expresivos de estados de ánimo coyunturales— existencialistas, humanistas, estructuralistas, posmodernistas, comunitaristas o liberales, y compararlo con los aparentemente modestos y breves ensayos de teoría política y jurídica de Bobbio para reconocer la novedad tanto teórica como política y cultural, todavía por estudiarse y desarrollarse, de lo que, no sin ciertas dudas, podemos denominar “la paradójica filosofía de Bobbio”.

Una novedad que, a mi entender, se funda en dos posturas aparentemente contrapuestas: la de asumir seriamente y sin concesiones la crisis de la filosofía europea generada por el desarrollo espectacular del pensamiento científico en el siglo XX, pero también por la aceleración del tiempo histórico; y la de reconocer la naturaleza insuperable y la importancia decisiva de la lección de los clásicos, para la comprensión del presente y para la construcción de una teoría general de la política y del derecho, sin dejarse deslumbrar ni por las modas académicas ni por el vanguardismo “revolucionario” de las supuestas grandes novedades teóricas.

En este horizonte me parece que habría que hacer un examen a fondo de la desconfianza bobbiana por la Filosofía, con mayúscula, y en particular por los “ismos” de la filosofía académica: desde su ensayo sobre el existencialismo,² pasando por sus críticas al idealismo, al personalismo y al marxismo, hasta sus tomas de posición más recientes en relación con la encíclica papal “Fe y razón”.³ Esa desconfianza que le haría afirmar, siguiendo a su manera las enseñanzas de Croce, pero también recuperando algunos de los instrumentos de la filosofía analítica anglosajona, “he buscado hacer morir, primero en mí y después paulatinamente en aquellos pocos que me pedían consejo, al Filósofo incluso a costa de hacer morir, con el Filósofo, a la filosofía”,⁴ para hacer un trabajo intelectual verdaderamente serio y sobre todo verdaderamente “útil a la sociedad”.⁵ Esa desconfianza que le conducía a rechazar incluso el nombre de “filosofía” para calificar sus proyectos teóricos.⁶ Esa desconfianza, en fin, que ante el descubrimiento de la infi-

² N. Bobbio, *El existencialismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981 (primera edición en italiano: 1944; en español: 1949).

³ N. Bobbio, “Religione e religiosità”, en *Micromega*, núm. 2000.

⁴ N. Bobbio, “Benedetto Croce”, en *Italia civile*, Mandura-Bari-Perugia, Lacaita Editore, 1964, p. 71.

⁵ *Ibidem*.

⁶ “Nunca me he considerado filósofo en el sentido tradicional de la palabra, aun si he ense-

nita complejidad de la realidad y del carácter necesariamente abierto y limitado de toda investigación propiamente científica, le condujo al proyecto de una teoría general, a la vez analítica y empírica,⁷ de la política y del derecho, que supone, a mi entender, los elementos al menos de una realmente nueva y original forma de entender y practicar la filosofía política.

Pero, paradójicamente en apariencia, esta desconfianza hacia la Filosofía con mayúscula, lejos de conducirlo al rechazo general de la gran tradición filosófico-política occidental —como en cierto sentido había sido el caso de Marx y más acentuadamente de Weber y de Pareto, y en general de las corrientes positivistas e historicistas— le llevó por el contrario a reivindicar una y otra vez, siguiendo los pasos de Passerin d'Entrèves, “la lección de los clásicos”, de “los autores que cuentan” y que, dígase lo que se quiera, son teóricamente insuperables. También en este punto considero que habría que examinar y desarrollar el tipo de lectura y reconstrucción del pensamiento teórico de estos autores que Bobbio emprendió, así como sus supuestos y resultados. Una lectura que, por así decirlo, tomaba distancia sin estridencias de los supuestos metafísicos y/o gnoseológicos que para otros intérpretes eran cruciales, y que también dejaba de lado las más obvias debilidades de sus planteamientos, para concentrarse en lo que debía verse como las grandes aportaciones teóricas, las diversas formas de abordar los temas recurrentes del pensamiento político, así como en la reconstrucción sistemática de los grandes modelos paradigmáticos que elaboraron para entender y evaluar los fenómenos del poder y de la política. Con ello Bobbio rompía con ciertas tradiciones positivistas y neopositivistas que, bajo la pretensión de dejar atrás la metafísica o los falsos problemas de la filosofía anterior, desechaban olímpicamente la herencia de un esfuerzo dos veces y media milenar por explicar, interpretar y valorar la experiencia política occidental, pero también con la visión puramente histórica o peor aun historicista que la reducía a mera expresión de tiempos ya superados. Lo que le permitió entonces ver y utilizar las obras de los clásicos como un recurso indispensable no sólo para la comprensión de las categorías fundamentales del pensamiento político teórico —categorías que, como sabemos gracias a él, son verdaderos palimpsestos que sólo un estudio filológicamente serio permite desentrañar en toda su complejidad—, sino también para

ñado por muchos años dos materias filosóficas, la filosofía del derecho y la filosofía de la política, pero ambas, como yo las he entendido, tienen poco que ver, a mi juicio, con la Filosofía con mayúscula. Más aún, he dedicado con frecuencia algunas lecciones introductorias a mis cursos para buscar explicar a los estudiantes por qué estos cursos, a pesar de intitularse ‘Filosofía del derecho’ y ‘Filosofía de la política’, no eran desarrollados por mí como cursos propiamente filosóficos. La mayoría de los apuntes que han estudiado los estudiantes no la he titulado nunca *Filosofía de...*, sino siempre *Teoría general del derecho*, *Teoría general de la política*, *Teoría de las formas de gobierno*, etc.”, en N. Bobbio, *Ché cosa fanno oggi i filosofi?*, 1982, citado por M. Bovero en su “Introducción” a N. Bobbio, *Teoria generale della politica*, Turín, Einaudi, 1999.

⁷ Sobre la especificidad del “método” de Bobbio, cf. la “Introducción” de M. Bovero antes citada, pero también el libro de Andrea Greppi, *Teoría e ideología en el pensamiento político de Norberto Bobbio*, Madrid, Marcial Pons, 1998, y R. Guastini, “Bobbio, o de la distinción”, en *Distinguiendo*, Barcelona, Gedisa, 1999.

la construcción analítica, así fuera fragmentaria, de una teoría general abierta tanto a la experiencia histórica como a la interpretación y esclarecimiento de los valores políticos.⁸

De esta forma los clásicos —desde Platón hasta Weber— pueden ya no verse sólo como antepasados, precursores o curiosidades intelectuales interesantes sólo para los especialistas, sino como autores que cuentan sobre todo por su inmenso *sentido de la realidad política*, es decir, por su perspicacia para plantear las preguntas y los problemas “eternos” de la experiencia y la reflexión políticas. Creo que se puede decir, en efecto, que incluso cuando abordaba autores “idealistas” o “utópicos”, lo que a Bobbio le interesó siempre fue, paradójicamente, su “realismo”, esto es, su capacidad para enfrentar y abordar la verdad efectiva, incluso demoniaca, del poder y de la lucha política, porque más allá de sus posturas ideológicas o normativas, o justamente por ellas, tuvieron ese sentido de la realidad que tantas veces se echa de menos en algunos debates filosóficos contemporáneos. Debates, estos últimos, en lo que parece importar no son los problemas y las experiencias reales y efectivas, sino más bien las opiniones o interpretaciones “ísmicas” de algún autor de moda. De ahí la obvia exasperación de Bobbio ante el *boom* de la escolástica marxista tardía en los años sesenta y setenta, neohegeliana o estructuralista, humanista o existencialista que, en nombre de un principio dogmático de autoridad, despilfarraba enormes esfuerzos intelectuales en la interminable elaboración especulativa de interpretaciones más o menos audaces sobre tal o cual tesis o frase de Marx, desentendiéndose totalmente de su pertinencia o impertinencia teórica para comprender la realidad política y social del presente (y si esa realidad se alejaba de sus esquemas, tanto peor para ella). Pero de ahí también su irritación ante marxistas y marxólogos que parecían pensar que con Marx comenzaba y terminaba la historia toda del pensamiento social y político occidental relevante.⁹

Criticando desde esta misma perspectiva realista los reiterados y más bien estériles esfuerzos filosóficos dedicados a descubrir “el fundamento absoluto” de los derechos humanos, desconociendo su historicidad y su heterogeneidad, pero también la cuestión ésa sí (políticamente) fundamental de su protección efectiva, Bobbio señalaría por ello: “hay que reconocer que hoy la filosofía ya no está sola”, y que cuando piensa sola —sin reconocer ni asimilar las aportaciones de las ciencias sociales, de la historiografía y de los estudios empíricos— se condena inevitablemente a la esterilidad de una escolástica reiterativa.¹⁰ Pero mostrando,

⁸ A este respecto son ejemplares sus ensayos “Kant y las dos libertades”, “Marx, el Estado y los clásicos” y “Max Weber, el poder y los clásicos”, contenidos en *La teoria generale...* citada, pero también los reunidos en *Thomas Hobbes*, Turín, Einaudi, 1989. Sobre este punto cf. M. Bovero, “Antichi emoderni: Norberto Bobbio e la ‘lezioni dei classici’”, en V.A., *Per una teoria generale della politica*, Florencia, Passigli Editori, 1986.

⁹ En este sentido véanse los célebres artículos contenidos en *Quale socialismo?*, Turín, Einaudi, 1977, así como los que se encuentran en *Ni con Marx ni sin Marx*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

¹⁰ “El problema filosófico de los derechos del hombre no puede disociarse del estudio de los problemas históricos, sociales, económicos, psicológicos, inherentes a su actualización: el problema

correlativamente, la inmensa fuerza heurística del modelo iusnaturalista hobbesiano, también puso en evidencia las debilidades a las que conduce el pretendido estudio empírico o científico de la realidad política, cuando ignora la herencia teórica de la lección de los clásicos. En este sentido, también hubiera podido afirmar que el estudio empírico o científico de la realidad política y social corre el riesgo de condenarse a la trivialidad tecnocrática o formalista si y cuando desconoce o rechaza la lección de los clásicos.

Pero quizá valga la pena detenerse en un aspecto también sobresaliente de lo que quisiera llamar la filosofía de Bobbio, de esa filosofía rigurosamente vigilada y controlada, de esa filosofía abierta a la experiencia y consciente de sus límites, de esa filosofía que sabe apreciar y asimilar no sólo la lección de los clásicos sino también las duras lecciones de la historia. Me refiero a su naturaleza moderada y a su propósito mediador o dialógico. Naturaleza y propósito que no pueden sino contrastar frontalmente con el espíritu de lo que también Hobsbawm ha denominado “la edad de los extremos”, la era de los voluntarismos más radicales, pero también la era de los extremismos ideológicos y filosóficos. Si algo he tenido y he podido aprender leyendo los textos de Bobbio, si algo me parece una herencia irrenunciable política e intelectualmente de su obra, y si algo parece distinguirlo de muchos de sus contemporáneos más relevantes es precisamente su manera de entender y practicar la filosofía más allá de cualquier “ismo” escolástico, pero también más allá de cualquier extremismo ideológico.¹¹ De hacer de la filosofía, entonces, no un arma de la revolución o de la contrarrevolución, no un instrumento “bélico” para abrumar y exterminar a los adversarios, no una continuación de la política entendida como continuación de la guerra, sino un ejercicio verdadera y propiamente democrático e ilustrado. Un arte, por ende, que sin renunciar en ningún momento al rigor conceptual y a la contrastación empírica, busca evitar los extremos maniqueos, los reduccionismos simplistas, la polarización de las posturas, esforzándose por el contrario en mostrar la complejidad y los diversos aspectos de los fenómenos, y en reconocer lo que de valioso pueden tener las más diversas y hasta contrapuestas aproximaciones e interpretaciones de los mismos. Vale la pena en este sentido recordar lo que escribía para defender su preferencia por la filosofía como metodología frente a la filosofía como concepción del mundo:

A mi juicio, el interés predominante por la metodología nace de una experiencia decisiva, es decir, del reconocimiento invencible de la irreductibilidad de las opiniones... La divergencia que más me ha golpeado siempre es la que divide a los que creen en la inmortalidad del alma de los que no creen en ella. Aquellos que no creen no logran darse razones del hecho de que haya seres, similares a ellos en todo, que

de los fines del de los medios. Eso significa que el filósofo ya no está solo. El filósofo que se obstina en permanecer solo, termina por condenar la filosofía a la esterilidad. Esta crisis de los fundamentos es también un aspecto de la crisis de la filosofía”. “Sul fondamento dei diritti dell'uomo”, en *L'età dei diritti*, Turín, Einaudi, 1990.

¹¹ Sobre su menosprecio por los “ismos”, vale la pena leer su ensayo “La non-filosofía de Salvemini”, en *Maestri e compagni*, Florencia, Passigli Editore, 1994.

creen eso; y viceversa. Pues bien: quien profesa una u otra opinión en libros más o menos filosóficos, enuncia una concepción del mundo. Quien en cambio deja de lado ambas soluciones y se propone en su lugar el problema de cómo estas divergencias de opiniones nacen, se afirman, compiten la una con la otra, analiza los argumentos aducidos por ambas partes, los compara y los clasifica, estudia su estructura y su origen, indaga sus efectos, hace lo que yo llamo “metodología”. Su meta no es generalmente proponer una tercera concepción que no coincida con las anteriores, o que sea o pretenda ser una solución de compromiso o de síntesis, sino encontrar argumentos capaces de promover la convivencia de ambas. El metodólogo es alguien que se interesa por las cuestiones de procedimiento más que por la de sustancia: es, digamos incluso la injuriosa palabra, un formalista. Pero lo es porque está profundamente convencido de que sobre las cuestiones de fondo no es posible llegar a un acuerdo razonable, mientras es posible llegar a un acuerdo sobre las razones de la divergencia, y de tal manera volver a las concepciones opuestas no digo aceptables sino por lo menos soportables la una a la otra.¹²

Seguramente esta inimitable mezcla de moderación, rigor e intransigencia teórica fue en Bobbio la consecuencia consciente de los excesos causados por el ideal del intelectual *engagé*,¹³ del filósofo voluntariamente puesto al servicio de una ideología, de una causa y hasta de un partido, incapaz de distinguir su papel como promotor de la cultura —que en su sentido estricto es diálogo, argumentación racional y aprendizaje— y su papel como persona políticamente comprometida. El reconocimiento de la irreductibilidad de los valores últimos y por ende de la imposibilidad de demostrarlos o imponerlos a golpe de argumentos supuestamente irrefutables (o peor aun a golpe de amenazas y coacciones), sin embargo, no le conduciría a verlos como radicalmente antagónicos e incompatibles, como los dioses en conflicto eterno de los que hablaba el apasionado Weber; ni tampoco como meras expresiones de la irracionalidad humana, como sugería Pareto, sino, más bien, como producto relevante y hasta decisivo de la historia y de la experiencia humanas. De ahí que en lugar de profundizar su incompatibilidad o de pretender subsumirlos en una unidad teórica o ideológica monolítica, lo que en esa perspectiva dialógica moderada se requiere son más bien esclarecimientos orientados a conjugarlos o combinarlos en fórmulas políticas incluyentes y civilizadas.

En este sentido es posible afirmar que la filosofía de Bobbio no sólo es una filosofía *para* la democracia liberal¹⁴ moderna —es decir, una filosofía que busca justificarla y defenderla como la mejor (o la menos mala) forma de organizar el poder y la lucha política— sino también una *filosofía liberal democrática*, una forma de practicar democráticamente la tarea de los intelectuales. Entendamos: una filosofía

¹² N. Bobbio, “Filosofía como metodología o filosofía como visión del mundo?”, *La Cultura*, núm.5, septiembre de 1963, p. 507.

¹³ *Cf.* al respecto los ensayos reunidos en N. Bobbio, *Il dubbio e la scelta*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1993.

¹⁴ No sobra subrayar que el liberalismo defendido por Bobbio es ético y político, pero nunca *liberismo* o liberalismo económico.

laica que puede reconocer y respetar las razones de los sentimientos religiosos sinceros; una filosofía empirista que asume la importancia y complejidad de los instrumentos teóricos abstractos; una filosofía realista que lejos de desconocer la importancia de los valores políticos o de verlos como meros instrumentos de manipulación, pretende esclarecerlos y mostrar sus posibles y diversas interpretaciones y conjugaciones; una filosofía, en fin, consciente de su papel y de sus límites, que nunca confunde la historia de las ideas con la de las instituciones, ni los problemas teóricos con las dificultades políticas prácticas, y que nunca cae en la ilusión, tan común en los filósofos, de pretender resolver estas últimas “filosóficamente”.

La filosofía de Bobbio se presenta, así, como una filosofía democrática, liberal y realista, no sólo porque asume la tarea de esclarecer y reivindicar las reglas y los valores de esta forma de gobierno, sino por sus propios presupuestos básicos. Presupuestos que la separan claramente tanto de las idealizaciones utópicas como del realismo conservador o presuntamente revolucionario. Presupuestos que la configuran como una forma de plantear y argumentar teóricamente los problemas empíricos y las posiciones ideológicas al servicio de una deliberación pública capaz de otorgar sentido y contenidos a la lucha —que es competencia y conflicto pero también crítica y aprendizaje, negociación y compromiso— democrática por el poder. Que es, en suma, “uso público de la razón” capaz de oponerse y mostrar los riesgos y callejones sin salida de los fanatismos y de los fundamentalismos ideológicos, pero también de salir al paso al realismo cínico de los que reducen la democracia a un juego puramente estratégico de intereses particularistas.¹⁵

El proyecto teórico político de Bobbio: mapas para una izquierda extraviada

En esta perspectiva se entiende que el proyecto de una teoría general de la política y el derecho se encuentra ligado a un esfuerzo por conjugar o hacer posible la conjugación de los valores irrenunciables del liberalismo ético, jurídico y político, con los siempre insuficientemente precisados valores de un socialismo cabalmente compatible con —y más que compatible, complemento necesario de— la democracia moderna. Su propósito no fue solamente mostrar que sin liberalismo ético, jurídico y político, sin el reconocimiento y la protección *universal* de determinados derechos individuales de libertad, no puede haber democracia digna de ese nombre; sino también mostrar por qué sin el socialismo bien entendido, es decir, sin el reconocimiento y la protección *universal* de determinados derechos sociales fundamentales, la democracia corre el riesgo de convertirse en mera fachada del predominio de poderes fácticos salvajes sustentados en la desigualdad, esto es, en mera apariencia de democracia.

No deja de ser interesante, en este sentido, comparar los primeros textos de Bobbio sobre la democracia, en los que el acento es puesto precisamente en la rei-

¹⁵ Ejemplares en este sentido son los ensayos contenidos en *El problema del positivismo jurídico*, México, Fontamara, 1999, así como su célebre librito *Destra e sinistra*, Roma, Donzelli Editore, 1994. En ambos casos, Bobbio sin duda toma partido, pero sólo después de haber hecho aclaraciones y distinciones encaminadas a esclarecer las razones de las posturas e interpretaciones en conflicto.

vindicación de sus ingredientes liberales y en los que el blanco crítico es el antiliberalismo y el antiindividualismo de los marxistas, con los textos ulteriores en el que ese acento se desplaza más bien hacia la reivindicación de los crecientemente menospreciados valores igualitarios —propriadmente de izquierda— entendidos de forma universalista, y en los que las críticas se dirigen contra las cada vez más predominantes, incluso dentro de las fuerzas de izquierda oficiales, tendencias neoliberales, neoconservadoras y particularistas. Por eso, a pesar de haber combatido rigurosamente el dogmatismo marxista, el maximalismo revolucionario y el totalitarismo de corte comunista, Bobbio, a diferencia de tantos otros autores, nunca vio en la crisis del marxismo y en el desplome del “socialismo real” soviético un mero triunfo de la democracia liberal, ni mucho menos un final de la historia, sino más bien un inmenso y hasta hoy irresuelto desafío para el propio proyecto democratizador, para la propia sobrevivencia de la democracia.¹⁶ El desafío que supone una economía capitalista globalmente triunfante y ya sin contrapesos, capaz de someter a su yugo depredador a los estados más consolidados, y capaz de revertir incluso las conquistas sociales alcanzadas dentro y a través de las democracias más avanzadas.

Lejos de implicar un giro conservador motivado por su realismo político, como lo interpretó Anderson en su famoso ensayo, lo que aparece en la segunda generación de textos bobbianos sobre la democracia, a partir de los recopilados en *El futuro de la democracia*, es una creciente preocupación por la ingente crisis no ya sólo del marxismo sino de las izquierdas en general y por el avance aparentemente irresistible de políticas e ideologías de derecha que, bajo diversos pretextos (desde la modernización, la eficiencia y la productividad hasta la defensa de las identidades colectivas y las tradiciones) promueven el desconocimiento o desvalorización de los derechos sociales y de la justicia igualitaria y universalista, y con ello una profundización sin precedentes de las desigualdades a escala planetaria.¹⁷

No parece casual, por ello, que en buena parte de los textos en los que Bobbio intenta resumir su propia trayectoria teórica, el tema central sea precisamente el del vínculo o interdependencia necesaria entre la paz, la democracia y la protección efectiva de los derechos humanos fundamentales.¹⁸ Sólo un pacto de no agresión, de renuncia al uso privado de la fuerza, puede hacer posible el funcio-

¹⁶ Cf. los artículos sobre la crisis del comunismo reunidos en *L'utopia capovolta*, La Stampa, 1990.

¹⁷ “La conquista de la libertad de los modernos, supuesto que sea posible y en la medida en la que es posible, no puede ser, para los países de la utopía trastocada, más que el punto de partida. ¿Para ir adónde? Me planteo esta pregunta porque no basta fundar el Estado de derecho liberal y democrático para resolver los problemas de los que había nacido, en el movimiento del proletariado de los países que habían iniciado el proceso de industrialización en forma salvaje, y después entre los campesinos pobres del Tercer Mundo, la ‘esperanza de la revolución’. En un mundo de injusticias espantosas, como es todavía al que están condenados a vivir los pobres y los marginados, los oprimidos por inaccesibles y aparentemente inmodificables grandes potentados económicos, de los que dependen casi siempre los poderes políticos, incluso los formalmente democráticos, pensar que la esperanza de la revolución esté apagada, y esté terminada sólo porque la utopía comunista ha fracasado, significa cerrar los ojos para no ver”. “L'utopia capovolta”, en *L'utopia...*, ed. cit., pp. 129,130.

¹⁸ N. Bobbio, “Despedida”, “Política de la cultura”, “Autobiografía intelectual”, “Respuesta a los críticos”, “Derecho y poder” y “Un balance”, todos recogidos en *De Senectute*, Madrid, Taurus, 1997.

namiento de las reglas del juego democrático; sólo mediante los procedimientos democráticos se vuelve posible el reconocimiento, defensa y protección de los derechos fundamentales; sólo esta protección puede a su vez garantizar la permanencia del pacto inicial, pero también mantener las precondiciones del juego democrático y evitar que éste degenere, se convierta en mera fachada o se vea sometido a poderes fácticos salvajes. Por eso democracia, derechos humanos y paz son términos necesariamente interdependientes, y basta que uno de ellos se vea socavado seriamente, para que los demás entren en crisis.

Ahora bien, el mayor desafío actual para el mantenimiento y para la extensión de este vínculo esencial —que puede y debe verse como la mayor conquista cultural de Occidente— reside, como el propio Bobbio insistiría, en una globalización casi totalmente anárquica (dominada por poderes salvajes, tanto económicos como ideológico-religiosos y mediáticos y por instituciones no democráticas) y hegemonizada al mismo tiempo por políticas y concepciones abierta y cínicamente derechistas, en tanto brillan todavía por su ausencia verdaderas alternativas de izquierda. No por nada los más recientes textos de Bobbio se concentran en la relación entre democracia y sistema internacional, sugiriendo que el único futuro posible y deseable para la democracia moderna, como ideal y como realidad, se encuentra en su internacionalización efectiva, es decir, en la construcción, obviamente difícil y de largo plazo, de una verdadera democracia mundial, capaz de superar los límites y las crecientes debilidades de los estados nacionales y de las democracias que, en nombre de la defensa de los derechos de “sus” ciudadanos, pretenden justificar políticas internacionales de mera potencia militar y económica para afrontar los riesgos promovidos por una globalización que condena a la miseria y a la violencia a más de las dos terceras partes de la humanidad, alimentando así la barbarie del fundamentalismo y del terrorismo que hoy parecen poner en riesgo no sólo a la democracia como conquista civilizatoria, sino a la civilización misma.¹⁹ En este horizonte ominoso y hasta desesperante, quisiera hacer algunas observaciones sobre el tema, tan dramático hoy para nosotros, de las democracias recientes y sus dificultades agobiadoras.

Las democracias recientes y sus dificultades

Mucho se ha discutido en México sobre la naturaleza, los resultados y metas de la transición a la democracia, e incluso sobre la pertinencia de aplicar esta categoría al proceso democratizador que parece haber culminado en la derrota electoral del llamado partido casi único, partido hegemónico-pragmático o incluso partido de Estado que fue el PRI, y en la alternancia. En esta discusión encontramos las perspectivas más diversas y contrapuestas: desde aquéllas, obviamente ligadas al *ancien régime*, que rechazan que hubiera habido un sistema autoritario o autocrático, hasta las que sostienen que, no obstante la propia alternancia, en México todavía no

¹⁹ Cf. “Democracia y sistema internacional”, en *El futuro de la democracia*, ed. aumentada, México, Fondo de Cultura Económica, 2000. Pero también, “I diritti, la pace e la giustizia sociale”, “La pace: il concetto, il problema, l’ideale” y “La guerra, la pace e il diritto”, en *Teoria generale...*, ed. cit.

existe una “verdadera” democracia, que sólo existirá cuando se cumplan los más variados requisitos —desde el imperio irrestricto de la legalidad hasta el cabal respeto de los llamados Acuerdos de San Andrés referentes a la ley indígena. Esta confusión en buena medida obedece a la peculiar naturaleza de un sistema político que fue sin lugar a dudas autoritario, pero que respetaba las formas aparentes de los procedimientos electorales, aunque reservándose siempre el derecho de revertirlos en caso de “necesidad”. Y de una transición que por ello mismo se concentró, casi exclusivamente, en graduales y hasta contradictorias reformas de las leyes e instituciones electorales tendientes a garantizar la limpieza, transparencia y credibilidad de los comicios, así como a promover una relativa equidad entre el PRI y los partidos opositores o, como se decía entonces, “de oposición”.

A diferencia de otras transiciones, en las que era más o menos obvio que se trataba de pasar de una dictadura personal, militar o partidista en la que las elecciones estaban o prohibidas o limitadas a refrendar el predominio legalmente establecido de un solo partido, en México parecía tratarse más bien de poner fin a la hegemonía abrumadora de un “partido” configurado desde el poder y para conservarlo, que no sólo incorporaba a la inmensa mayoría de la clase política, sino también a la mayor parte de las organizaciones populares, sociales y empresariales, y que por ende convertía los comicios municipales, estatales y federales en una mera ceremonia de convalidación de un presidencialismo autocrático (casi) sin contrapesos.²⁰ De un presidencialismo vertical capaz de volver al presidente de la República en jefe de Estado, jefe de gobierno y jefe de un partido mayoritario en todos los niveles legislativos y con capacidad, además, de controlar también al Poder Judicial. Lo que permite entender que este sistema claramente autocrático pudiera cobijarse en una forma constitucional que paradójicamente asumía principios republicanos, democráticos, representativos y federales.

De esta manera, en México no se trató nunca de derrocar una dictadura —militar o personal— ni tampoco de romper el monopolio constitucional de un partido totalitario —fascista o comunista— que se hubiera apoderado del Estado. Dado que nuestra Constitución era ya formalmente democrática, lo que se requería era más bien generar las condiciones institucionales y sociales que hicieran posible la formación de verdaderas alternativas partidarias y por ende una auténtica competencia equilibrada por el sufragio libre de los electores. Y las condiciones legales e institucionales para que el cómputo de esos sufragios fuera transparente, confiable e irreversible. En *La mecánica del cambio político en México*,²¹ José Woldenberg, Ricardo Becerra y Pedro Salazar han desarrollado una excelente descripción de las reformas que, gradual y accidentadamente, condujeron a la creación de esas condiciones y, en consecuencia, al cumplimiento efectivo de las reglas procedimentales que Bobbio propone en su definición mínima de democracia. De es-

²⁰ El PRI fue, en efecto, un verdadero “partido de Estado”, muy diferente, sin embargo, a los partidos totalitarios de corte comunista o fascista que lograron hacerse del poder y convertir esos estados en “estados de partido” o “estados-partido”, donde incluso constitucionalmente se establecía la naturaleza partidista del Estado.

²¹ Editado por Cal y Arena, México, 2000.

ta forma, después de las reformas político-electorales de 1994 —que instituyeron el Instituto Federal Electoral— y de 1996 —que le dieron cabal autonomía, que volvieron equitativa a la competencia en términos de recursos y que instituyeron el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación como última instancia para la acreditación de los resultados— podemos decir que culminó la transición mexicana a la democracia, dando lugar, por vez primera en el México posrevolucionario, a un gobierno federal que ya no contaba con la mayoría en la Cámara de Diputados, en 1997, y en el 2000, a un gobierno encabezado por un partido distinto al viejo partido oficialista, a un gobierno que, además, ya no contaba con mayoría en ninguna de las cámaras que configuran al Poder Legislativo en México.

En este horizonte, ya en 1997 algunos de nosotros comenzamos a señalar la necesidad de dar por terminada la transición para comenzar a plantear en serio los problemas de la flamante aunque sin duda precaria democracia mexicana, los problemas que, sintomáticamente, ciertos círculos intelectuales denominaron de la “consolidación” democrática. Sin embargo esta postura fue ampliamente rechazada tanto por los partidos —el PRI en todo caso aceptaba hablar de la “profundización” de una democracia que siempre había existido, mientras el PAN y el PRD habían convertido a “la transición” en parte fundamental de su identidad y de su propuesta, y por ende terminaron identificando la culminación de la misma no con los procedimientos sino con un resultado, que además, según muchos debía ser irreversible, la derrota electoral del PRI en el nivel federal— y por buena parte de la opinión pública —que después de tantas reformas y conflictos postelectorales difícilmente podía creer que los comicios y su cómputo eran verdaderamente limpios y transparentes—, como por muchos intelectuales que, con razón, insistían en los enormes déficit institucionales, legales y sociales en los que se debía sustentar esta pretendida democracia. Ni siquiera la alternancia tan soñada y el triunfo del candidato “opositor” permitieron superar esta confusión ideológica transitocrática: a pesar de que las elecciones de 2000 transcurrieron con cabal normalidad, y a pesar de que tanto el presidente saliente como el candidato priista aceptaron la derrota de su partido, la primera ocurrencia del nuevo presidente fue afirmar que su gobierno era el gobierno “de la transición”, mientras que en el sedicente partido de izquierda, el PRD, apenas se asumía por algunos que con esos resultados la transición al fin (pero apenas) había comenzado.

No quisiera detenerme demasiado en las diversas lecturas de la transición mexicana, a las que Pedro Salazar ha dedicado un artículo,²² sino más bien volver a la pregunta con que inicié este apartado: ¿qué distingue genéricamente a las democracias recientes (de la tercera ola si aceptamos, sólo parcialmente, la periodización propuesta por Huntington) de las democracias que se configuraron en Europa después de la segunda guerra mundial (y que por ende, incluyen, a pesar de Huntington y su carácter tardío, las de Portugal y España)? Pues bien, más allá de muchas diferencias, sin lugar a dudas importantes, como el tipo de régimen democrático, presidencialista o parlamentario, o como el grado de civilización y de instituciona-

²² P. Salazar, “Lecturas de la transición democrática”, en *Nexos*.

lización jurídica de los estados, lo que parece distinguirlas es algo que Bobbio sugiere en su ensayo *Destra e sinistra*: a saber, que mientras la derrota de las derechas autocráticas en la segunda guerra mundial significó epocalmente el triunfo, así sea parcial y relativo, de los principios de izquierda que sustentan al Estado social de derecho (y el correlativo reconocimiento de importantes derechos sociales), en cambio, epocalmente, la derrota de las izquierdas autocráticas (totalitarias o populistas) y la crisis del Estado de bienestar implicó el triunfo ya mencionado de políticas y visiones de derecha —neoliberales y/o neoconservadoras— y por ende la demolición o por lo menos un fuerte deterioro de los mecanismos institucionales relacionados con el reconocimiento y la protección de los derechos sociales.²³

En este sentido, la mexicana es una transición que aunque, por momentos, fue impulsada por el descontento social generado por las políticas de ajuste y modernización neoliberal y por políticos nostálgicos del viejo “Estado revolucionario”, finalmente fue hegemonizada y dirigida por las derechas tecnocráticas y tradicionalistas, que pudieron sin demasiados problemas identificar los mecanismos corporativos, ciertamente autoritarios y corruptos, como los mayores obstáculos para el surgimiento de una democracia apoyada en una “sociedad civil”, más bien imaginaria, que en los hechos marginaba los intereses, derechos y preocupaciones de unas clases populares en proceso de descomposición organizativa y social, y carentes por ello de capacidad para plantear sus demandas como un aspecto esencial de la democratización en curso. La centralidad casi exclusiva que alcanzaron los procesos electorales y la creciente competencia partidista, ocultó y hasta justificó el olvido de las cuestiones relacionadas con la justicia social y los derechos sociales, que se convirtieron, cuando más, en privilegios corporativos excluyentes de sectores organizados cada vez más minoritarios e insolidarios. Las fuerzas y corrientes que alguna vez se reclamaron de izquierda fueron absorbidas por una lucha sin cuartel y sin principios por la obtención de cargos y curules, mientras que las libertades sociales y económicas crecientes promovían la formación de poderes mediáticos y empresariales capaces de capitalizar el descontento social fomentando la identificación de lo público-estatal con lo autoritario y lo democrático con el mero debilitamiento del Estado y sus instituciones.²⁴

²³ En una entrevista sobre la utopía trastocada, Bobbio señalaba: “Mis dudas no se refieren a la especificación de los objetivos de justicia, sino a la posibilidad de dar voz a aquellos que representan la parte condenada del mundo. Consideremos incluso a países que se pueden denominar democráticos, como Brasil, México o Argentina, donde se realizan elecciones regulares, donde hay instituciones representativas. Pues bien debemos darnos cuenta que la democracia puramente formal es incapaz de transformar a los “no-hombres” en “hombres”; ahí se muere de hambre y de enfermedades, los derechos son puramente formales. El problema para la izquierda tiene tal dimensión que me pregunto cuál puede ser la solución política, es decir, cómo se puede organizar la fuerza necesaria para cambiar las cosas en profundidad. La fuerza de las religiones, en los países que viven este drama, nace justamente de ahí, del hecho de que la religión católica en algunas áreas o de la islámica en otras, es la única razón de vida, aun siendo sin embargo una fuerza puramente moral porque la política que debía satisfacer esas mismas exigencias es demasiado débil”. “Adesso la democrazia é sola”, *L'Unità*, 13 de julio de 1989, pp. 4-5.

²⁴ La falaz identificación de los derechos de libertad universales con los derechos patrimonia-

En este horizonte no parece exagerado afirmar que, mientras las primeras olas democratizadoras se sustentaron esencialmente en luchas igualitarias por la extensión y universalización de los derechos políticos y, en consecuencia, en luchas que buscaron utilizar el sufragio precisamente para conquistar y ampliar derechos sociales —lo que explica la centralidad del movimiento obrero y sus organizaciones, así como los pactos o compromisos sociales (socialdemócratas), o por lo menos la “concesión” por parte de partidos de centro derecha de determinados derechos sociales— en cambio, en las democratizaciones recientes fue sobre todo la lucha por conquistar o recuperar los derechos de libertad y los derechos civiles,²⁵ frente a poderes que los habían negado o restringido bárbaramente, lo que orientó fundamentalmente la búsqueda de la democracia —lo que da cuenta de la centralidad que en ellas adquirió esa imaginaria “sociedad civil” que, sobre todo, expresaba el descrédito y la descomposición de las viejas organizaciones corporativas autoritarias así como el nuevo protagonismo adquirido por las iglesias, los actores empresariales y los sectores medios. Con lo anterior no pretendo restarle importancia o valor a esas luchas y procesos, pues nadie en su sano juicio puede sentir la menor nostalgia por los regímenes autocráticos que desplazaron. Pero sí me parece indispensable subrayar que esta falaz identificación entre los derechos de libertad y las políticas neoliberales de libre mercado y de “adelgazamiento” estatal y ese olvido o marginación de la llamada “cuestión social”, no son ajenas, ni mucho menos, a la inmensa debilidad de las democracias así configuradas.

En términos bobbianos,²⁶ el liberalismo que condujo ideológicamente buena parte de las democratizaciones recientes no fue, lamentablemente, el liberalismo social preconizado por Bobbio, pero también a su manera por Rawls, por Dahrendorf o por Habermas, es decir, un liberalismo que se complementa con derechos sociales capaces de posibilitar el ejercicio o disfrute igualitario, realmente universal, de las libertades, sino el liberalismo del “Estado mínimo”, que so pretexto de ampliar las libertades genera y profundiza desigualdades abismales y, por consiguiente, despoja de todo sentido y sustancia, para buena parte de las poblaciones, a los derechos políticos mismos, que ya no se ven agobiadas sin duda por el viejo autoritarismo de los estados autocráticos sino por el nuevo autoritarismo de los poderes salvajes de las finanzas, de los medios electrónicos de comunicación, de las organizaciones criminales y de los más diversos fundamentalismos religiosos. Es decir, por el imperio casi irrestricto de la ley del más fuerte.

Apenas puede sorprender, entonces, que en América Latina, donde con tantas penas y dificultades finalmente predominan los regímenes formalmente democráticos, más de la mitad de la población se muestre dispuesta a preferir un régi-

les exclusivos ha sido denunciada tanto por L. Ferrajoli como por M. Bovero. Cf. del primero *Diritti fondamentali*, Roma, Laterza, 2002, y del segundo *Quale libertà?*, Roma-Bari, Laterza, 2004.

²⁵ Cf. la nota 23.

²⁶ Cf. *Liberalismo y democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989; “Liberalismo viejo y nuevo”, en *El futuro de la democracia*, ed. cit.; y “Sul liberalsocialismo”, en *Teoria generale...*, ed. cit.

men autoritario al democrático, con tal de que sea capaz de garantizar un mínimo de seguridad y un mínimo de bienestar social. Ni puede asombrar, tampoco, que recurra a la tentación de apoyar liderazgos providenciales, hombres fuertes, como Fujimori, Ménem, Chávez y los que se acumulen, aun por encima de las formas e instituciones democráticas, con la esperanza hobbesiana, siempre frustrada, de alcanzar al menos “una vida segura y confortable”, incluso si eso significa renunciar a sus derechos políticos y de libertad.²⁷

Lo que me lleva a replantear uno de los temas discutidos por Bobbio en *El futuro de la democracia*, el de la representación política democrática. En este libro Bobbio señalaba que una de las promesas incumplidas de la democracia tenía que ver con el fracaso del ideal de la representación estrictamente política o ciudadana ante la emergencia de las grandes organizaciones de intereses particulares y su relación con partidos clientelares de masas. Para concluir que, en todo caso se había tratado de una falsa promesa, de una promesa incumplible, o en todo caso inviable en las condiciones de las modernas sociedades capitalistas.²⁸ A veinticinco años de distancia, lo preocupante ya no es, a mi entender, la supuesta perversión corporativa o clientelar de la representación democrática —que sin lugar a dudas tenía y tiene aspectos criticables— sino su creciente extinción en beneficio de lo que, no sin paradoja, se puede denominar “la representación mediática”, que tiende a convertir a las corporaciones televisivas en un verdadero poder (invisible) soberano —esto es, que no reconoce ningún poder superior a él.

Resultado de una colusión inédita en la historia de poderes económicos y poderes ideológicos, el poder mediático televisivo, con su inmensa capacidad de penetración y de “entretenimiento” masivos, representa, hoy día, uno de los mayores desafíos para la política democrática y sus recursos tradicionales. Por la centralidad que otorga a la imagen, ya discutida entre otros por Sartori,²⁹ pero sobre todo por su carácter de “poder blando”, es decir, de poder que seduce y suscita la complicidad pasiva de los que se le someten e incluso se vuelven sus adictos, este poder —sólo comparable al de la Iglesia medieval— absorbe, así, la mayor parte del tiempo libre y de la atención pública de las sociedades, convirtiéndose en decisivo y determinante del destino —visibilidad o invisibilidad, prestigio o desprestigio, relevancia o irrelevancia— de todos los actores políticos y sociales. Ciertamente no se trata de un poder ilimitado, que como en las novelas futuristas tenga una capacidad ilimitada de manipulación de las conciencias. De hecho, tengo la impresión de que hablar de manipulación en este caso es demasiado simplista para dar cuenta de la complejidad del impacto y de la influencia de la televisión. Y por supuesto, ese impacto y esa influencia dependen, en mucho, de los muy variados niveles culturales de cada sociedad. Pero en cualquier caso, los ejemplos de países tan diversos como Italia y México muestran claramente que es-

²⁷ Quizá una de las lecciones más importantes de Bobbio sea haber mostrado la nefasta preferencia de las izquierdas leninistas o populistas por “el gobierno de los hombres”, antes que por “el gobierno de las leyes”.

²⁸ *El futuro de la democracia*, pp. 30 a 36.

²⁹ G. Sartori, *Homo videns*, Madrid, Taurus, 1998.

tamos ante un tipo de representación simbólica sustentada en la imagen que amenaza con vaciar a la política de todo sentido racional o razonable, al transformar a gran parte de los ciudadanos en meros consumidores pasivos de una frívola *Weltanschauung* centrada en el entretenimiento, es decir, en lo que es o no es divertido o, cuando más, trivial y fugazmente “interesante”: en lo que entonces otorga *ratings* elevados y por ende resulta comercialmente exitoso. (De esta forma, en México, hemos pasado de una televisión sumisa al poder autoritario, que sólo transmitía las “verdades” oficiales —lo que paradójicamente la volvía totalmente ineficaz por su falta de credibilidad— a una televisión, controlada por dos consorcios, abierta a un “pluralismo” políticamente hueco pero absolutamente eficaz para defender sus privilegios y para determinar, en buena medida, lo que los políticos y los partidos pueden o no hacer.)

Sé perfectamente que la democracia ha sido tildada de teatrocracia por muchos críticos conservadores. Y que precisamente Bobbio ha mostrado por qué uno de los rasgos virtuosos de la democracia es justamente el de volver público el poder público, aunque nunca lo logre cabalmente. El problema con la video-cracia, sin embargo, es que parece más bien volver público lo privado —pues esto es lo que “entretiene”— al tiempo que sirve para privatizar —trivializar y/o ocultar— lo realmente público. Con la consecuencia de que sólo la colusión más o menos oculta con los poderes videoocráticos permite a partidos y políticos tener alguna posibilidad de éxito, colusión que requiere, además, la trivialización o por lo menos la simplificación maniquea de los asuntos públicos. Kant decía y recordaba Bobbio, que la ventaja de la publicidad era que necesariamente limitaba la capacidad de los políticos de asumir decisiones contrarias al interés general. Ahora, sin embargo, tenemos que preguntarnos por una publicidad videoocrática que puede permitirse poner en evidencia las mentiras, la barbarie y la inmoralidad de tantos políticos sin que ello afecte grandemente sus índices de popularidad, al menos mientras todo ello no implique costos directos para los consumidores.

Lo sucedido recientemente en España es un buen ejemplo de lo anterior. Es sin duda alentador que la reacción de la mayor parte de la ciudadanía española ante la tragedia causada por el terrorismo y ante los descarados intentos de manipulación realizados por Aznar y su partido, haya sido utilizar su voto y poner fin a una política tan temeraria como antidemocrática. Pero difícilmente puede dejar de preocupar que sólo una tragedia de tal magnitud, por lo demás muy próxima a los comicios, haya podido sacar de su letargo consumista y políticamente indiferente a tantos ciudadanos que de otro modo, y a pesar de su absoluto desacuerdo con esa política, bien habrían podido por omisión o incluso por comisión, permitir la continuidad de un gobierno claramente irresponsable.

Estados débiles e ineficientes, poderes económicos depredadores, poderes mediáticos sin contrapesos, un sistema internacional dominado por la política imperial de potencia de Estados Unidos y sus aliados, pobreza y marginación de la mayor parte de la población en el mundo. Todo ello debiera sugerirnos la urgente necesidad de repensar el Estado, el temible pero indispensable Leviatán, como artificio indispensable para garantizar el imperio efectivo de la legalidad y para ha-

cer posibles, incluso, los compromisos internacionales necesarios para comenzar a gobernar en serio la globalización. Debiera sugerirnos que, como subrayaba Bobbio, donde no hay poder no hay derecho, ni puede haber, en consecuencia, ni seguridad, ni libertades garantizadas ni, mucho menos, derechos sociales.³⁰ Ciertamente las experiencias totalitarias y autocráticas nos han mostrado las terribles consecuencias de un poder sin derecho y sin derechos. Pero hoy estamos comenzando a entender las igualmente temibles consecuencias de un derecho (el internacional, pero también el formalmente establecido en muchas constituciones del Tercer Mundo) y de unos derechos (supuestamente fundamentales) sin poder, de unas democracias carentes de fuerza y de contenidos.

Bobbio quiso indicarnos la vía de la democratización como aquella que las amargas experiencias del siglo XX habían mostrado como la única racionalmente deseable. En este sentido, su lección es irrenunciable e indispensable. Pero quizá tendríamos que reconocer, al mismo tiempo, que su gran proyecto teórico político, el de una izquierda cosmopolita, propiamente democrática, capaz de aunar el liberalismo y el socialismo, la justicia con la libertad, se encuentra hoy en riesgo de convertirse en el emblema de lo que fue acaso el punto más alto de una cultura europea hoy en crisis y en franco retroceso. Después de todo, como decía Hegel, el destino de toda gran filosofía parece ser el levantar el vuelo, como el ave de Minerva, al atardecer.

Volviendo a la pregunta del estudiante tendría que decir que nadie puede saber si la obra de Bobbio, nuestro entrañable profesor, será considerada como la de un clásico en el futuro (un futuro que es hoy más incierto que nunca). Pero que por su recuperación de la lección de los clásicos, por su manera de pensar no sólo la política moderna sino la modernidad de la política, por su claridad y precisión conceptual, por su moderación y por su realismo, y por su desencantada pero intransigente defensa de la dignidad de la persona humana, *deberíamos* nosotros reconocerlo como un auténtico y verdadero clásico. Es decir, como un punto de referencia teórico y político obligado para, pese a todo, seguir impulsando esa política de y desde la cultura sin la cual la propia democracia corre el riesgo de perder cualquier significado relevante ●

³⁰ Cf. "Dal potere al diritto e viceversa", en *Teoria generale...* ed. cit.

La transición española

José Woldenberg*



principios de 2004, Enrique Strauss, director del Canal 22, me invitó a presentar los capítulos de la serie “La transición”. Ésta se había proyectado en España en 1995 y en el mismo Canal 22 unos años después. Ahora, en la retransmisión, Strauss deseaba que la serie de trece capítulos fuera acompañada por comentarios al inicio y al final de cada uno de ellos. Por supuesto

acepté la propuesta, y escribí las notas de entrada y salida, dependiendo del tiempo disponible (ya que los capítulos tienen una extensión distinta cada uno).

La serie volvió a ser transmitida en 2004 con mis comentarios. Las siguientes son las notas que escribí para “La transición”, levemente retocadas para ser publicadas.

1

La transición democrática española es una de las historias más venturosas del siglo XX. La transición de uno de los regímenes autoritarios más longevos, producto de una guerra fratricida, a otro democrático. Se trata de un periodo de tiempo relativamente corto en el que España logra desmontar las leyes, instituciones y relaciones políticas del franquismo para abrirle paso al futuro. Un futuro en el que la convivencia de la diversidad política fuera posible.

Se dice fácil. Pero la construcción de unas reglas y unos conductos para que la pluralidad política e ideológica que cruzaba y cruza España pudiese expresarse y recrearse, requirió una serie de operaciones políticas que los programas sobre la transición narran y explican de manera clara y elocuente.

Se trata de un material producido en 1993. Dirigido y realizado por Elías Andrés, y subdirigido, escrito y narrado por Victoria Prego. Con abundante material documental de la época, mediante entrevistas con los más diversos actores, con chispazos de la música, la moda, los comerciales de aquel entonces, pero sobre todo con un hilo explicativo bien armado, aparece una historia digna de ser contada y por supuesto digna de ser conocida.

Si como alguna vez escribió Abraham Lowental “los periodos de transición desde la dominación autoritaria están condicionados y plasmados por las circunstancias históricas”, eso es, precisamente, lo que muestra la serie de programas.

En 1973, fecha en la que se inicia el relato, España era gobernada por un régimen autoritario y represivo que la mantenía alejada de Europa. Franco, el llamado Cau-

* Director de la revista *Nexos*.

dillo, había encabezado la edificación de un sistema vertical y excluyente que sólo reconocía una voz, un ideario, una religión, como legítimos. La represión de la diversidad era el correlato “natural” de ese autoritarismo. Y esa diversidad excluida y perseguida se convertiría en el principal motor del cambio.

En el primer capítulo se muestran, como ejemplo, algunas escenas de los sindicalistas de Comisiones Obreras presos por el “delito” de aspirar a organizar sindicatos auténticos, independientes, que realmente respondieran a las necesidades e intereses de sus integrantes. En particular, la breve entrevista con Marcelino Camacho, el legendario dirigente de Comisiones Obreras, permite entender el significado profundo de lo que es un régimen represivo.

Por cierto, no está de más recordar que luego que salió de la cárcel, a mediados de la década de los setenta, Marcelino Camacho estuvo en nuestro país y ofreció una conmovedora conferencia en el auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En aquel entonces narró no sólo las vicisitudes que había vivido en la clandestinidad y la cárcel sino que habló del futuro del sindicalismo en una España que empezaba a recuperar su libertad.

El programa comienza con el asesinato del almirante Luis Carrero Blanco, presidente del gobierno español, en diciembre de 1973, y concluye con la formación de un nuevo gobierno encabezado por Carlos Arias Navarro, en un intento por preparar las condiciones de un franquismo sin Franco, que a la postre resultaría vano e inútil.

El episodio del asesinato del presidente de gobierno Luis Carrero Blanco a manos de ETA, el 20 de diciembre de 1973, sigue debatiéndose en España. Si bien para algunos se trata del momento que desata las posibilidades de una transición democrática, al ser asesinado el sucesor más visible del autollamado generalísimo Franco, los partidos democráticos, como bien dice Victoria Prego, consideran que también sin él la transición hubiese resultado imparable.

Tiendo a coincidir con esa segunda interpretación. La España de los setenta no era ni por asomo la España del fin de la guerra civil (1939). El país se había desarrollado, la influencia europea era cada vez mayor, la diversidad política e ideológica no podía ser contenida de manera artificial, y (creo) que más temprano que tarde el desplome del franquismo y la construcción de un escenario donde convivieran y compitieran las diversas corrientes que existían y existen en España se hubiese hecho presente.

Es más, si algo llama la atención es cómo esa operación, que desmontó un gobierno autoritario y construyó uno democrático, se hizo sumando voluntades, de manera concurrente, en forma pacífica y por conductos institucionales.

Así lo dice en otro texto Victoria Prego: “La presencia de Carrero no hubiera, creemos, alterado en nada el camino que los españoles recorrieron durante los años de la transición, de manera que su muerte no fue tanto un magnicidio que alteró el curso de la historia cuanto un golpe psicológico letal para quienes aún creían posible la supervivencia del franquismo sin Franco”.

Cuando en España la serie “La transición” fue proyectada en 1995 tuvo un enorme éxito. Y no podía ser de otra manera.

El intento por recuperar la memoria de la historia reciente fue seguido en los hogares porque con estos programas muchos pudieron comprender cómo un cambio tan radical se había producido por medio de métodos pacíficos y ordenados. Además, la fórmula viva y transparente de la exposición logró ofrecer a miles y miles de españoles una aproximación comprensiva de los sucesos que habían modificado no sólo el espacio político sino sus propias vidas.

Ahí radica quizá el valor principal de la serie: las sociedades requieren reconocerse en su historia, y ese reconocimiento sirve para construir un piso común de comprensión del pasado que, sin duda alguna, como en este caso, sirve para fortalecer el compromiso con la democracia.

Como en alguna ocasión escribiera Francisco Umbral en tono de broma: “debe de haber un sindicato, algo, de gentes dedicadas a devolverle a uno su pasado, una empresa de mudanzas que nos muda de vida y de camisa, que nos muda hacia atrás”. Y en efecto, estos programas son una especie de mudanza que nos permite volver al pasado. Volver a vivirlo, volver a pensarlo.

2

En el capítulo segundo aparecen las dos caras de los últimos días del franquismo. En 1974 el régimen del Caudillo cumplía 35 años. Y desde el poder se pintaba una España llena de prosperidad, crecimiento económico, orden y paz.

La otra cara, sin embargo, mostraba un país convulso, plagado de contradicciones, cuya exigencia fundamental era la libertad. No se trataba del reclamo de unos cuantos o de una franja determinada de la sociedad, sino de una exigencia generalizada que se multiplicaba en diferentes ámbitos.

Aparecen las organizaciones obreras clandestinas enfrentadas al aparato sindicalista oficial y vertical; las transformaciones en la propia Iglesia católica —uno de los puntales del régimen franquista—; la agitación en las universidades donde confluyen prácticamente todas las fuerzas antifranquistas; el activismo de los colegios profesionales de periodistas y abogados que se sienten asfixiados por el autoritarismo; las transformaciones en el Partido Socialista Obrero Español que se renueva con una dirección construida desde el interior del país; el enunciado de una nueva línea política del Partido Comunista que pretende un gobierno democrático de amplia coalición y elecciones libres; y los nacionalismos catalán y vasco que se sienten oprimidos por el centralismo del régimen autoritario.

Esa efervescencia, ese malestar, clama por cambios. Se trata de una sociedad que se ha transformado, que no se reconoce en las instituciones políticas del franquismo y que busca y forja espacios propios para expresarse. Es la sociedad que reclama libertad y democracia.

Y es que ciertamente la sociedad española de 1974 es radicalmente distinta a la de 1939. La mutación es visible: la economía ha crecido, existe una clase media fortalecida, el contagio de las modas, el pensamiento, las artes y las ciencias eu-

ropeas no puede ser evitado: los millones de migrantes españoles van y vienen portando ideas y prácticas que subvierten la tradición; en pocas palabras, el proceso modernizador avanza y deja su huella.

Esa modernización imparable que tiene como correlato un proceso secularizador de la vida social resulta imparable y promisorio. Canta Patxi Andión: “Hay una España gris que se nos muere, y otra que resucita como la nieve”. Y es que en efecto, incluso más allá de la política, la vida social cambia de manera radical: la música, las modas, las actitudes, el cine, empiezan a ser más permisivas, tolerantes, diversas. Y esa diversidad se expande con velocidad y penetra en todos los espacios.

Y como testimonio de la resistencia ante esos cambios, aparece un locutor de la televisión que, alarmado ante la modernidad, descubre que ésta se nutre del progreso económico y de las “ganas de poseer”, de las imágenes y del discurso de los medios, de lo que se filtra por medio del turismo, de la ideología de los grupos juveniles e, incluso, de la “confusión” de la Iglesia.

Esa intervención que hoy mueve a una condescendiente risa, expresa de manera inmejorable el miedo a lo nuevo, el miedo al cambio. Porque recordemos que toda transición está obligada a superar prejuicios y nociones que a muchos les parecen inalterables.

Este segundo capítulo ilustra la constitución del nuevo gobierno luego del asesinato del almirante Luis Carrero Blanco. El nuevo presidente, Carlos Arias Navarro, anuncia el 12 de febrero de 1974 la eventual modificación al Estatuto del Derecho de Asociación. El solo anuncio, que visto en retrospectiva parece bastante contenido, en su momento generó tensiones diversas.

A algunos, el anuncio les permite hablar del “espíritu del 12 de febrero”, es decir, de una posibilidad de apertura que no debe desdeñarse y que por el contrario merece ser explotada. A otros, sin embargo, les parece el inicio de una eventual traición a los principios del franquismo. Un pequeño paso que anuncia el suicidio.

Estamos ante la aparición de dos grandes tendencias dentro del propio régimen que reaccionan de manera distinta y encontrada ante las nuevas exigencias de la sociedad: los inmovilistas, que buscan reproducir los viejos moldes y soluciones, independientemente del costo que ello acarree, y los aperturistas o reformistas, que en el inicio pretenden hacer algunas concesiones para enfrentar la avalancha del reclamo democratizador.

La crisis del régimen autoritario empieza a hacerse patente y, como bien lo detectaron José María Maravall y Julián Santamaría, esa crisis “por lo general se ve expresada en una declinación manifiesta de la cohesión interna del régimen”. Se trata, en principio, de dos reacciones que van a vivir sus propios conflictos y que en conjunto también dejarán su impronta en el proceso transformador.

Ésa es, sin duda alguna, otra de las cualidades de los programas. La reproducción de las voces encontradas que en conjunto modelaron la ruta de la transición democrática española.

La germinal voluntad liberalizadora, que se tradujo en una cierta apertura en

la prensa, en la expectativa de generar un espacio para nuevas agrupaciones, y que intenta colocarse entre las pulsiones conservadoras inmovilistas y las rupturistas, va a tener que enfrentar no pocos obstáculos.

En especial, los asesinatos por garrote vil del 2 de marzo de 1974 y la reacción intolerante contra la Iglesia, ilustrada con el caso del obispo Añoveros. El asesinato de Heinz Chez, un polaco acusado de asesinar a un suboficial de la Guardia Civil, y de Salvador Puig Antich, un estudiante perteneciente a una minúscula organización anarquista, parecen más la venganza de un régimen ante el asesinato de Carrero Blanco que una auténtica impartición de justicia. No obstante, sirvieron para erosionar las esperanzas en una apertura paulatina del régimen.

Grave también el conflicto entre el Estado franquista y la Iglesia católica —antiguos aliados— que estuvo a punto de provocar la ruptura de las relaciones entre España y el Vaticano, la expulsión del nuncio apostólico del país y la excomunión del presidente del gobierno, Carlos Arias Navarro. Conforme uno lo ve y escucha, cuesta trabajo creerlo, pero quizá como afirma Pío Cabanillas, ministro aperturista de Arias Navarro, estamos en presencia de una pelea entre “dos instituciones ya vencidas”. Lo cierto, sin embargo, es que esos episodios ilustran de manera elocuente las dificultades que tuvo que enfrentar el proceso de cambio democrático en la España de los setenta.

3

El 25 de abril de 1974 en Portugal se produjo un golpe de Estado que acabó con una de las dictaduras más longevas de Europa. Esa “revolución de los claveles”, como se le conocería en todo el mundo, fue una rebelión militar que abrió las puertas para la democratización del régimen.

Los orígenes de la misma pueden ubicarse tanto en Europa como en África, dado que Portugal había sido el primero y más antiguo imperio colonial europeo, y para 1974 era el último que evitaba a toda costa desprenderse de sus colonias.

Escribió Kenneth Maxwell que “las cargas impuestas por las campañas africanas a una nación pobre y pequeña, con limitados recursos naturales e infraestructuras sociales y económicas severamente rezagadas, resultaron insostenibles. Ellas tenían un carácter especialmente oneroso para el sector llamado a librar la batalla: el ejército portugués”.

Y en efecto, fue en el ejército, entre oficiales de rango medio, que se forjó el golpe de Estado contra la dictadura, que luego fue arropado y apoyado por las multitudes que salieron a las calles de las principales ciudades portuguesas.

El Movimiento de las Fuerzas Armadas derribó al dictador Marcello das Neves Caetano que había sucedido al fundador del llamado Nuevo Estado, Antonio de Oliveira Salazar. Ése fue el punto de partida para que Portugal viviera un breve pero intenso proceso de transición hacia la democracia.

Diferentes autores han señalado esa transformación de un régimen autoritario en uno democrático, como el inicio de un vigoroso ciclo de expansión de la democracia en el mundo, que fue de los países meridionales de Europa a América Latina y a las naciones del centro y el este europeo.

Pero lo cierto es que la irrupción de la libertad en Portugal repercutió de manera contundente en España. Franco y Caetano, además de vecinos, encarnaban dos de las dictaduras que se habían extendido más en el tiempo. Y los aires de cambio y libertad que cruzaban por Portugal se extendieron al país vecino. Por ello, no es casual que el capítulo tres se inicie con los sucesos portugueses, y con las dudas del gobierno español en relación con el tratamiento de esa información.

Temían al contagio. Temían la emulación.

Este tercer capítulo repasa un buen trecho de lo sucedido en aquel lejano 1974. Se puede observar que las transiciones a la democracia no son procesos fáciles ni sencillos. Todo lo contrario: portan pulsiones variadas y los desenlaces nunca se encuentran escritos.

Resultan claras las tensiones entre las dos alas del régimen: inmovilistas y aperturistas juegan sus cartas en cada ocasión; el Partido Comunista Español llama a la creación de un Frente Único de Oposición al Régimen; Franco es hospitalizado y el príncipe de España asume los poderes de jefe del Estado en forma interina; la oposición de izquierda tiene muy pocas expectativas puestas en el sucesor designado de Franco; el Partido Comunista y otras personalidades integran la Junta Democrática de España para —dicen— restablecer la libertad y buscar la reconciliación; el Partido Socialista Obrero Español y otras formaciones de izquierda, sin embargo, no ven con simpatía la iniciativa del PC; en el seno mismo del ejército surge la Unión Militar Democrática que prevé e impulsa cambios liberalizadores y que no quiere un enfrentamiento entre el instituto armado y el pueblo; el programa finaliza en forma anticlimática con el restablecimiento del dictador que reasume sus funciones como jefe del Estado, ilustrado con esas escenas de un Franco avejentado jugando al golf.

Los acontecimientos se agolpan. Y las diferentes corrientes políticas diseñan estrategias diversas. Todas las expectativas se encuentran en el escenario. Desde quienes desearían edificar un franquismo sin Franco hasta quienes trabajan por una ruptura integral con el régimen, pasando por los monárquicos autoritarios o los monárquicos constitucionalistas y liberales. Todos parecen asumir que el final físico de Franco acarreará transformaciones, y que es necesario trabajar, tejer alianzas, llegar a acuerdos, impulsar iniciativas para construir las condiciones necesarias que suponen los diferentes proyectos.

Lo cierto, lo que late en las profundidades de la sociedad española, es la búsqueda de un formato de régimen político que permita emerger sin cortapisas artificiales a la diversidad política que cruza el país. Es esa diversidad la que ya no se reconoce ni quiere hacerlo en la fórmula autoritaria y excluyente que supone la dictadura franquista.

Y es precisamente la historia de cómo se desmontaron esas viejas instituciones y cómo se edificaron las nuevas, de lo que tratarán los próximos capítulos.

4

El programa se inicia con un atentado terrorista. El 13 de septiembre de 1974 una bomba es colocada en una cafetería de Madrid. Los autores suponen que afecta-

rán principalmente a la policía. Pero el resultado es otro: 13 civiles asesinados y casi 80 heridos.

Las entrevistas con las víctimas heridas —niños, adultos, viejos— resultan sobrecogedoras. Un testimonio vivo de lo que la violencia terrorista logra: inocentes lacerados, que no alcanzan a comprender por qué son sacrificados por una fuerza y un “proyecto” inasibles.

En el libro que Victoria Prego, la guionista de la serie, publicó después, titulado *Así se hizo la transición*, se ofrece más información sobre el atentado. Al parecer, la ETA, envalentonada por el asesinato del jefe de Gobierno Carrero Blanco, estudia la posibilidad de volar el edificio de la Dirección General de Seguridad. Pero ante las dificultades del proyecto, opta por colocar una bomba en la cafetería de enfrente.

Pero más allá de la cauda de sangre y dolor que logran dejar los terroristas, también sirve para reforzar las posiciones más intransigentes dentro del régimen. Ante el atentado resurgen momentáneamente figuras como las de Blas Piñar, dirigente de Fuerza Nueva, amenazando al propio presidente del gobierno Arias Navarro por sus intentos aperturistas, y los últimos personeros de una cierta liberalización del régimen empiezan a ser removidos de sus cargos.

Como bien dice la conseja popular: los extremos se juntan. El terrorismo sirve de evidencia y coartada a los inmovilistas para tratar de detener cualquier intento de reforma. Y por supuesto, una mayor cerrazón del régimen resulta el mejor caldo de cultivo para las iniciativas desesperadas y criminales.

No es casual entonces que el propio Partido Comunista, por voz de su máximo dirigente Santiago Carrillo, se deslindara radicalmente de ese acto, incluso indicándoles a los abogados que simpatizaban con su causa que no fueran a defender a los involucrados en el criminal atentado.

Por otro lado, en el mismo programa se ve cómo la discusión en torno a un nuevo Estatuto de las asociaciones, que tantas ilusiones despertó en el momento que fue anunciado, acaba siendo diseñado por una de las alas más cerradas del franquismo.

Quienes habían apostado a que el Estatuto fuera una primera iniciativa de apertura para lograr el reconocimiento de una diversidad de corrientes políticas organizadas, veían con decepción cómo el mismo se restringía a abrir la posibilidad de que formaciones preexistentes dentro del propio Movimiento fueran reconocidas.

Resultan interesantes los fragmentos de los discursos de diferentes consejeros nacionales del Movimiento que se sienten desilusionados por los alcances casi nulos del nuevo Estatuto. Alguno de ellos se atreve incluso a hablar de la necesidad de reconocer que ya “son historia” y que están obligados a asimilar que sus hijos tienen conceptos de la vida diferentes a las suyos.

Porque, en efecto, el triunfo coyuntural de las corrientes inmovilistas no podrá contener la fuerza de un reclamo que surge de las profundidades de una sociedad modernizada que requiere la libertad como las plantas necesitan el sol.

Uno de los méritos mayores del relato es que no interpreta el proceso de cambio político como algo que pueda explicarse en sí mismo. Ciertamente existe una lógica de los acontecimientos propiamente política, pero la misma es acompañada y modulada por fenómenos sociales de más calado.

Ahí está toda la última parte del capítulo que hace alusión a la crisis económica que sacude Europa y por supuesto España, o las profundas transformaciones que el papel de las mujeres estaba sufriendo. En 1975 se incrementan con velocidad los precios internacionales del petróleo, la inflación se desata, y miles y miles de emigrantes españoles que laboraban en Francia, Alemania y otros países europeos tienen que volver a sus lugares de origen.

No obstante la incertidumbre política, los temores que surcan el gobierno, hacen que este último intente frenar los efectos de la crisis subsidiando diferentes productos, desde la gasolina y los fertilizantes hasta el azúcar.

La anotación intenta reconstruir el ambiente económico en el que transcurren los acontecimientos, y ése es uno de los aciertos de la serie. Porque ninguna construcción democrática es igual a otra. Las condiciones en que se desarrollan sin duda las van modulando.

También resulta elocuente la forma en que se recrea la irrupción del feminismo. Con un lenguaje juguetón e irónico, el programa nos remonta a un país sólo en apariencia lejano: España en 1975, en el marco del Año Internacional de la Mujer. Mediante entrevistas, comerciales y fragmentos de programas de televisión y películas, aparecen por lo menos dos códigos de comprensión de la situación de las mujeres. Quienes, herederos o herederas de una cultura patriarcal, las consideran seres dependientes, dignos de ser tutelados, necesariamente sumisas. Y quienes, por otra parte, exigen un trato igualitario, el reconocimiento de su independencia y de sus capacidades de todo tipo.

Es el tiempo del florecimiento de los movimientos de liberación femenina que tendrían su impacto en prácticamente todas las esferas de la vida pública y privada. Que modificarían pautas de comportamiento ancestrales y abrirían un espacio nuevo en las relaciones entre los sexos.

¡Qué lejana suena la discusión en torno a un nuevo Código Civil que establecería en mayo de 1975 la igualdad jurídica entre hombres y mujeres! ¡Qué increíble resulta escuchar que hace apenas 30 años la mujer requería en España el consentimiento de su marido para firmar un contrato de luz o para abrir una cuenta en el banco!

La serie sigue la historia de la transición política española, pero acompañada y estimulada por fenómenos sociales y culturales que la arroparon e impulsaron.

Una nueva generación de mujeres asume que la igualdad es un hecho. Y lo que se requiere y reclama es su reconocimiento legal, y algo más complicado, su aceptación en la vida cotidiana. Se desatan entonces las reivindicaciones por la igualdad de derechos, por la legitimación del divorcio, por la despenalización de los anticonceptivos y del aborto, que van a representar una auténtica revolución cultural.

5

En el programa se muestra cómo la disidencia contra el régimen de Franco crece y cómo en el gobierno se expande el nerviosismo ante la muy probable y cercana muerte del dictador.

1975. Año emblemático, no sólo porque al final muere el autoproclamado Caudillo, sino porque durante él se van gestando las condiciones del cambio político hacia la democracia.

En Francia, el Partido Socialista Obrero Español realiza su XIII Congreso en el exilio y renueva su dirección, encabezada a partir de ese momento por un joven de 32 años, Felipe González, quien desde el interior irá influyendo en la modulación del proceso democratizador.

La Junta Democrática, articulada en torno al Partido Comunista y diversas personalidades, se expande y, bajo la consigna de “amnistía y libertad”, plantea su propia opción.

Las universidades se encuentran en ebullición porque reclaman libertad y democracia a un régimen cerrado y opresivo.

Los actores, entre los que se encuentran no pocas primeras figuras, realizan una huelga por fuera de las estructuras sindicales verticales, demandando una negociación con auténticos representantes.

En las elecciones sindicales oficiales crecen las corrientes que trabajan en la clandestinidad.

Surge la Plataforma de Convergencia Democrática impulsada por el PSOE, mientras Santiago Carrillo y Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, anuncian su plataforma eurocomunista como una fórmula que los distancia de la Unión Soviética, los compromete con la democracia y los aleja de la pretensión revolucionaria.

Incluso la derecha moderada, durante años cobijada por el régimen, anuncia que quiere contribuir a crear las condiciones para una evolución hacia la democracia.

Juan de Borbón, en el exilio, se manifiesta por una monarquía constitucional y liberal como fórmula de remplazo del franquismo.

Y en las propias Fuerzas Armadas, uno de los bastiones del régimen, aparece la Unión Militar Democrática.

Todas esas expresiones convergen en un punto: el régimen es incapaz de ofrecer un espacio de representación a la diversidad política que coexiste en España. Y por ello es necesario construir un espacio democrático, único capaz de arropar las nuevas realidades que son resultado de la modernización.

Quienes han estudiado diferentes transiciones de regímenes autoritarios a democráticos coinciden en señalar como una constante que aparece en varias de ellas, como un disparador, a la “crisis del autoritarismo” que se revela como una declinación manifiesta de la cohesión interna del régimen.

Es decir, las movilizaciones, las huelgas, las diversas expresiones de inconformidad, tienen un impacto en los círculos del poder.

A la extensión del reclamo en las universidades, le sigue la aparición de grupos de ultraderecha violentos que por medio de atentados intentan amedrentar e inhibir a las expresiones de descontento. Pero, al mismo tiempo, se produce el surgimiento de una derecha moderna que quiere dejar atrás el franquismo, construir una institucionalidad democrática e integrar España a Europa.

Son síntomas que expresan que en el propio régimen existen sensibilidades y respuestas diferentes ante el reclamo democrático. Quienes a sangre y fuego pretenden obstruir ese reclamo, y quienes saben o intuyen que, una vez muerto Franco, la estrechez de las instituciones no podrá ofrecer cauce a la España plural y compleja que se recrea todos los días.

Por ello resulta interesante y significativo detenerse en el episodio del cambio de ministros durante el gobierno de Arias Navarro, que intenta un equilibrio en la representación entre inmovilistas y liberales. Se tratará, por cierto, de un equilibrio frágil e inestable, altamente tensionado y muy poco durable, pero que devela la existencia de diferentes maneras de afrontar los retos que plantea una España modernizada y demandante de libertad.

No debe escapar de la atención, la aparición de Adolfo Suárez como vicesecretario del Movimiento. Ex director general de Televisión Española e invitado por Herrero Tejedor a acompañarlo en su gestión al frente del Movimiento, Suárez desaparecerá de la escena muy rápido por la muerte en un accidente de automóvil de su mentor. No obstante, volverá a aparecer, y ahora en los primeros planos de la política, hasta convertirse en uno de los forjadores de la transición democrática española.

Por lo pronto, a la clase dirigente la corroe ese sentimiento de inestabilidad que presagia que las cosas no pueden seguir petrificadas. Y por ello no dejan de ser patéticas las palabras del presidente Arias Navarro dirigidas a “esos que albergan flaquezas o desalientos” y a quienes invita a acercarse al palacio de El Pardo. Lo cito en extenso: “Que... contemplen esa luz permanentemente encendida en el despacho del Caudillo, donde el hombre que ha consagrado toda su vida al servicio de España sigue, sin misericordia para consigo mismo, firme al pie del timón marcando el rumbo de la nave para que los españoles lleguen al puerto seguro que él les desea. Tengo la seguridad de que se avergonzarán de que nadie pueda sentir tibieza, desaliento o cansancio en el desarrollo de esta tarea”.

Cursilería más paternalismo. Pero, sobre todo, intento desesperado por mantener cohesionado lo que se está escindiendo.

6

Un dramático capítulo.

Al inicio se ve el asesinato por fusilamiento de cinco terroristas en los últimos días del franquismo. Se trató de uno de los actos de barbarie finales cometidos por el régimen pese a las solicitudes de clemencia que se multiplicaron desde todos los confines. Desde el papa Paulo VI hasta diversos jefes de estado europeos le plantean a Franco la solicitud de no aplicar la pena de muerte a 11 condenados.

Se trata de militantes de ETA y del Frente Revolucionario Antifascista y Patrió-

tico (FRAP) a quienes se aplica de manera retroactiva la Ley Antiterrorista recién aprobada. Al final se indulta a seis, pero se fusila a cinco.

Y las protestas en toda Europa se convierten en una ola expansiva que sumen a España en un enorme aislamiento. Son los días en los que el presidente Luis Echeverría acude a las Naciones Unidas para plantear la expulsión de España de ese organismo, y los días en que los sindicatos de la UNAM llaman a una manifestación que desembocará en el Hemiciclo a Juárez para repudiar esos asesinatos y a la dictadura franquista.

Por otro lado, el régimen es capaz de explotar el sentimiento nacionalista de los españoles y lograr una enorme concentración, con Franco a la cabeza, para retar al mundo y asumir su soledad.

Aparece también en el capítulo el profundo conflicto entre España y Marruecos por el Sáhara y la expresión de nuevos brotes democratizadores dentro del ejército.

Pero el capítulo tiene un hilo conductor central: la agonía y la muerte de Francisco Franco. Se trata de las sucesivas crisis e intervenciones quirúrgicas que se le hacen al dictador, como si no solamente un hombre, sino un régimen, unas instituciones, y una época se negaran a perecer.

España vive en vilo esas horas. El desenlace final está cerca. La sucesión del príncipe Juan Carlos se prepara. Todas las fuerzas políticas saben que la desaparición del Caudillo necesariamente modificará las posibilidades de transformación de la vida política. Y cuando Franco muere, la sobrevivencia del régimen se hace imposible.

7

A la agonía y muerte de Francisco Franco sigue la coronación del príncipe Juan Carlos como rey de España y nuevo jefe del Estado. Se trata, quizá, del último episodio del franquismo y del primero de la transición democrática.

La muerte del Caudillo y la asunción del rey a fines de 1975 abren un nuevo capítulo en la historia de España.

Muy diferentes expectativas conviven. Todas las fuerzas políticas tienen sus propias ideas de lo que debe ser el cambio o la continuidad del régimen. En un inicio, la oposición democrática, con todas sus tonalidades, tiene muy escasas esperanzas en el nuevo monarca al que ve como el continuador del franquismo. Mientras los círculos más doctrinarios y cerrados del viejo régimen se proclaman vigilantes y continuadores de la obra de Franco.

El rey, sin embargo, a decir de algunos de sus más cercanos colaboradores, ha diseñado aun antes de la muerte de Franco, una ruta de transformaciones que pretenden propiciar un cambio sin sobresaltos, la democratización sin perder la estabilidad.

Nos adentramos pues en el posfranquismo. Aparecerán en el escenario desde quienes demandan una ruptura radical y completa con el pasado hasta quienes sólo son capaces de imaginar el futuro como una continuidad inalterable del ayer. Y entre esos dos extremos, todos los matices imaginables.

Estamos en presencia de uno de esos momentos plásticos de la historia, en

el que las diferentes iniciativas y proyectos pretenden y pueden modelar el rumbo de los acontecimientos. Y es esa inexistencia de fatalidades o de destinos ciertos, lo que hace más apasionante esos episodios.

Volver a visitarlos como quien asiste a la construcción de la historia. Una historia modelada por los hombres actuando, como no puede ser de otra manera, en sus circunstancias.

Pero más allá de los grandes proyectos que se enfrentan y conjugan en España, hay que apreciar los pequeños episodios que ilustran el despliegue de las potencialidades de la política. Es decir, de esa actividad inevitable que puede ser un instrumento para una convivencia mejor y superior entre los hombres.

Aparece, por ejemplo, como por medio de los buenos oficios de la política, el rey logra que el presidente de la República francesa, Valéry Giscard d'Estaing, lo acompañe el día de su coronación. O, en otro capítulo, cómo el propio Juan Carlos I logra que su candidato a presidir las Cortes y el Consejo del Reino, Torcuato Fernández Miranda, le sea presentado en una terna.

Se trata de pequeñas historias dentro de la historia mayor, donde aparece con toda su fuerza y significación la versatilidad de la política.

En su momento, Miguel Herrero de Miñón, miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, escribió en el diario *El País* la siguiente reflexión:

“¿Qué supuso la proclamación el 23 de noviembre de 1975 de don Juan Carlos I?

”Jurídicamente, el cumplimiento de las previsiones sucesorias de las Leyes Fundamentales en cuya virtud el rey sucedía al caudillo...

”Políticamente, sin embargo, la sucesión marcaba la crisis del sistema franquista y, si cabía discutir cuál sería la vía continuista, rupturista o reformista para salir de ella. La crisis en sí era indiscutible, al menos por dos razones.

”De una parte, el franquismo, pese a sus tardíos oropeles institucionales, había cultivado al máximo la personalización del poder... Un anacronismo político, por ello mismo, disfuncional. Frente a ello, el nuevo jefe del Estado representaba, por lo pronto, el acceso al protagonismo político de una generación, cronológicamente ajena a la guerra civil y a la España cuyas condiciones sociales y económicas habían hecho posible la contienda y sus consecuencias.

”Pero lo que es más importante aún, la monarquía en sí misma suponía una solución de continuidad respecto del régimen anterior porque históricamente lo trascendía... La monarquía... se salía del estrecho horizonte marcado por la victoria de media España... Por sí sola, la monarquía era ya algo distinto del régimen y en cuanto tal, fermento para su transformación...

”Pero los continuistas de estricta observancia se negaron a aceptar la Corona como lo que era, una institución que trascendía su circunstancia política y su inmediato horizonte vital, para confundirse con la historia entera de España. Por eso, la aclamaron sólo desde el recuerdo emocionado de Franco...

”Quienes conocían al hasta entonces príncipe han dado testimonio unánime sobre la voluntad de conducir el tránsito, ordenada y pacíficamente, desde el sis-

tema autoritario a cuya cabeza se encontraba, hasta una monarquía constitucional de base democrática y gobierno parlamentario...

"El rey llegaba a la jefatura del Estado en sustitución de un caudillo cuyo carisma, como todo carisma, no es susceptible de rutinización; investido de una legalidad formal a la que faltaba la racionalidad democrática que, a la altura de nuestro tiempo, legitima la ley... Por ello, el rey había de saltar fuera de su precariedad inicial, abriendo el cauce a la legitimación democrática del sistema...

"En política es capital la capacidad de actuar oportuna y decisivamente para hacer posible, con el menor coste, lo que resulta imprescindible. Esto es lo que don Juan Carlos I, actuando como rey patriota, hizo. La activa provisionalidad del principio monárquico fue vía de acceso al principio democrático. Y el príncipe nuevo legitimó la Corona antigua".

8

El capítulo recoge la efervescencia que se vive en España tras la coronación del rey Juan Carlos.

Es el inicio de 1976. Y todo indica que los vientos que sacuden España son de cambio. Desde arriba, es decir desde los círculos del gobierno, y desde abajo, desde la sociedad, aparecen signos, síntomas, propuestas, iniciativas, para abrirle paso al futuro. Muy pocos creen que el régimen franquista pueda extenderse sin Franco, pero el nacimiento de uno nuevo no será obra de la inercia.

Cuando uno vuelve a revisar los acontecimientos, salta a la vista cómo la correlación de fuerzas de entonces impedía que las propuestas colocadas en los extremos pudiesen prosperar.

De un lado estaban los inmovilistas, quienes querían y proclamaban la continuidad del régimen. No obstante, las movilizaciones, las huelgas, los mítines que reclamaban libertad, amnistía, democracia, expresaban el sentimiento profundo de una sociedad que repudiaba el formato autoritario de la política. Los inmovilistas fueron copados por esas grandes movilizaciones, por el accionar de muy diversas corrientes democratizadoras y, finalmente, por las propias expresiones reformadoras que surgían desde el poder y que contaban con el apoyo del nuevo jefe del Estado, el rey.

Del otro lado, los rupturistas, los que en un principio hubiesen deseado borrar las instituciones del pasado y construir desde cero unas nuevas, se topaban con la valoración positiva que para franjas importantes de la sociedad española tenía la estabilidad y sobre todo, con el miedo a desatar de nuevo una espiral de desencuentros que pudiese desembocar en violencia. Si a ello le sumamos los esfuerzos que desde el gobierno y también desde muchas organizaciones excluidas se hacían por conjugar los valores del cambio y la estabilidad, la apuesta por una transformación radical también comenzó a perder viabilidad.

Fue, entonces, la vía de una reforma desde las instituciones la que permitió el tránsito democratizador de España. Y en esa vía convergieron desde algunas corrientes del viejo régimen hasta la oposición democrática con sus muy diversas coloraciones.

La construcción de la democracia española no fue un trayecto sin dramatismo y sangre. La violenta represión a los huelguistas de Vitoria da cuenta de ello. No obstante, la fuerza del cambio democratizador también puede apreciarse en ese episodio. Casi nadie desea que la espiral de movilizaciones, represiones, nuevas movilizaciones, se instale con su cauda destructiva. Por el contrario, la violencia que ha aparecido en Vitoria requiere ser conjurada y para ello no existe más expediente que el de la apertura política y la inclusión de los hasta entonces excluidos.

De esa manera, ese momento ominoso y que cuesta la vida a cinco trabajadores, se convierte en un acicate para las reformas. Vitoria es así el espejo en el que no quiere reconocerse España. Una sociedad modernizada, plural, compleja, portadora de pulsiones múltiples, que sabe que está obligada a construir un espacio institucional en donde pueda expresarse y convivir de manera pacífica, y ese espacio no puede ser otro que el de la democracia.

9

Toda transición hacia la democracia implica una serie de novedades que va modificando el ambiente, la legalidad, las instituciones y las relaciones entre las fuerzas políticas. Y el capítulo 9 recrea una serie de novedades que fueron modificando las percepciones de los españoles en relación con la política. A lo largo de 1976 un acontecimiento tras otro indican que la ola que reclama la democratización es imparable. Sin ser exhaustivo aparecen:

- El conmovedor regreso a España del ex presidente de la República en el exilio Claudio Sánchez Albornoz, luego de 40 años, clamando por la paz, recordando que la guerra y su secuela dejaron demasiados muertos, y proponiendo ofrecer la mano al adversario de ayer pero dentro de un régimen de libertades.

- El intento del rey por tender un puente de comunicación con Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista, aunque en esa primera oportunidad la diferencia de perspectivas impida que ese puente se consolide.

- La creación de la Coordinación Democrática como un frente amplio, por fin, de la oposición. Dicha iniciativa reconoce que ha llegado la hora de que los partidos y los sindicatos se coloquen en el centro de los acontecimientos y reclama la legalización de todos, sin exclusiones.

- El XXX Congreso de la Unión General de Trabajadores, que se realiza por primera vez en varias décadas en forma pública en Madrid, dejando atrás los duros años de la clandestinidad. Cuando el congreso finaliza y los cientos de delegados cantan *La Internacional* con el puño en alto estamos ante un acontecimiento que anuncia en forma elocuente que el movimiento por la libertad sindical es irreversible.

- Las entrevistas entre el ministro de Gobernación, Manuel Fraga, y Felipe González, que constituyen el primer peldaño para la normalización del trato entre la diversidad política.

- La aparición de nuevas publicaciones, destacadamente la del diario *El País*, que en forma libre, sin censura, siguen los acontecimientos políticos y se convierten en auténticos intérpretes del sentido de los mismos. La prensa nueva expresa

y refuerza los vientos del cambio. Pero también ayuda a la comprensión de lo que está sacudiendo a España.

- El importantísimo discurso de Adolfo Suárez al presentar la Ley de Asociaciones Políticas, que con un nuevo lenguaje expresa una comprensión diferente, democrática, de la convivencia política. Ahí se escucha que la monarquía debe ser democrática, que todos los españoles deben tener un lugar en el nuevo escenario, que se requiere un cambio ordenado, que es necesario escuchar la voz del pueblo por medio de elecciones, que los partidos políticos resultan imprescindibles, en fin, que el futuro de España reclama la coexistencia democrática.

10

A partir del capítulo 10 se aprecian los esfuerzos del gobierno encabezado por Adolfo Suárez encaminados a convertir un régimen autoritario en otro de carácter democrático, transformándolo desde las propias instituciones mediante sucesivos cambios legales.

Misión sin duda difícil y delicada, para la cual lo mismo tiene que tender puentes de entendimiento con la oposición democrática que con los grupos e instituciones franquistas.

En ese contexto, la palabra clave es flexibilidad. La capacidad de hacerse cargo de la existencia y de los argumentos de los otros, para tratar de conjugarlos en una perspectiva incluyente. Y por fortuna, el formato democrático supone precisamente eso: una arena política donde la diversidad de ideologías y programas puedan coexistir.

Pero se requiere no sólo la flexibilidad del gobierno, sino la del resto de los actores políticos. Aparece el líder del Partido Comunista, Santiago Carrillo, explicando el vuelco en su estrategia y comportamiento, asumiendo el compromiso con la democracia y su voluntad de negociación, su decisión de dejar la clandestinidad y su disposición de colaborar en la transformación democrática. Él mismo lo dice, la alternativa no es ya monarquía o república, sino dictadura o democracia.

En el otro extremo, el ejército, uno de los pilares del franquismo, también tiene que flexibilizar sus posiciones. Y en busca de ese objetivo, el propio rey se reúne con los principales mandos, para explicarles la estrategia de apertura hacia la diversidad de fuerzas políticas. Hay un momento en el que las posiciones más inflexibles dentro del instituto armado parecen ser las preponderantes. Pero el nombramiento del teniente general Manuel Gutiérrez Mellado, un militar de talante liberal, al frente del ejército, modifica la orientación del cuerpo militar. Incluso *Cambio 16* señala que se trata de “un paso más hacia la democracia”.

En suma, el tránsito hacia la democracia no es fácil. Pero los esfuerzos del rey, del gobierno encabezado por Suárez y de la oposición democrática se ven acompañados de la emergencia y expansión de nuevas publicaciones, de los nuevos aires que campean en el cine y la música, de una sensibilidad moderna y abierta que recorre la sociedad española, lo cual logra que la tolerancia entre la diversidad de credos e ideologías se abra paso.

Se trata de construir las condiciones para un futuro democrático. Y en esa di-

rección desempeña un papel relevante el proyecto de Ley para la Reforma Política que presenta el gobierno.

11

Nos encontramos ya en la fase más intensa y, diría yo, más interesante de la transición democrática española. Todas las fuerzas políticas juegan sus cartas e intentan modelar el futuro. Las diferentes perspectivas e intereses aparecen sobre el escenario y con su actuar e interacción acabarán construyendo un entramado político capaz de cobijarlas todas.

Al inicio del episodio 11 se hace alusión a la ola de publicaciones nuevas que surgieron en aquellos años en España. Diarios, semanarios, revistas mensuales, que conjugaban reportajes, entrevistas, crónicas, noticias, empezaron a edificar un nuevo espacio público: más abierto, tolerante, liberal, innovador, plural. Un espacio en el que una sociedad igualmente diferenciada, diversa, portadora de sensibilidades e idearios distintos e incluso encontrados podía reconocerse.

Y es interesante que la historia de la transición no se circunscriba a la dimensión estrictamente política. Porque bien vistas las cosas, ese cambio democratizador también incluye los códigos culturales, los valores de la convivencia, las relaciones sociales. Y en aquellos años la prensa escrita tuvo un papel fundamental, no sólo reproduciendo las noticias del día a día, sino orientando a una opinión pública que requería los instrumentos necesarios para comprender el sentido y el significado de los acontecimientos. Puede decirse, incluso, que la prensa fue no solamente un acompañante y un reseñista de la transición sino una especie de pedagogo social en la cual los españoles encontraron las claves para descifrar la historia que estaban viviendo.

Resulta más que aleccionadora la fórmula utilizada por el gobierno de Adolfo Suárez para abrirle paso a la reforma política.

Un gobierno carente de legitimidad democrática, heredero del franquismo, empieza a procesar dentro de las instituciones una serie de iniciativas legales para transformar una dictadura en un régimen de libertades.

En particular, la presentación del proyecto de Ley para la Reforma Política al pleno de las Cortes, cuya intención es restablecer la soberanía popular, la coexistencia del pluralismo, el método del sufragio universal, en una palabra, la democracia, es, sin duda, un momento estelar. Observar los argumentos de los inmovilistas y los reformadores, con sus temores y esperanzas, sus amenazas veladas y su aliento transformador, permite recrear la tensión que se vivía entonces.

Resultan gozosas las escenas electrizantes del Primer Congreso del PSOE celebrado en suelo español luego de más de 40 años, arropado por las más importantes figuras del socialismo mundial. Y también la sorpresiva presencia en una conferencia de prensa en Madrid de Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista, ofreciendo participar en un proceso de cambio negociado, pero negándose enfáticamente a ser marginado de la vida política por venir.

12

El referéndum sobre la reforma política planteada por el gobierno y aprobada previamente por las Cortes fue un rotundo éxito. La participación ciudadana había sido masiva y ordenada. Las enormes colas de votantes en las casillas expresaban el talante participativo de la sociedad. Y el triunfo del “Sí” implicaba el reforzamiento de la opción reformadora.

El Consejo de Ministros aprueba por medio de un decreto-ley la desaparición del Tribunal de Orden Público. Dicho tribunal, criatura del franquismo, servía para juzgar y castigar por delitos tales como ejercer los derechos de asociación, opinión o reunión.

Luego se empezaron a multiplicar los contactos abiertos y publicitados entre el gobierno y la comisión negociadora que representaba a la oposición democrática. Poco a poco, las condiciones de esta última empezaron a ser aceptadas por el gobierno de Suárez. Y de esa manera las posibilidades de forjar consensos para el cambio democrático se incrementaban y fortalecían.

No obstante, esa espiral virtuosa tendría que enfrentar retos ominosos y mayores: los secuestros del presidente del Consejo de Estado, Antonio de María de Oriol, y del general Villaescusa perpetrados por el Grupo Revolucionario Armado Primero de Octubre (GRAPO); los asesinatos de dos jóvenes en dos manifestaciones diferentes que demandaban amnistía, uno a manos del grupo Guerrilleros de Cristo Rey y otra por la policía; y, además, el tristemente célebre “asesinato de la calle de Atocha”, en el cual seis abogados laboristas ligados al Partido Comunista y a Comisiones Obreras fueron masacrados por pistoleros ultraderechistas.

Todos esos más que lamentables sucesos inyectaron una enorme tensión en la sociedad española. Las posibilidades de una nueva espiral de violencia eran fomentadas desde las posiciones extremas y por supuesto antidemocráticas.

Como lo escribió en su momento Maruja Torres: “en la sala de alumbramientos en donde la transición lanza sus primeros balbuceos se produjo un trágico apagón llamado matanza de Atocha, llamado asesinatos de Arturo Ruiz y Mari Luz Nájera a manos de ultras. Sin embargo, ni ese trágico desencadenamiento de acontecimientos, ni los secuestros pendientes, impedirán que el país siga vivamente empeñado en rasgar la niebla”.

Porque, en efecto, la autocontención, la serenidad, la decisión mostradas por el gobierno y por la oposición democrática lograron trascender esa ola de provocaciones alimentada por quienes apostaban a descarrilar la transición democrática.

Y es más, fueron esos actos infames los que terminaron por sellar el gran acuerdo por el cambio pacífico y ordenado entre las fuerzas políticas más representativas de España.

13

Después del difícil y tortuoso camino andado, llega el momento definitivo de registrar a los partidos políticos que contendrán en las primeras elecciones libres en más de 40 años. No se trata de un acto menor de carácter administrativo, sino de un hecho de la mayor relevancia política. De la amplitud del espectro de las

fuerzas representadas dependerá no solamente la mayor o menor apertura del espacio institucional, sino la legitimidad del nuevo régimen.

Y es en esa dimensión donde el registro o no del Partido Comunista adquiere su significado. El gobierno de Suárez, en un primer momento, quiere posponer ese reconocimiento, pero la dirigencia del PC sabe la importancia estratégica que tiene participar en los primeros comicios democráticos luego de la larga noche de la dictadura.

Los autores de la serie, entonces, se detienen en la recreación de las vicisitudes por las que pasó ese reto. No sólo en su dimensión política, sino en las fórmulas jurídicas y los tiempos que el gobierno fue inventando para arropar la decisión de registrar a los comunistas.

Se muestra el primer encuentro entre el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, y el secretario general del Partido Comunista, Santiago Carrillo, preparado con el mayor sigilo y cuidado, dados los riesgos que se corrían. También el intento del gobierno por lograr que el Tribunal de Justicia se pronuncie sobre el registro del PC, buscando quizá despolitizar lo que sin duda tenía una profunda carga política. Por su parte, el PC aprueba unos estatutos inmaculados, para evitar que las autoridades puedan aducir alguna disposición contenida en ellos para negar el ansiado reconocimiento legal. Y, al mismo tiempo, mueve sus cartas europeas y Carrillo aparece en Madrid con Enrico Berlinguer y Georges Marchais, los secretarios generales de los poderosos partidos comunistas italiano y francés, arrojando al hasta ese momento partido ilegal.

Puede verse la forma en que el propio gobierno se dota de un partido, porque de eso se trata: de que la diversidad de corrientes políticas que coexisten en España aparezcan ante los ojos del electorado como opciones políticas organizadas, que no otra cosa son los partidos.

Todo ello en medio de una sucesión de reformas e iniciativas políticas diversas que van ensanchando las libertades democráticas. Se regulan las actividades de los integrantes de las fuerzas armadas, que sólo podrán participar en política si abandonan los distintos institutos armados; se indulta a los presos políticos, incluso a los de ETA; se promulga una ley de libertad sindical y se reconoce el derecho de huelga; los empresarios se organizan; se disuelve el Movimiento, y, simbólicamente, se desmonta de la fachada del edificio el monumental emblema del yugo y las flechas rojas.

Una tras otra novedad van modelando el nuevo espacio público y fortaleciendo las posibilidades de la democracia, es decir, de la convivencia pacífica entre corrientes político-ideológicas distintas.

Se llega al desenlace de la transición —que no de la historia— y España se encamina a clausurar una etapa de verticalismo, exclusiones y violencia, para abrirle paso a un futuro en el cual la coexistencia pacífica de la pluralidad sea posible. Ni más ni menos.

El final. Un desenlace venturoso como el de las añejas películas de Hollywood.

El 22 de julio de 1977 se instalan las nuevas Cortes, fruto de un proceso elec-

toral abierto y libre en el cual compiten las fuerzas políticas de España, ahora legalizadas.

La campaña electoral, en sí misma, fue una fiesta de la diversidad. Mítines, discursos, propaganda, banderas, colores, aplausos, marchas, volantes, brigadas, consignas, concentraciones monumentales, en una palabra: libertad. Libertad que se aprecia y se vive de manera más intensa luego de la larga y ominosa época en que fue suprimida.

El 22 de julio, día en el que inician sus trabajos el Congreso y el Senado, es la desembocadura de un proceso. Un proceso complejo, cargado de tensiones, de situaciones límite, de retos mayúsculos, pero que la convicción y la serenidad de la pluralidad política española supo resolver y trascender.

Para mí, el momento más conmovedor sucede precisamente ese día, cuando Santiago Carrillo y La Pasionaria, del Partido Comunista, Felipe González y Alfonso Guerra, del Partido Socialista Obrero Español, Manuel Fraga y Laureano López Rodó, ex ministros de Franco, Adolfo Suárez, de la naciente Unión de Centro Democrática, Marcelino Camacho y Simón Sánchez Montero, ex presos políticos, Rafael Alberti, el inmenso poeta tantos años exiliado, coinciden en el nuevo Congreso. Los diferentes rostros de España se encuentran, se reconocen mutuamente, saben que de ahora en adelante tendrán que vivir y convivir, y que la fractura histórica de “las dos Españas” empieza a ser trascendida, gracias a un diseño que acepta la convivencia de la diversidad: la democracia.

Y presidiendo esa diversidad que empieza a reconciliarse, el rey Juan Carlos recuerda: “Hemos conseguido que las instituciones den cabida en su seno a todas aquellas opciones que cuentan con respaldo en la sociedad española... Entre todos hemos construido los cimientos de una estructura sólida para la convivencia en libertad, justicia y paz”.

Porque, en efecto, de eso se trata. Lograr que una sociedad compleja, masiva, diversificada, portadora de tensiones, pueda estar representada en los órganos del Estado; pueda expresarse, recrearse, convivir y competir de manera institucional, pacífica y ordenada. Se dice fácil. Pero “La transición” recrea los enormes esfuerzos empeñados y los monumentales obstáculos que fue necesario remover ●

Método y pasión en Celso Furtado*

Luiz Carlos Bresser-Pereira**

E

l método que utiliza Celso Furtado es esencialmente histórico; su pasión —una pasión medida— es Brasil. En la segunda mitad del siglo xx, ningún otro intelectual contribuyó más que él al conocimiento de Brasil. Asumió el desarrollo como un compromiso, se sintió frustrado porque fue incapaz de lograrlo y su análisis de los retos económicos y políticos que debió confrontar sucesivamente el país

fue siempre certero. Para demostrar estas ideas, el presente trabajo ofrece un panorama general de la obra de Furtado.

Introducción

Si hubo un intelectual que en la segunda mitad del siglo xx hizo un aporte decisivo al conocimiento de Brasil, no dudaría en afirmar que fue Celso Furtado. No se contentó con dar una explicación económica de nuestro desarrollo y subdesarrollo. Más que eso, situó a Brasil en un contexto mundial, analizó su sociedad y su política y ofreció soluciones a los principales problemas que confrontaba el país. Para llevar a cabo esta tarea, tan ambiciosa como frustrante —porque en definitiva Brasil no estuvo a la altura de sus grandes expectativas—, Furtado usó método y pasión. Fue riguroso en su método, pero ello no impidió que percibiera con pasión el tema de su estudio, que siempre ha sido también un proyecto de vida republicano: el desarrollo de Brasil.

Una de las obras de Carlos Drummond de Andrade (2000) se denomina *A paixão medida* (La pasión medida). Este oxímoron, tan diestramente utilizado por el gran poeta, nos ayuda a comprender a Celso Furtado. La pasión de Furtado es vigorosa y llena su trabajo y su vida de energía y del deseo de transformación económica y política, pero es una pasión medida, que pondera costos y concesiones mutuas —como lo hacen generalmente los economistas— y no pasa por alto las limitaciones de carácter político.

Celso Furtado es un economista consagrado a la teoría del desarrollo y al análisis de la economía brasileña. En ambos campos su pensamiento es siempre independiente y utiliza fundamentalmente el método histórico y no el lógico-de-

* Texto publicado en la *Revista de la CEPAL*, 84, de diciembre de 2004; fue traducido del inglés. Aquí presentamos una versión levemente reducida, autorizada por el autor, a la que le hemos incorporado, en la bibliografía, la información de algunas de las más importantes ediciones de Furtado en lengua española. El texto íntegro puede consultarse en <http://bresserpereira.org.br>

** Profesor de economía en la Fundación Getúlio Vargas; ex ministro de Hacienda, de Administración y Reforma del Estado y de Ciencia y Tecnología de Brasil.

ductivo. Tiene enorme capacidad de inferir y deducir, pero siempre parte de la observación de la realidad —evitando comenzar por la formulación de supuestos generales sobre el comportamiento humano— y trata de deducir la teoría de la realidad y de su evolución histórica.

En el presente trabajo no pretendo realizar una evaluación general de la obra de Celso Furtado, sino examinar tres elementos de ella. Uno es bien conocido —la independencia de su pensamiento—, el otro no ha sido muy estudiado —el método— y el tercero —la pasión— de alguna manera está presente en todos los análisis de su trabajo y aparece siempre en forma mesurada a través de expresiones como su amor por Brasil y su integridad personal e intelectual. Furtado es todo esto, pero mucho más. Su lucha por el desarrollo del país y por la superación del atraso de su tierra —el Nordeste de Brasil— fue tan intensa y decidida que solo podría explicarse por la pasión.

La independencia teórica

Celso Furtado es un economista del desarrollo. Formó parte del grupo de “pioneros” de la teoría moderna del desarrollo, junto con Rosenstein-Rodan, Prebisch, Singer, Lewis, Nurkse, Myrdal y Hirschmann.¹ Sus contribuciones teóricas giran en torno al conocimiento del proceso de desarrollo y subdesarrollo económico. Y para lograrlo recurre en primer lugar, como se verá, al método más adecuado para estudiar el desarrollo: el histórico-inductivo. Sin embargo, antes de examinar su método, es importante destacar la independencia teórica que caracteriza su trayectoria intelectual.

Furtado utiliza la teoría económica que aprendió de los clásicos, especialmente de Ricardo y de Marx, y también de Keynes. Poco le debe a los neoclásicos. Sin embargo, no se le debe tildar de marxista o keynesiano. Aprendió con los clásicos y con Keynes, pero su pensamiento es independiente y, por sobre todas las cosas, él se precia de su independencia. Se le identifica con el estructuralismo latinoamericano, debido a que fue uno de sus fundadores.² Pero hay que tener presente que el estructuralismo no es ni ha pretendido ser una teoría económica que lo explique todo. Tuvo influencia en América Latina en los decenios de 1950 y 1960 porque ofrecía una interpretación del subdesarrollo de países que a mediados del siglo XX vivieron la transición desde formas precapitalistas o mercantilistas hasta el capitalismo industrial, y proponía a las autoridades de gobierno de esos países una estrategia de desarrollo coherente.

La independencia teórica del pensamiento de Furtado le permite hacer uso de las teorías que estima pertinentes para resolver los problemas planteados por la interpretación de los hechos económicos que debe enfrentar. El marxismo es importante para él en la medida en que ofrece una visión vigorosa de la historia

¹ Los “pioneros del desarrollo” fueron identificados por Gerald Meier y Dudley Seers en dos obras: Meier y Seers (1984) y Meier y Schultz (1987).

² Love (1998) destaca incisivamente el papel de Furtado como cofundador del estructuralismo latinoamericano, aunque Furtado siempre ha insistido en ceder el honor a Raúl Prebisch.

y del capitalismo, pero la contribución de Marx a la teoría económica le parece menos significativa. Al describir lo que aprendió del marxismo en Francia, a fines de la década de 1940, expresa: “La notable percepción que ofrece Marx sobre la génesis de la historia moderna no puede dejar indiferente a una mente inquieta. Sin embargo, su contribución en el campo de la economía parece menos importante para quien esté familiarizado con el pensamiento de Ricardo y conozca la economía moderna” (Furtado, 1985, p. 31).

Por otra parte, no cree en una teoría económica pura, sea neoclásica o marxista. A Furtado nunca le ha interesado este aspecto de la teoría económica. En su opinión, las teorías económicas existen para resolver problemas reales. A su juicio, la economía es “un mecanismo para penetrar los ámbitos sociales y políticos y promover el conocimiento de la historia, en especial cuando todavía se la presentaba a nuestros ojos como el presente” (Furtado, 1985, pp. 15 y 51).

¿Pero cómo intenta comprender el mundo que lo rodea? Desde luego, no mediante la aplicación ciega de algún sistema de pensamiento económico. Nada hay más contrario a Furtado que el pensamiento estereotipado de los intelectuales ortodoxos, cualquiera que sea la ortodoxia que adopten. Él quiere ver el mundo con sus propios ojos. Utilizar los mecanismos del análisis económico sin perder su propia libertad de pensar y de crear, que es su mayor activo. Como observa Francisco Iglésias “es absurdo calificarlo de neoclásico, marxista o keynesiano, etiquetas que se le asignan con frecuencia. De cada autor o tendencia toma lo que, a su juicio, es correcto o adaptable a la realidad brasileña o latinoamericana. Adopta los modelos que le parecen acertados, sin tratar de aplicarlos mecánicamente a casos diferentes, sin ortodoxia” (Iglésias, 1971, p. 176).³

Con esto, Furtado no pretende conciliar tales teorías, ni tampoco es impreciso, como sugieren quienes desean un concepto único e integrado de la teoría económica. Sólo está diciendo que, según el problema que enfrentemos, puede convenirnos una u otra escuela de pensamiento. En cuanto a Keynes, como señala Bielschowsky (1988, p. 60), Furtado es un “keynesiano atípico” porque generalmente caracteriza el subdesarrollo como un problema de escasez de ahorro. La escasez de demanda se aplicaría fundamentalmente a los países desarrollados. Sin embargo, cuando describe el proceso de desarrollo, en vez de adoptar la actitud característica de los pioneros del desarrollo, la de pensar que la concentración del ingreso es un requisito para que éste comience, Furtado atribuye al aumento de los salarios un papel fundamental para asegurar el incremento de la demanda agregada y la rentabilidad misma de los capitalistas. En este punto, ya es plenamente keynesiano.

Su preocupación por mantener la independencia de su pensamiento se manifestó claramente cuando resolvió abandonar Río de Janeiro y trabajar en Santia-

³ Podría parecer sorprendente que se considere que Furtado es también un neoclásico, pero eso es lo que vemos, por ejemplo, en Mantega (1984, p. 90): “En primer lugar, hay cierta imprecisión e incluso una buena dosis de indecisión en este pensador, que vacila entre principios clásicos y neoclásicos que, a mi juicio, son inconciliables”.

go de Chile, en la CEPAL, que se acababa de crear. A la sazón, la CEPAL era aún un proyecto sin contenido.

Furtado no conocía a Prebisch, que todavía no formulaba su teoría sobre el desarrollo de América Latina. Aun así decidió ir allí para “escapar del asedio, lograr un horizonte abierto, aunque tuviera que vagar en busca de una Atlántida perdida”. Así lo afirma en *A fantasía organizada* (Furtado, 1985, p. 50), y luego manifiesta estar de acuerdo con Sartre y su filosofía de la responsabilidad, según la cual si basáramos nuestras opciones reales únicamente en la razón, no habría opciones, y todo estaría predeterminado.

Con su decisión de irse a Santiago, Furtado se estaba diciendo a sí mismo que su propia vida no estaba predeterminada. Y de esta manera, era consecuente con su visión más general de la sociedad y la economía. Como nunca creyó que una sola teoría económica pudiera explicarlo todo, también siempre rechazó toda clase de determinismo, ya fuese marxista, basado en las “leyes de la historia”, o neoclásico, basado en el principio de la racionalidad que, al postular la maximización de los intereses, no deja espacio para decisiones, para opciones.⁴ Por el contrario, si un pecado cometió en la controversia entre determinismo y voluntarismo, fue el de voluntarismo, expresado en la convicción de que la razón humana era capaz de imponer su voluntad en la economía y en la sociedad mediante la planificación. Y, en términos más generales, en el papel fundamental que siempre atribuyó a las decisiones cuando se trataba de reflexionar sobre el sistema macroeconómico. El mercado cumple una función fundamental, pero las decisiones que se adoptan no son menos importantes. Esta idea la expresa muy claramente en *Criatividade e dependência na civilização industrial* (Furtado, 1978, p. 18), donde afirma: “Las características de un sistema económico se definen a partir de la determinación de los centros desde los cuales emanan esas decisiones, destinadas a armonizar las iniciativas de agentes múltiples que ejercen distintos grados de poder”.

Este rechazo del determinismo, incluido el de mercado, tiene que ver con el individualismo e idealismo del gran intelectual que resuelve intervenir en la realidad. Surge de la convicción de ser parte de una élite intelectual, de una *intelligentsia*, que podría cambiar el mundo. En esta materia, su maestro fue Karl Mannheim, lo que Furtado explica así: “Siguiendo a Mannheim, me formé una idea del papel social que desempeña la *intelligentsia*, particularmente en periodos de crisis. Sentí que me encontraba por encima de los factores determinantes creados por mi inserción social y estaba convencido de que el reto consistía en incorporar un sentido social en el uso de tal libertad” (Furtado, 1978, p. 19).

En su análisis de *A fantasía organizada*, Gerard Lebrun destaca el voluntarismo idealista de Furtado, manifestado en su inquebrantable fe en una planifica-

⁴ El carácter determinista del pensamiento neoclásico se tambaleó solamente cuando los textos de microeconomía incluyeron la teoría de los juegos, esto es, la teoría de las decisiones. Pero para entonces sus autores estaban relativizando sanamente el postulado maximizador de la teoría neoclásica.

ción que eliminaría por completo la incertidumbre de las decisiones. Ahora bien, dice el filósofo, “la idea que Furtado tiene del poder (en una democracia, por cierto) parece tan abstracta, tan ajustada a priori a su ideal de una planificación neutra, que al parecer le hace difícil concebir que el planificador pueda convertirse en un tecnócrata” (Lebrun, 1985).

De hecho, nuestro destacado economista es un científico, pero también un burócrata en el mejor sentido de la palabra, un hombre de Estado, un forjador de políticas públicas que sólo dejó de estar inserto en el aparato estatal cuando la dictadura militar suspendió sus derechos políticos. Celso Furtado inició su vida profesional en la DASP (División de Administración del Servicio Público) como técnico en administración pública. Superó esa etapa, se convirtió en economista y catedrático universitario, pero nunca dejó de creer en el poder racionalizador de la burocracia, incluida la de nivel medio. A menudo dijo que el único grupo social que podía actuar como interlocutor de las potencias internacionales era la burocracia estatal. Y, según él, en los regímenes democráticos es fundamental fortalecerla para mantener las políticas públicas y la eficacia y legitimidad del poder estatal. Como señala en *A fantasia desfeita* (La fantasía marchita): “El proceso de burocratización no significa tan solo el crecimiento del aparato estatal, sino también cambios importantes en los procesos políticos... Al aumentar la eficacia del poder, la burocratización lo consolida en los planos inferiores de la legitimidad” (Furtado, 1989, p. 185).

Con este pensamiento, Furtado es fiel a lo aprendido de pensadores tan diversos como Mannheim, Sartre y su maestro Cornu.⁵ En las democracias capitalistas los intelectuales pueden liberarse de las ideologías y utilizar su libertad para intervenir en el mundo en forma republicana. Sabe que ésta es siempre una libertad relativa, que podemos construir nuestras propias vidas, pero no podemos hacernos ilusión alguna respecto de los factores sociales y políticos de que dependemos. Para los grandes intelectuales como Furtado, la dialéctica entre libertad y comportamiento socialmente condicionado puede ser más consciente y, si se acompaña de la virtud del coraje, como en su caso, será más favorable para la libertad, pero no más que eso, ya que nadie escapa a sus circunstancias.

El coraje intelectual se expresa principalmente en momentos en que es necesario disentir del propio entorno y del propio grupo. En 1962, justo en medio de la radicalización del país, Celso Furtado publicó *A pré-revolução brasileira*. En esta obra, tras encomiar el carácter humanista de la obra de Marx, no dudó en afirmar: “Como el marxismo-leninismo se basa en el remplazo de una clase de dictadura por otra, sería un retroceso desde el punto de vista político aplicarlo a sociedades que han alcanzado formas más complejas de coexistencia social, esto es, a las sociedades abiertas modernas” (Furtado, 1962, p. 27).

Del mismo modo, en *Plan Trienal 1963-1965* no titubeó en proponer un ajuste fiscal y una política monetaria severa, aunque sabía que los grupos que apoyaban a la administración de Goulart lo tildarían de “monetarista”.

⁵ Citado por Furtado (1985, p. 31).

En Furtado, el uso de la libertad adquiere pleno sentido porque está marcado por el don de la creatividad. Su contribución a la teoría económica y al análisis de las economías brasileña y latinoamericana puede explicarse en función del método, pero es ante todo el resultado de una enorme capacidad personal de reflexionar y crear. Él lo sabe y ciertamente no es por azar que el epígrafe de uno de sus libros sea una cita de Popper, en que se reconoce que “el descubrimiento científico es imposible si no se tiene fe en ideas que son puramente especulativas y, a veces, incluso bastante vagas”.⁶ La creatividad será una de las bases de la independencia intelectual de Furtado respecto de la ortodoxia.

Refiriéndose a *A fantasía organizada*, Lebrun (1985) señala que es “el aroma de heterodoxia lo que torna aún más fascinante este libro y hace de Celso Furtado un gran escritor, además de un pensador”. Como observa Bourdieu (1983, p. 145), si hay una *doxia* en teoría económica —es decir, *un conjunto de supuestos que para los antagonistas son evidentes*— también hay una ortodoxia y una heterodoxia. El intelectual heterodoxo no rechaza los supuestos más generales de su ciencia, pero rehúsa subordinar su pensamiento a aquel predominante. La derecha y los economistas tradicionales insisten en darle un sentido negativo a la heterodoxia, identificándola con el populismo económico; pero la verdad es que en la teoría y el análisis económicos innovar casi siempre entraña alguna heterodoxia. Ser heterodoxo es desarrollar teorías nuevas, a menudo a partir de la definición de hechos históricos nuevos que modifican un determinado marco económico y social y torna inadecuadas las teorías preexistentes. Cuando Celso Furtado optó por utilizar principalmente el método histórico-inductivo y cuando se convirtió en uno de los dos fundadores del estructuralismo latinoamericano, optó por la heterodoxia y por la independencia de pensamiento.

El método de Furtado

Una de las formas en que Furtado demostró la independencia de su pensamiento fue manteniéndose fiel al método histórico-inductivo, pese a que en los últimos ochenta años la ortodoxia se tornó cada vez más lógico-deductiva. Por supuesto, recurrió abundantemente a su capacidad lógico-deductiva, pero siempre partió de los hechos históricos y su tendencia a repetirse, y no de la presunción de un comportamiento racional. Como historiador económico era natural que recurriera principalmente al método histórico-inductivo, pero lo mismo hacía al asumir el papel de teórico del desarrollo y el subdesarrollo.

No estoy sugiriendo, por lo tanto, que Furtado pertenezca a la escuela historicista alemana de Gide o al institucionalismo americano de Veblen. Esas escuelas se caracterizaron por rechazar la teoría económica y por la búsqueda, como base para el análisis, de los hechos económicos caso a caso; Furtado, en cambio, utiliza la teoría económica disponible y trata de hacerla avanzar en el conocimiento del desarrollo económico. Incluso como historiador económico, Furtado es sobre todo un economista y no un historiador. No narra la historia de la economía

⁶ Epígrafe de *Prefácio a nova economia política* (Furtado, 1976a).

de Brasil, la analiza. Nadie ha utilizado la teoría económica en forma más brillante que Furtado para comprender la evolución de la economía brasileña, como se ve en su *Formação econômica do Brasil* (1959). Como acota el historiador Francisco Iglésias, aunque dicha obra es de historia económica, “fue escrita desde el punto de vista de un economista... en este análisis de los procesos económicos se llega a una gran simplicidad, a un modelo ideal, a formas que suelen parecer abstractas. Esto es lo que sucede en muchos pasajes del libro de Celso Furtado; el rigor de la construcción de la obra es tal que... dificulta la lectura a quienes carecen de una vasta información histórica y de cierto conocimiento de la teoría económica” (Iglésias, 1971, pp. 200 y 201).

En el mismo sentido, Lebrun señala: “la historia, tal como la practica Furtado, sólo vale por su extremada *exactitud* [el énfasis es de Lebrun]... Es su método: ninguna afirmación que no esté basada en hechos o en datos estadísticos”. Pero, agregaría yo, Furtado utiliza los datos con gran inteligencia y habilidad deductiva. Una de las características que hace de *Formação econômica do Brasil* una obra maestra de historia y de análisis económico, es la habilidad de su autor para deducir de los escasos datos disponibles las demás variables de la economía y el comportamiento dinámico de ellas. Sin embargo, al hacerlo Furtado no abandona la primacía del método histórico-inductivo. Lo que hace es combinar su espíritu creativo con su rigor lógico para ofrecer, a partir de los datos disponibles, un panorama general de la evolución histórica de la economía que hasta ahora no ha sido superado.

Formação econômica do Brasil es para mí la obra más importante sobre Brasil publicada en el siglo XX, porque en ella Furtado pudo utilizar la teoría económica y las demás ciencias sociales no para describir, sino para analizar la historia económica del país. Daré un ejemplo de su independencia y su método en ese libro. A partir del capítulo 16, Furtado escribe sobre el siglo XIX. Ante todo cabe señalar que, pese a haber participado recién en el nacimiento del estructuralismo latinoamericano en Santiago de Chile, no se guía por las explicaciones imperialistas de nuestro subdesarrollo, y respecto de los acuerdos privilegiados de 1810 y 1827 con Inglaterra dice: “la crítica formulada comúnmente a estos acuerdos, de que impidieron la industrialización de Brasil en esa etapa, parece no tener fundamento” (Furtado, 1959, p. 122).

Basándose en los datos relativos a las exportaciones y a las relaciones de intercambio, señala que la primera mitad de ese siglo fue un periodo de estancamiento: que de hecho el ingreso per cápita debe de haber caído de 50 dólares a 43 (al tipo de cambio del decenio de 1950) y que los cincuenta años siguientes, en cambio, exhibieron una gran expansión, gracias al incremento de las exportaciones y la apreciable mejora de la relación de intercambio. Una vez más el análisis de Furtado parte de algunos hechos históricamente comprobados para inferir el comportamiento general de la economía. Y, por cierto, para relacionarlo con los aspectos sociales. Los terratenientes no son todos iguales, como se les ve usualmente. La nueva clase dominante de cafetaleros es muy distinta de la antigua clase patriarcal de las plantaciones de azúcar. Tiene experiencia comercial y,

en consecuencia, los intereses de la producción y del comercio se entrelazan. Por otra parte, Furtado dedica cuatro capítulos del libro al problema de la mano de obra, haciendo hincapié en la importancia de la inmigración y la fuerza de trabajo asalariada.

Esto puede parecer obvio, pero está bien que lo ponga de relieve un autor que no transforma la economía en meras abstracciones, y que la concibe como una economía política situada en un contexto histórico. El segundo ejemplo lo tomaré de la obra teórica señera titulada *Desenvolvimento e subdesenvolvimento* (Furtado, 1961). En el capítulo 1, el autor resume su concepto metodológico más general, y manifiesta que la teoría económica debe ser al mismo tiempo abstracta e histórica: “El empeño por alcanzar niveles más altos de abstracción debe ser seguido por otro que, basado en realidades históricas, trate de definir los límites de validez de las relaciones deducidas. La dualidad fundamental de la ciencia económica —su carácter abstracto e histórico— asoma entonces plenamente en la teoría del desarrollo económico”.

El hecho de que la economía esté adquiriendo un carácter cada vez más abstracto, según Furtado, se debe a que, a partir de Ricardo, se ha visto prácticamente limitada al estudio de la división del producto, relegando a un segundo plano el tema del desarrollo. Sin embargo, señala, “el desarrollo económico es un fenómeno que tiene una marcada dimensión histórica” (Furtado, 1961, p. 22). Reiterará esta afirmación muchas veces a lo largo de su vasta obra, porque es un elemento clave en su pensamiento. Después de introducir el “mecanismo del desarrollo”, planteando algunas abstracciones necesarias para comprender el desarrollo, en el capítulo 3 nos ofrece uno de los textos más notables que conozco sobre el proceso histórico de desarrollo. Este capítulo —que no fue reeditado, en mi opinión por un error de juicio, y que se perdió al transformarse la obra *Desenvolvimento e subdesenvolvimento* en otra más sistemática y didáctica, *Teoria e política do desenvolvimento econômico* (Furtado, 1967)— muestra cómo la forma de usar el excedente económico determinará el surgimiento del proceso de desarrollo. En los sistemas precapitalistas, el excedente se utilizaba más que nada para la guerra y para construir templos. Con el advenimiento del capitalismo, el excedente obtenido por los comerciantes se transformaría en acumulación de capital, que sería ahora inherente al sistema económico. Sin embargo, con la Revolución industrial el capitalismo se extiende al campo de la producción. En un mundo en el que el progreso técnico comienza a acelerarse y en que la competencia es generalizada, la reinversión de las utilidades ya no satisface el deseo de los empresarios de aumentar sus utilidades, sino que se convierte en condición para la supervivencia de la empresa. El desarrollo se hace autosostenible. “Cuando el excedente de producción de la organización social se convierte en fuente de ingreso, tenderá a automatizarse el proceso de acumulación... Los aspectos estratégicos de este proceso son la posibilidad de aumentar la productividad y la apropiación de los frutos de este incremento por grupos minoritarios” (Furtado, 1961, pp. 120 y 121).

La idea es a la vez sencilla y contundente. Pero no deberíamos pensar que Furtado la presentaría desprovista de sustancia. Lo que hace es mostrar un proce-

so histórico a través del cual vemos cómo el desarrollo surge a la par con el capitalismo y con todos los complejos cambios sociales, institucionales y culturales que le son propios. El fenómeno económico del aumento de la productividad es una cuestión clave, pero está intrínsecamente relacionado con la aparición de nuevas clases sociales y de nuevas instituciones. La importancia de las instituciones, que en el decenio de 1990 se convirtió en un tema fundamental para el estudio del desarrollo, la tenía ya clara Furtado en *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*. Por ejemplo, él explica la decadencia económica que sigue al colapso de un imperio precapitalista, como el romano, en función de la caída del aparato estatal de Roma, de su poder militar y de instituciones largo tiempo maduras.

El excedente es apropiado por los ciudadanos romanos, en especial los patricios, mediante la recaudación de tributos de las colonias y da lugar a un amplio comercio garantizado por el derecho romano. Cuando cae todo este sistema, la decadencia económica es inevitable. Al respecto Furtado señala: “La destrucción del enorme aparato administrativo y militar que constituyó este imperio tuvo profundas consecuencias para la economía del vasto espacio que ocupaba. Una vez desmantelado el sistema administrativo y militar, desaparecieron las condiciones de seguridad que hicieron posible el comercio; por otra parte, al desaparecer los tributos, se acabó la principal fuente de ingreso de las poblaciones urbanas, que vivían de subsidios o de la prestación de servicios” (Furtado, 1961).

Las instituciones son, por lo tanto, fundamentales, pero no nacen solas. En primer lugar, son parte del Estado que, en el caso de Roma, toma la forma de un imperio. Segundo, el problema no es sólo asegurar la actividad económica —el comercio— sino también hacer viable la apropiación del excedente. Al no tener aún capitalismo ni valor excedente o rentabilidad capitalista, la apropiación del excedente se hace de manera forzada, mediante tributos.

El desarrollo, en su sentido histórico, sólo tiene lugar cuando la expansión del islamismo obliga a Bizancio a volverse hacia Italia. Se forman entonces poderosas economías comerciales en las ciudades-Estado italianas, y al lado de la aristocracia, o en lugar de ella, aparece una nueva clase burguesa. Y ese comercio promueve la integración política, que con el tiempo llevará al surgimiento de estados nacionales.

En este caso, las instituciones son más bien la consecuencia y no la causa del desarrollo. Furtado lo dice expresamente y señala que mientras que en el imperio romano la integración política condujo al comercio y al desarrollo, en Europa lo que originó la integración política fue el comercio a distancia, aventurado e inseguro. Sin embargo, la integración política pronto se convertiría en factor decisivo del desarrollo mismo. Las instituciones y su estabilidad son fundamentales para el desarrollo, en especial la más importante de ellas, el Estado-nación, del que dependen las demás.

En esta opinión Furtado no estaba siendo original, puesto que había amplio consenso al respecto. Pero agregó que el sistema capitalista no sólo daría lugar al Estado-nación sino que tendería a adoptar instituciones democráticas. Esta idea aparece claramente en su siguiente libro, *Dialética do desenvolvimento* (Furtado,

1964), en el cual critica la noción marxista de que en una sociedad burguesa las limitaciones obedecen a la necesidad de defender los privilegios de la clase que es dueña de los bienes de capital. Allí afirma que, por el contrario, la democracia surge del capitalismo y de la creciente estabilidad institucional que proporciona.

Esa estabilidad no sólo lleva a la burguesía a adoptar la democracia como sistema político, sino que, además, asegura el dinamismo económico. Según Furtado, “la razón del avance de las libertades en las sociedades democráticas capitalistas fue su creciente estabilidad institucional. Las revoluciones causadas directamente por la lucha de clases en Europa occidental completaron su ciclo en el tercer trimestre del siglo XIX.

”Ahora, esta estabilidad institucional obedece a la existencia de una clase poderosa —la propietaria de los bienes de capital— que tiene amplios intereses creados que proteger. En las sociedades burguesas, el progreso de las libertades cívicas no se debe tanto a la participación real de la clase trabajadora en las decisiones políticas, sino a la confianza adquirida por la clase capitalista en un contexto de instituciones políticas flexibles” (Furtado, 1964, p. 45).⁷ La economía política de Furtado, siempre basada en el método histórico, es notable. No sólo el desarrollo deriva del capitalismo, sino también la democracia.

La lucha de los trabajadores desempeñará un papel esencial, no únicamente para reforzar la democracia, sino también para asegurar, a través de la pugna por obtener mayores salarios, el crecimiento de la demanda agregada a medida que aumentan las utilidades. En el proceso de desarrollo de la democracia burguesa, que en un comienzo es tan solo liberal, la función esencial radica en la propia burguesía y en la estabilidad institucional que trae consigo. Quizá la estabilidad institucional no se deba tanto a los amplios intereses creados que han de ser protegidos, sino al hecho de que la burguesía fue la primera clase social que pudo apropiarse del excedente sin utilizar directamente la fuerza de imponer tributos y esclavizar a la población de las colonias, lo que la llevó a convertirse en agente del Estado de derecho liberal y a abrirse al avance de las instituciones democráticas. Pero, en todo caso, es notable el análisis conexo del papel de la clase capitalista en el logro de la estabilidad institucional, una estabilidad que promueve el desarrollo y que, a su vez, fortalece las tendencias democráticas existentes en la sociedad, estableciéndose así un círculo virtuoso de desarrollo autosostenible.

Para Furtado, el método histórico es clave para su análisis del desarrollo, en la medida en que le permite combinar una gran visión del proceso histórico con las especificidades de cada momento y cada país; en tanto exista la capacidad de predecir los hechos, requerida por toda teoría social, mediante el análisis de la evaluación histórica del desarrollo, y en la medida en que la definición abstracta del desarrollo, así como el incremento de la productividad a partir de la acumulación de capital y de la incorporación del progreso técnico, adquiera un trasfon-

⁷ En *Prefácio a nova economia política*, Furtado (1976a) atribuye una vez más al concepto clásico de excedente económico un papel fundamental en su análisis del proceso de acumulación capitalista.

do histórico, esto es, se complementa con elementos políticos, institucionales y sociales. El desarrollo no es tan solo acumulación de capital, sino también incorporación de progreso técnico, lo que depende de la estructura de clases, de la organización política y del sistema institucional. En consecuencia, fuera de la historia no hay desarrollo, pues no hay desarrollo económico sin desarrollo político y social.

Al adoptar el método histórico, Furtado se aproxima a la dialéctica de Hegel y al materialismo histórico de Marx, pero conserva su independencia de ellos, principalmente porque atribuye un papel mayor a la voluntad humana: “La importancia de la dialéctica para comprender los procesos históricos deriva del hecho de que la historia... no puede reconstruirse a partir de los múltiples fenómenos que forman parte de ella”. Sin embargo, por su conducto el hombre “intuye en el proceso histórico esta percepción global capaz de darle unidad a la multiplicidad”. Marx adoptó audazmente este principio dialéctico cuando dividió la sociedad en infraestructura y superestructura, y en dos clases sociales. Esta estrategia, dice Furtado, “tuvo extraordinaria importancia como punto de partida para el estudio de la dinámica social... Sin embargo, hay que reconocer que, en este nivel de generalidad, los modelos analíticos difícilmente tienen valor como mecanismo de orientación práctica. Y la finalidad de la ciencia —concluye, dando muestras del pragmatismo que siempre lo ha guiado— consiste en formular orientaciones para la acción práctica” (Furtado, 1964, pp. 14, 15 y 22).

Tomé estos pasajes de *Dialéctica do desenvolvimento* (Furtado, 1964), obra escrita en medio de la crisis de la administración Goulart, después de que Furtado renunciara al ministerio especial de planificación y otra vez quedara a cargo únicamente de la Superintendencia para el Desarrollo del Nordeste (Sudene). Entre sus obras autobiográficas, ésta fue la que distinguió con un resumen completo.⁸ En *A fantasia organizada* (Furtado, 1985), el autor asevera claramente que uno de sus propósitos es delimitar la utilización del marxismo y la dialéctica en el análisis del desarrollo. Y al hacerlo replantea su compromiso con el rigor del método científico: “El segundo objetivo [de *Dialéctica do desenvolvimento*] sería determinar el alcance de la dialéctica, que nuevamente se había puesto en boga con el *Criticisme* de Sartre, pero cuyo uso no nos eximiría de aplicar rigurosamente el método científico al abordar los problemas sociales” (Furtado, 1989, p. 182).

Sin embargo, adoptar el método científico con rigor no significa adoptar modelos analíticos basados en el supuesto del equilibrio estable, como es tan común en economía. Para analizar el desarrollo, necesitamos modelos dinámicos, como el “principio acumulativo” que propone Myrdal. En términos más generales, Furtado concluye: “Aunque hubiésemos avanzado en la construcción de modelos, hay que reconocer que para construirlos siempre comenzamos por algunas hipótesis intuitivas sobre el comportamiento del proceso histórico en su conjunto. Y la más general de estas hipótesis es la que proporciona la dialéctica, en virtud de la cual lo histórico es algo que necesariamente está en curso de desarrollo. La idea

⁸ Véase Furtado (1989, pp. 182-190).

de desarrollo aparece como una hipótesis que organiza el proceso histórico —como una ‘síntesis de varias determinaciones, unidad en la multiplicidad’, para usar la expresión de Marx— desde la cual se puede efectuar un esfuerzo eficiente por definir las relaciones entre los factores y seleccionarlos a fin de reconstruir este proceso mediante un modelo analítico” (Furtado, 1964, p. 22).⁹

Este texto ejemplar —que muestra la elegancia y capacidad de síntesis de Furtado al exponer su pensamiento— deja en claro el concepto de su autor respecto del carácter histórico y dialéctico del método científico que aplica. Yo podría haber comenzado el análisis de su método con esta cita, pero preferí dejarla para el final. De esta manera concluyo mi análisis con sus propias palabras.

La pasión

Tras la forma en que Furtado trabajó con la ciencia económica no sólo hay un método riguroso, sino que también hay pasión. Asimismo, grandes expectativas y la correspondiente frustración. Por lo general, razón y emoción se consideran contrapuestas. Sin embargo, ésta es una manera errada de interpretar el proceso de pensar. Los grandes científicos suelen ser personas que aman con pasión su trabajo, sus investigaciones. Los economistas verdaderamente grandes rara vez dejan de apasionarse no sólo con su ciencia, sino también con sus resultados. Algunos de ellos se entusiasmaron con el logro de la estabilidad económica, otros con la distribución más equitativa del ingreso, y la mayoría de ellos, con el desarrollo de su país.

La pasión de Furtado ha sido el desarrollo de Brasil, y fue alimentada por la convicción de que ese desarrollo estaba al alcance de su país en la época en que él se tituló como economista, a fines del decenio de 1940. Acababa de terminar la segunda guerra mundial. Surgían teorías nuevas sobre el desarrollo económico. Ante los ojos del joven de Paraíba, recién doctorado en economía en Francia (1948), comenzaba a tomar forma una gran esperanza. Brasil, ya en vías de una industrialización acelerada, superaría los desequilibrios estructurales de su economía y con la ayuda de la teoría económica y de la planificación económica lograría convertirse en un país desarrollado.

Es esta pasión por el desarrollo de Brasil lo que explica la fuerza de sus ideas, en especial en el trabajo *Características gerais da economia brasileira* (Furtado, 1950) y su primer libro, *A economia brasileira* (Furtado, 1954), e incluso *Dialética do desenvolvimento* (Furtado, 1964), escrita cuando sus esperanzas comenzaban a derrumbarse ante la inminencia de la crisis. Todas estas obras tienen un vigor teórico y un poder de análisis que no derivan sólo del espíritu creador de su autor, de su gran cultura, de la independencia de su pensamiento y de su preferencia por utilizar el método histórico-inductivo, sino que también se relacionan claramente con un proyecto de vida identificado con el proyecto de desarrollo. En *Os ares do mundo* (Los aires del mundo) queda en claro que su proyecto de vida está directamente relacionado con una convicción a la que había llegado

⁹ La cita de Marx proviene de *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1970).

a fines del decenio de 1940: “un escenario mundial favorable —consecuencia de la gran crisis de los años treinta y del conflicto mundial de los años cuarenta— había abierto un resquicio por el cual quizá podríamos asomarnos para alcanzar un cambio cualitativo en nuestra historia” (Furtado, 1991, p. 63).

El cambio cualitativo era la industrialización y el desarrollo de Brasil. Pero, dice Furtado —recordando el año 1964, cuando llegó a Chile como exiliado— ya en ese año estaba convencido de que, no obstante que “el intelectual se caracteriza por su ilimitada capacidad de concebir razones para vivir, su proyecto de vida, que se basaba en la existencia de ese resquicio era, en definitiva, una ilusión... que ahora se desvanecía” (Furtado, 1991, pp. 45 y 63).

La esperanza había sido grande, pero el desencanto y la frustración eran todavía mayores. Frustración y desencanto que se expresarían en su siguiente obra, *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina* (Furtado, 1966), libro denso y pesimista que más tarde mostró estar equivocado, cuando las economías de América Latina entraron en un nuevo ciclo de desarrollo. Sin embargo, con el tiempo el error terminó siendo un éxito relativo. El ciclo de desarrollo, que a la sazón comenzaba, se financió artificialmente con la deuda externa, una deuda que tornaría a las economías latinoamericanas prisioneras del capital financiero internacional y que a la larga las llevaría a la gran crisis del decenio de 1980, y al cuasi estancamiento que persiste hasta hoy. Digo éxito relativo porque el supuesto principal del libro, que acusa la influencia de Marx y Keynes, todavía me parece fuera de lugar. El estancamiento o el desarrollo a tasas muy reducidas se debería, por una parte, al incremento de la relación capital-mano de obra y, por la otra, a la caída de la relación capital-producto, debido a la elevada densidad de capital de las inversiones y su asignación a bienes de consumo duraderos. En estas condiciones, la productividad del capital iría en descenso.¹⁰ A mi juicio, esta teoría subestima el aumento del progreso técnico, que no sólo ahorra mano de obra, sino también capital, esto es, se trata de un progreso técnico que aumenta la eficiencia del capital.

En *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina*, de 1966, ya aparece la idea de que la concentración del ingreso impedía que operara el círculo virtuoso originado por el alza de los salarios a medida que aumentaba la productividad. En dos de sus obras, Furtado responde indirectamente a sus críticos. En *Análise do modelo brasileiro* (Furtado, 1972) incorpora a su pensamiento, con gran elegancia y precisión, la nueva teoría de la dependencia que había surgido de la crítica de sus obras. Esto no impide que en *O mito do desenvolvimento* (Furtado, 1974) replantee claramente su teoría sobre la escasez de consumo a largo plazo: la concentración del ingreso en las clases media y alta no resolvería el problema de la demanda en el proceso de desarrollo.

Furtado lo expone así: “Mi hipótesis fundamental es que el sistema no ha sido capaz de producir espontáneamente una demanda cuyas características puedan asegurar una tasa sostenida de crecimiento, y que el crecimiento a largo pla-

¹⁰ Véase Furtado (1966, p. 80).

zo depende de acciones exógenas del gobierno... Aunque esos dos grupos [las grandes empresas y las minorías modernizadas] tienen intereses convergentes, el sistema no está estructuralmente preparado para generar el tipo de expansión de la demanda que se requiere para asegurar esa expansión”.

Ahora bien, esta teoría, como lo demostró Keynes cuando criticó la ley de Say, es válida a corto plazo para explicar el ciclo económico. Y para mí, sólo es válida a largo plazo en la medida en que la tasa de desarrollo alcanzada en ese periodo dependa de mantener la demanda en tensión constante con la oferta en el corto plazo. Con el tiempo, el nuevo modelo de desarrollo tecnoburocrático-capitalista que se estaba imponiendo en Brasil, generando un subdesarrollo industrializado, fracasó, pero no por falta de demanda sino más bien por un irresponsable exceso de endeudamiento externo.

Furtado aún abrigaba un atisbo de esperanza cuando en 1968, antes de la promulgación de la Ley Institucional N° 5 que impuso definitivamente la dictadura en Brasil, fue invitado por la Cámara de Diputados a dar a conocer sus ideas sobre lo que podía hacerse. No pudo resistirse y escribió *Um projeto para o Brasil* (Furtado, 1968a), donde propone reactivar el desarrollo mediante un incremento sustancial de la carga tributaria y del ahorro público. Sin embargo, si es que nuevamente había esperanza —la negativa a aceptar la dependencia y el subdesarrollo— el pesimismo subsistía. El análisis pesimista de la situación de Brasil coincidía a tal punto con el efectuado en *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina*, que las primeras críticas a este punto de vista, que sostenía que el desarrollo brasileño se estaba reactivando porque la concentración del ingreso en las clases media y alta creaba demanda de bienes de consumo suntuarios, se basó en estos dos libros.

La pasión optimista que había alimentado la acción se convirtió entonces en la gran frustración de quien reconoce que ya no influye directamente en los destinos de su país, y que el país mismo ha perdido la capacidad de desarrollo endógeno. La teoría económica que utilizó se tornaba discutible, ya que involucraba un doble pesimismo: por un lado, respecto de la capacidad de los sistemas económicos subdesarrollados para lograr el progreso técnico que requiere uso intensivo de capital y no sólo el que significa ahorro de capital o al menos una situación neutra (que, en consecuencia, no involucra una caída de la productividad del capital); y por otro lado, respecto de la capacidad de la oferta de crear demanda en el largo plazo.

El pesimismo de Furtado se manifiesta en la siguiente cita, sacada de *Os ares do mundo*, donde recuerda sus primeros meses de exilio en Santiago de Chile: “No pude dejar de pensar que la historia es un proceso abierto, y que es ingenuo imaginar que el futuro está íntegramente contenido en el pasado y en el presente. Pero cuando todo cambio importante es el resultado de la intervención de factores externos, nos vemos limitados al escenario de una dependencia estricta... Las tendencias que surgieron en Brasil llevaron a pensar que los cambios importantes ya no serían el resultado de la acción de factores endógenos” (Furtado, 1991, p. 63).

Um projeto para o Brasil fue la última manifestación clara de esperanza que emanó de Furtado.¹¹ De allí en adelante, según Francisco de Oliveira, su obra puede calificarse de filosófica (Oliveira, 1983a, p. 23). Yo diría que se torna serena, en la medida en que el exilio, primero en Chile, luego en Estados Unidos, en Inglaterra y finalmente por largo tiempo en Francia, le impone un desapego emocional. Sobre América Latina aún publicará una obra fundamental, *Formação econômica da América Latina* (Furtado, 1969), para después volver a interesarse por el análisis del proceso histórico de desarrollo y los cambios experimentados por la economía internacional.

Regresa al proceso de desarrollo en *O mito do desenvolvimento* (Furtado, 1974), *Pequena introdução ao desenvolvimento: enfoque interdisciplinar* (Furtado, 1980), “Underdevelopment: to conform or reform” (Furtado, 1987a) y muchos otros estudios. Sin embargo, en “A preeminencia mundial da economia dos Estados Unidos pós-guerra” (Furtado, 1968b) examina los cambios ocurridos en la economía mundial. En el primer número de la *Revista de Economia Política* —de la cual fue uno de los auspiciadores, junto con Caio Prado Jr. e Ignacio Rangel— publica el artículo “Estado e empresas transnacionais na industrialização periférica” (Furtado, 1981b). Todos sus demás trabajos sobre el tema se reunirán más tarde en *Transformação e crise na economia mundial* (1987b) y *O capitalismo global* (1998).

En el decenio de 1970, Furtado una vez más participa activamente en reuniones internacionales en las cuales los países en desarrollo piden “una nueva división internacional del trabajo”. Este movimiento tiene éxito durante un tiempo pero, con la crisis de la deuda externa y la ola neoliberal que invade Washington y el mundo a comienzos de la década de 1980, el proyecto tampoco rinde los frutos esperados. Para América Latina era el comienzo de la gran crisis de la década de 1980, y ante ella la pasión de Celso Furtado regresa con tanta fuerza como ira. Sus obras *Não à recessão e ao desemprego* (No a la recesión y el desempleo) (Furtado, 1983) y *Brasil: a construção interrompida* (Brasil: la construcción interrumpida) (Furtado, 1992) son prueba de su indignación.¹²

El regreso del exilio y la participación en la administración de Sarney como ministro de Cultura, no cambiaron sus sentimientos de desencanto e indignación.¹³ Pero en 1999, al restablecerse la estabilidad y cuando hubo algunas seña-

¹¹ En *O Brasil pós-milagre* (Brasil después del milagro), Furtado todavía trasunta esperanza cuando, tras referirse a los malos gobiernos del decenio de 1970, escribe dos secciones en que mira hacia el futuro: una trata de los desafíos del futuro y la otra es el esbozo de una estrategia (Furtado, 1981a, pp. 56-90).

¹² Entre esos dos libros escribió sus tres notables obras autobiográficas ya mencionadas, *A fantasia organizada* (1985), *A fantasia desfeita* (1989) y *Os ares do mundo* (1991).

¹³ En 1984, Furtado publicó una colección de ensayos con el título de *Cultura e desenvolvimento em época de crise*, cuyo tema principal seguía siendo la crisis de la economía brasileña, pero que probablemente inspiró al presidente José Sarney a ofrecerle el Ministerio de Cultura. A la sazón fui colega suyo, entre abril y diciembre de 1987, cuando fui ministro de Hacienda. Le preocupaba enormemente que el gobierno democrático no lograra hacer frente a la crisis y que, por el contrario, la agudizara. Sentía tanta preocupación como impotencia, puesto que ocupaba un mi-

les de reactivación, volvió a él la esperanza, pese a que continuó siendo un decidido crítico de la política económica del presidente Cardoso. En su último libro, hasta la fecha en que escribo este trabajo, *O longo amanhecer* (El largo amanecer), expresa con vigor su desencanto: “En ningún otro momento de nuestra historia fue tan grande la distancia entre lo que somos y lo que quisimos ser” (Furtado, 1999). Replantea su crítica de la globalización que, mediante un irresponsable endeudamiento externo, llevó al país a la gran crisis, pero señala que los responsables de nuestra incapacidad de retomar la senda del desarrollo no son la globalización misma y su falta de control, sino la forma en que han respondido a ella las élites, al “adoptar en forma acrítica una política económica que privilegia a las empresas transnacionales, cuya racionalidad sólo puede evaluarse en el marco de un sistema de fuerzas que vaya más allá de los intereses específicos de los países que forman parte de él”. Un ejemplo de esta alienación es la propuesta de dolarizar las economías latinoamericanas, hecha por la propia CEPAL en febrero de 1999, proceso que según dicha organización internacional ya estaría avanzado (Furtado, 1999, pp. 18, 23 y 26).

En un breve discurso pronunciado durante el seminario “Reflexiones sobre la crisis brasileña”, realizado en su honor en São Paulo, el autor no sólo critica a los gobiernos, sino en general a las élites brasileñas (Furtado, 2000). En especial, rechaza “las explicaciones (sobre el cuasi estancamiento) que pretenden ignorar la responsabilidad social de las élites”. Frente a expresiones favorables a la dolarización, que eran corrientes en la prensa y actualmente están quizá olvidadas debido a la crisis argentina, señala: “si nos rendimos a la dolarización, retrocederemos a una condición semicolonial”.

Pero, al igual que en su libro de 1999, en el discurso mencionado vemos que finalmente vuelve la esperanza. En dicho libro, que tiene una sección titulada “¿Qué hacer?”, subraya la necesidad de revertir el proceso de concentración del ingreso, invertir en capital humano y, sobre todo, enfrentar el problema de la globalización mediante el fortalecimiento del Estado nacional, que es “el instrumento privilegiado para resolver los problemas estructurales” (Furtado, 1999, pp. 32-34). En su breve discurso vuelve a formular una de sus ideas principales: la importancia de la capacidad creadora en política. “Sólo el espíritu político creador impulsado por la voluntad colectiva nos permitirá salir del atolladero” (Furtado, 2000, p. 4).¹⁴

nisterio en que podía prestarme decidido apoyo cuando yo lo necesitara, pero no podía modificar la orientación de la economía brasileña. Presté servicio por poco tiempo en la administración, y tampoco pude estabilizar la economía de Brasil.

¹⁴ En el presente trabajo no me preocupé de eliminar prejuicios respecto a Celso Furtado. Sin embargo, esta última cita me lleva a advertir que no debiera deducirse de ella que Furtado es un adepto al control del Estado —acusación que hace usualmente la derecha cuando alguien defiende la importancia de un Estado reconstruido, capaz de promover el desarrollo económico y político del país. Aún hay algunos pocos partidarios del control estatal, pero decididamente no es su caso. Por ejemplo, en un debate propiciado por el diario *O Estado de São Paulo*, Furtado dijo: “El hecho es, por lo tanto, que hay que renunciar a la antigua idea de que el Estado debe resolver todos los problemas. Sabemos perfectamente bien que cuando el Estado lo controla todo, pocos controlan al Estado” (Furtado, 1976b, p. 39).

El gran maestro continúa pensando por esas líneas. No siempre estoy de acuerdo con él, como debería haberlo advertido en algún momento en el curso del presente trabajo, pero de todas formas lo admiro. Celso Furtado fue uno de mis maestros cuando —aún muy joven— comenzó a gustarme la economía. Todavía aprendo de él. Su aporte al conocimiento de Brasil no tiene parangón; su análisis del desarrollo y el subdesarrollo constituye un hito en el pensamiento contemporáneo

En este artículo, que no es un panorama general de su obra, sólo traté de definir algunos aspectos relativos al autor, al economista político: Furtado nunca ha transigido en su independencia de pensamiento; su método ha sido siempre riguroso y principalmente histórico-inductivo; nunca ha dejado de mirar y pensar con pasión a Brasil y su Nordeste o

Bibliografía

- Bielschowsky, R. (1988), *Pensamento econômico brasileiro: o ciclo ideológico do desenvolvimento*, Río de Janeiro, Instituto de Investigación Económica Aplicada (IPEA).
- Bourdieu, P. (1983), “O campo científico”, en R. Ortiz (org), *Pierre Bourdieu: sociologia*, São Paulo, Editora Ática (publicado originalmente en 1976).
- Bresser-Pereira, L.C. (1970), “Dividir ou multiplicar: a distribuição de renda e a recuperação da economia brasileira”, *Visão*, diciembre (incorporado a partir de la 3a. edición en *Desenvolvimento e crise no Brasil*, São Paulo, Editora Brasiliense).
- Bresser-Pereira, L.C. y G. Tadeu Lima (1983), “A navegação aventureira”, en F. de Oliveira (org.), *Celso Furtado*, São Paulo, Editora Ática.
- Drummond de Andrade, C. (2000), *A paixão medida*, Río de Janeiro, Record.
- Furtado, C. (1950), “Características gerais da economia brasileira”, *Revista Brasileira de Economia*, vol. 4, núm. 1, Río de Janeiro, Fundación Getúlio Vargas, marzo.
- (1954), *A economia brasileira: contribuição à análise do seu desenvolvimento*, Río de Janeiro, Noite.
- (1959), *Formação econômica do Brasil*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura (versión en inglés, *The Economic Growth of Brazil*, Los Ángeles, University of California Press, 1963).
- (1961), *Desenvolvimento e subdesenvolvimento*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura (versión en inglés, *Development and Underdevelopment*, Los Ángeles, University of California Press, 1964).
- (1962), *A pré-revolução brasileira*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura (versión en inglés de su ensayo principal, “Brazil: What kind of revolution?”, *Foreign Affairs*, Washington, abril de 1963).
- (1964), *Dialética do desenvolvimento*, Río de Janeiro, Fundo de Cultura (versión en inglés, *Diagnosis of the Brazilian Crisis*, Los Ángeles, University of California Press, 1965).
- (1966), *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira (traducido parcialmente al inglés en *Obstacles to Development in Latin America*, Nueva York, Anchor Books/Doubleday, 1970).
- (1967), *Teoria e política do desenvolvimento econômico*, São Paulo, Companhia Editora Nacional [edición en español, *Teoría y política del desarrollo económico*, México, Siglo XXI Editores, 1968].

- (1968a), *Um projeto para o Brasil*, Rio de Janeiro, Editôra Saga (traducido parcialmente al inglés en *Obstacles to Development in Latin America*, Nueva York, Anchor Books/ Doubleday, 1970).
- (1968b), “A preeminência mundial da economia dos Estados Unidos pós-guerra”, *Um projeto para o Brasil*, Rio de Janeiro, Editôra Saga.
- (1969), *Formação econômica da América Latina*, Rio de Janeiro, Lia Editor (versión en inglés, *Economic Development of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1970) [versión en español, *La economía latinoamericana. Formación histórica y problemas contemporáneos*, México, Siglo XXI Editores, México, 1971].
- (1972), *Análise do ‘modelo’ brasileiro*, Rio de Janeiro, Editora Civilização Brasileira.
- (1974), *O mito do desenvolvimento*, Rio de Janeiro, Paz e Terra [edición en español, *El desarrollo económico: un mito*, México, Siglo XXI Editores, 1975].
- (1976a), *Prefácio a nova economia política*, Rio de Janeiro, Paz e Terra [edición en español, *Prefacio a una nueva economía política*, México, Siglo XXI Editores, 1976].
- (1976b), “Uma transição metódica e progressiva”, *O Estado de São Paulo*, São Paulo, 8 de agosto.
- (1978), *Criatividade e dependência na civilização industrial*, São Paulo, Paz e Terra (publicado posteriormente en inglés como *Accumulation and Development*, Oxford, Martin Robertson, 1983) [edición en español, *Creatividad y dependencia*, México, Siglo XXI Editores, 1979].
- (1980), *Pequena introdução ao desenvolvimento: enfoque interdisciplinar*, São Paulo, Editora Nacional.
- (1981a), *O Brasil ‘pós-milagre’*, Rio de Janeiro, Paz e Terra [edición en español, *El Brasil después del “milagro”*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983].
- (1981b), “Estado e empresas transnacionais na industrialização periférica”, *Revista de Economia Política*, vol. 1, núm. 1, São Paulo, enero-marzo.
- (1982), *A nova dependência: Dívida externa e monetarismo*, São Paulo, Paz e Terra.
- (1983), *Não à recessão e ao desemprego*, São Paulo, Paz e Terra.
- (1984), *Cultura e desenvolvimento em época de crise*, São Paulo, Paz e Terra.
- (1985), *A fantasia organizada*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (1987a), “Underdevelopment: to conform or reform”, en G. Meyer (comp.) *Pioneers in Development*, (1987), Washington, D.C., Oxford University Press.
- (1987b), *Transformação e crise na economia mundial*, São Paulo, Paz e Terra.
- (1989), *A fantasia desfeita*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (1991), *Os ares do mundo*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (1992), *Brasil: a construção interrompida*, São Paulo, Paz e Terra [edición en español, *Brasil: la construcción interrumpida*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992].
- (1998), *O capitalismo global*, São Paulo, Paz e Terra [edición en español, *El capitalismo global*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999].
- (1999), *O longo amanhecer*, Rio de Janeiro, Paz e Terra.
- (2000), “Reflexões sobre a crise brasileira”, *Revista de Economia Política*, vol. 20, núm. 4, São Paulo, octubre.
- Iglésias, F. (1971), *História e ideologia*, São Paulo, Perspectiva.
- Lebrun, G. (1985), “Os anos de aprendizado”, *Jornal da Tarde*, São Paulo, 7 de septiembre.

- Love, J. (1998), *A construção do terceiro mundo: teorias do subdesenvolvimento na Romênia e no Brasil*, Rio de Janeiro, Paz e Terra (reeditado en L.C. Bresser-Pereira y J. Marcio Rego (eds.) (2001), *A grande esperança em Celso Furtado*, São Paulo, Editora 34.
- Mantega, G. (1984), *A Ltda. economia política brasileira*, São Paulo, Polis.
- Marx, K. (1970), *Contribución a la crítica de la economía política*, Buenos Aires, Ediciones Estudio (publicado originalmente en alemán en 1859 (a partir de la página 191 en adelante, esta edición contiene la *Introducción a la Crítica de la economía política*, trabajo inconcluso que sólo fue publicado en 1903 en la revista *Die Neue Zeit*, y posteriormente en 1939, integrado en *Grundrisse*).
- Meier, G. y D. Seers (comps.) (1984), *Pioneers in Development*, Washington, D.C., Mundial.
- Meier, G. y T. Schultz (comps.) (1987), *Pioneers in Development, Second Series*, Nueva York, Oxford University Press.
- Oliveira, F. de (org.) (1983), *Celso Furtado*, São Paulo, Editora Ática.



Enzo Faletto (1935-2003): un intelectual latinoamericano

José Luis Reyna*

E

El 22 de junio de 2003, Enzo Faletto dejó de existir. Es probable que su nombre, para muchos, no signifique más que eso: un nombre. Para otros representa el de un pensador inigualable. Y, en efecto, lo fue. Chileno, de raíces italianas, oriundo del barrio de Ñuñoa de la capital santiaguina,

Enzo se distinguió siempre por su vertiginosa generación de ideas. Sin riesgo de errar, él es uno de los pilares de la sociología contemporánea de América Latina y de las ciencias sociales de la región. Junto con Fernando Henrique Cardoso, hasta hace poco presidente de Brasil, escribió en 1966 un libro que, hasta ese momento, no tenía un antecedente previo: *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Siglo XXI Editores, 1969). Este texto se convirtió en referencia obligada para pensar e interpretar el desarrollo social y político de esta parte del mundo. Baste decir que la prestigiada revista *Foreign Affairs*, cuando celebró sus primeros 75 años de existencia, los reseñadores de libros de la misma escogieron este trabajo, junto con otros pocos, por su trascendencia e influencia en la forma de plantear y explicar los problemas (*Foreign Affairs*, vol. 76, núm. 5, 1997, p. 229).

Los sesenta y setenta fueron años difíciles. Los militares y demás cuerpos represivos merodeaban el quehacer intelectual. El propio Cardoso vivía exiliado en Chile cuando se escribió el mencionado libro, pues la dictadura brasileña lo había echado del terruño. En 1973, el cruento golpe militar encabezado por Pinochet derrocó a Salvador Allende, el primer presidente socialista electo en América Latina. En este medio, en esta época, y pese a todo, Cardoso y Faletto influían en el pensamiento de toda una generación de académicos, intelectuales y políticos. Una parte de esa dupla se ha extinguido y, con gran pena, hay que decir que un enorme hueco ha dejado la prematura partida de Enzo.

Faletto escribió poco y pensó mucho. Sus publicaciones solían ser de pocas páginas aunque, en general, de profundo contenido (la lista, no exhaustiva, de sus publicaciones fue compilada por Eugenia Ruiz Tagle (*Estudios Sociológicos*, vol. XXIII, núm. 64, 2004, pp. 197-201). En México no habría sido admitido al Sistema Nacional de Investigadores pues, para poner un ejemplo, entre 1990 y 2000 publicó “tan solo” siete artículos. No obstante, su producción demuestra que la cali-

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

dad del trabajo académico no se asocia necesariamente con el número de publicaciones. Son factores independientes que, cuando se quieren relacionar, distorsionan la productividad académica y científica.

Su inteligencia verbal, empero, lo distinguía en cualquier grupo, en cualquier circunstancia, ante cualquier adversidad. Solía introducir las variantes más inesperadas a la mitad de un debate o en el transcurso de una polémica. Las desarrollaba con rapidez y precisión y el resultado era que el argumento original, cualquiera que hubiera sido, giraba en otra dirección, adquiriendo un nuevo contenido. Por ello, y ésta sería la tesis de estas líneas, su trascendencia, su huella y su herencia se trazan más por el sendero de la generación de ideas que por la de la productividad escrita. Sería injusto, sin embargo, no reconocer que algunos de sus trabajos fueron pioneros en temas que, con el tiempo, se volverían clásicos dentro de las ciencias sociales latinoamericanas. Tal es el caso de su visionario artículo sobre la incorporación de los sectores obreros en el proceso de desarrollo (*Revista Mexicana de Sociología*, año XXVII, núm. 3, 1966). Faletto incursionó, antes que muchos, en un tema que sería central en el pensamiento social latinoamericano, sobre todo a partir de los años setenta: el papel de la clase obrera en el desarrollo de la región. Con Gino Germani y Torcuato di Tella inauguró una veta de investigación que no había sido explorada, desde un ángulo sociológico, en Latinoamérica.

Pese a que el golpe de Estado, encabezado por Augusto Pinochet el 11 de septiembre de 1973, hizo de todo aquel vinculado con las ciencias sociales un enemigo real o potencial del régimen golpista, Faletto nunca pensó salir de Chile. Durante un viaje a México, en junio de ese año, le sorprendió una especie de ensayo militar, previo al golpe decisivo, conocido como el “tancazo”. Se le llamó así por la movilización de tanques de guerra que rodearon al Palacio de La Moneda, la sede presidencial. Dicho movimiento militar puso en alerta a todos aquellos que apoyaban el gobierno democrático de Salvador Allende. La situación del país se deterioraba con rapidez. La polarización de la sociedad chilena crecía día a día. A pesar de ello, e independientemente de todos los riesgos que conllevaba, Enzo permaneció en Chile y fue testigo de la ruptura histórica que el régimen de Pinochet asestó a los chilenos, a su sociedad y a su régimen democrático.

Faletto permaneció en Chile todo el tiempo de la dictadura (1973-1989). No fue un observador pasivo de la realidad lastimosa de ese periodo, sino que fue un personaje activo dentro de esa realidad, pese a la adversidad de las circunstancias. El propio Faletto, en una entrevista, señaló la importancia de “escribir la historia político-intelectual de quienes nos quedamos” (“Enzo Faletto rompe tres décadas de silencio”, *Cuadernos del Cendes*, año 21, núm. 54, enero-mayo de 2004, p. 131).

En efecto, Enzo fue uno de los que desempeñaron un doble papel: sin perder el contacto con los académicos e intelectuales, fuera y dentro del país, también enfrentó el poder espurio de los militares en términos de matizar, negociar la supervivencia de un grupo que, formalmente, dejó de hacer crítica pública a cambio de desarrollar proyectos “inocuos” para la política, aunque relevantes pa-

ra el conocimiento. Sirva de ejemplo, entre otros, el ensayo del propio Faletto sobre la juventud como movimiento social y fuerza de cambio en el contexto latinoamericano (“La juventud como movimiento social en América Latina”, *Revista de la CEPAL*, núm. 29, agosto de 1986, pp. 185-191). No obstante su inclinación ideológica al socialismo, pudo mantener la neutralidad que las condiciones políticas chilenas imponían. Gracias a ello, Faletto fue una especie de bisagra entre aquellos que eran “enemigos” del Estado y éste mismo, lo que no evitó que, en varias ocasiones, tuviera que presentarse ante los organismos de “seguridad” de esa época.

Enzo, de origen historiador, perteneció a la primera generación de estudiantes (1958-1959) de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), organismo creado en 1957 por la UNESCO, y cuya sede se encontraba en Santiago de Chile. Ahí se encontró con el director de la misma, otra de las grandes figuras de las ciencias sociales de la región: José Medina Echavarría (1903-1977). Medina, como tantos, vivió las penalidades de una dictadura, la de Francisco Franco, fuera de su patria: primero en México, donde fue profesor de El Colegio de México, después en la Universidad de Puerto Rico y, a partir de 1952, en Santiago de Chile, donde fue invitado a integrarse a la recién creada Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Con el tiempo, llegaría a ser el director de la División de Programación del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (el ILPES, creado en 1962 como ramificación de la CEPAL), en el que decenas de latinoamericanos fueron formados en la disciplina económica. Raúl Prebisch, Víctor Urquidí, Celso Furtado, Aníbal Pinto, por mencionar unos cuantos, eran algunos de sus colegas.

Como director y profesor de la Flacso, Medina quedó impresionado por el talento de Faletto y no dudó en llevarlo a la CEPAL, para después migrar al ILPES, cuando Enzo concluyó sus estudios de maestría en 1959. Al poco tiempo, ya era uno de sus colaboradores más cercanos. La CEPAL de aquella época (años cincuenta, sesenta) tenía una fuerte orientación “economicista”. Medina y Faletto fueron los primeros pensadores en incursionar en “la interpretación sociológica” para entender con mayor profundidad fenómenos como la acelerada urbanización que la región experimentaba, la industrialización sobre la base de la sustitución de importaciones, las relaciones desiguales de intercambio entre los países “centrales” y “periféricos”, la particularidad de los regímenes políticos, la importancia de las clases medias, la emergencia de los sectores urbanos populares, el análisis de la empresa moderna y la hacienda tradicional, entre otros temas que, con el tiempo, serían analizados en profundidad por decenas de estudiosos de la región.

Entre 1960 y 1962 escribieron lo que vendría a ser una de las primeras aportaciones a la nascente sociología latinoamericana: *El desarrollo social de América Latina en la posguerra* (Buenos Aires, Solar/Hachette, 1963), que fue publicado de manera institucional, omitiéndose, por tanto, el nombre de sus autores. Este documento tiene un conjunto de significados. Por una parte, es una investigación que declara su independencia respecto de la sociología norteamericana que, en esa época, predominaba en la enseñanza y en la poca investigación que se hacía

en América Latina. En este trabajo, la dimensión social y política, relacionada con los factores económicos, proyectaba un análisis distinto al que hasta ese entonces se hacía. Las cifras y el análisis estadístico se acompañaron por una apreciación cualitativa de los fenómenos analizados. No había desprecio por lo cuantitativo pero sí un énfasis novedoso en lo cualitativo.

El análisis económico, sin duda válido, era parcial en la aproximación a la “gran problemática” del desarrollo. En el libro mencionado, la propuesta es “añadir un complemento no menos parcial: el de la interpretación sociológica”. Sin descuidar el rigor metodológico, Medina y Faletto (no puedo confirmarlo pero es posible que un tercer sociólogo contribuyera a la redacción de este texto: Luis Ratinoff) sostenían que en toda interpretación sociológica de carácter macroscópico, la prueba empírica no puede ser en modo alguno concluyente. Sólo cabe pretender que sea más o menos plausible, y esperar que la serie de hipótesis en que se apoya permita más tarde comprobaciones de detalle en investigaciones más concretas y pormenorizadas (*op. cit.*, pp. 7-8).

La novedad del planteamiento en torno al desarrollo social reside en que a partir de una interpretación general, basada en tendencias históricas y complementada por series estadísticas, cuyo objetivo era señalar, distinguir y diferenciar problemas, otra investigación más concreta pudiera poner a prueba en cuanto a las hipótesis en que se sustentara. Por cierto, en este proceso, la influencia que el sociólogo alemán Max Weber ejerció sobre Medina es palpable pues sin hablar de tipos ideales, esa construcción teórico-metodológica del sociólogo alemán, en el libro se utilizan términos como configuraciones predominantes, tipos o modelos.

La siguiente afirmación es reveladora de este punto: al llevarse a cabo la interpretación sociológica “no siempre será posible eludir la exageración de algunos trazos”. En otros términos, los tipos ideales weberianos, que se construyen acentuando los rasgos de un fenómeno, fueron utilizados para captar la rápida urbanización que la región latinoamericana experimentaba, la productividad agrícola que se estacionaba o decaía, la vieja hacienda que no se exponía a los procesos de racionalidad y modernización que los nuevos tiempos exigían (la empresa sustituiría a la hacienda). En breves palabras, éste fue el tipo de análisis que empezó a cambiar la forma de conocer, analizar y explicar los problemas más importantes de América Latina.

Reconocido por Medina, ese joven de 26-27 años de edad fue crucial para impulsar el genuino pensamiento latinoamericano. Si se lee el libro citado, la pluma es de Medina. Si se vuelve a leer, el pensamiento y la interpretación es de ambos. En 1963 Medina escribió otro trabajo fundamental: *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina* (Santiago, CEPAL, 1963) sin la ayuda directa de Enzo, aunque sí acudiendo a su consulta, tal vez porque éste, entre sus gustos, disfrutaba más de la conversa con sus amigos, con un buen vino y muchos cigarros. Le rehuía a las presiones aunque no a las obligaciones. Baste decir que cuando había que cumplir con un plazo, él era el primero en hacerlo. Antes de llegar a los 30, Enzo era ya uno de los pivotes del ILPES y uno de los soportes de Medina Echavarría.

América Latina, pese a los buenos augurios académicos que la rodearon en los sesenta (formación de un número importante de instituciones de enseñanza y de investigación), seguía siendo un campo fértil para las crisis económicas, las asonadas militares y los gobiernos autoritarios. Por lo mismo llegó a Chile, un islote democrático en ese entonces, el joven sociólogo brasileño Fernando Henrique Cardoso, allá por 1964. Unos meses después, Cardoso empezó a circular la primera versión de un documento titulado “El proceso de desarrollo en América Latina: hipótesis para una interpretación sociológica” (ILPES, 1965).

El trabajo se nutría, en buena medida, de lo que Medina y Faletto habían expuesto en los trabajos antes citados, aunque en el mismo se deslizó un término que vendría a replantear el análisis de los problemas de la región: la dependencia. El impacto que tuvo este documento fue enorme, pues su enfoque tenía como base el análisis integrado de los procesos de desarrollo económico y cambio social en la región, sin dejar de considerar los aspectos políticos. Los hechos históricos apuntalaban los argumentos del trabajo y, por lo mismo, ponían en cuestión aquellos análisis que sostenían que el desarrollo tenía lugar por etapas (Walt Rostow, por ejemplo) o aquellos que sostenían que el tránsito ocurriría, casi inevitablemente, del tradicionalismo a la modernización (innumerables autores estadounidenses). Éstos eran enfoques lineales, que seguían una pauta determinada en la que los procesos históricos no tenían cabida.

En 1966 Faletto empezó a colaborar con Cardoso. Casi todas las tardes de ese año discutieron y escribieron, tuvieron acuerdos y desacuerdos, que culminaron con el nacimiento de *Dependencia y desarrollo*. Antes de su publicación, por Siglo XXI, el “mimeo” del trabajo circuló profusamente por toda América Latina, y más allá, redefiniendo la perspectiva del análisis imperante, ya que buscaba articular el desarrollo capitalista en su relación con la dinámica de los sistemas socio-políticos de los distintos países de la región. Este libro se contrapuso a otros trabajos de la época, como los de Gunder Frank y Régis Debray, quienes no tomaban en cuenta la especificidad de la situación latinoamericana y la de sus países. Privilegiaban, en cambio, una concepción predeterminada de los procesos sociales: cualquier situación, de cualquier país podría ser analizada bajo una sola premisa: la historia sin variantes (Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990). Una implicación de lo anterior lo demuestra el frustrado intento revolucionario del Che Guevara en Bolivia.

Las obras de Germani, González Casanova, Medina Echavarría, Cardoso, Faletto, publicadas en los años sesenta sirvieron para cimentar una ciencia social con identidad latinoamericana. No todo vendría de Europa o de Estados Unidos. Empezó la época de un pensamiento original construido desde América Latina, por latinoamericanos, con el fin de lanzar explicaciones tentativas a algunos de los problemas que nos rodeaban y rodean. En términos intelectuales nuestra dependencia disminuyó de manera notable con la emergencia de un pensamiento regional propio.

Las contribuciones de estos autores fueron decisivas para que nosotros, la generación que seguía, pudiéramos investigar sobre bases propias y no tomando

prestada, como solía ser la regla, alguna idea generada en realidades diferentes a las nuestras que, con frecuencia, no contribuían al análisis preciso de nuestra realidad. Por esto, entre otras cosas, hay que reconocer a Faletto. Por su perspicacia, por su agilidad mental, por su sentido común y hasta por su sentido del humor: “cuando mi teoría no encaje con la realidad, peor para la realidad”. Su presencia en el lugar propicio y en el momento requerido coadyuvó en la definición de eso que, genéricamente, llamamos pensamiento latinoamericano.

Tuve el privilegio de conocerlo, de tratarlo, de aprenderle, de compartir muchos momentos con él. Como ser humano era generoso. Como pensador incomparable. Un cigarro en la mano y una idea en la cabeza, como si una cosa fuera prolongación de la otra. Veinte horas al día. El cigarro lo llevó a su extinción física. Sus ideas, sin embargo, estarán rondando siempre a quien se interese en conocer las interpretaciones sociales de esta América Latina. Enzo siguió al pie de la letra un principio del sociólogo argentino Gino Germani: todos tenemos derecho a escribir como máximo 300 páginas. Escribir más no tiene sentido. Germani no lo cumplió. Enzo sí. Pese a la brevedad de su obra, su legado quedará para siempre. Murió siendo profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, en su querido Santiago. Sus alumnos de entonces y los de ahora lo recordarán por siempre ●

Abril de 2005

Víctor L. Urquidi: *in memoriam**

Gerardo M. Bueno**

Quiero comenzar por agradecer esta oportunidad para decir algunas palabras acerca de nuestro querido Víctor frente a su familia y sus amigos cercanos. No es tarea fácil, pues su presencia cada vez nos será más añorada. Su ausencia nos crea, a todos, un vacío difícil de llenar. Como ser humano tuvo una vida ejemplar en muchos sentidos: como esposo, padre, abuelo, hermano y amigo.

Para mí fueron tres los valores que más lo distinguieron, aunque no fueron los únicos: una gran integridad que se manifestaba en todos los terrenos y que hacía que, en Víctor, no cupieran ni los dobleces, ni la aceptación de posiciones acomodaticias; segundo, una gran generosidad que le permitió no sólo apoyar activamente con su tiempo y visión muchas iniciativas que contribuían, de una manera u otra, a mejorar el país, sino también a muchos de sus alumnos y colaboradores a los que él juzgaba con capacidad para alcanzar metas mayores, y, finalmente, una gran dedicación y responsabilidad que se hicieron evidentes en todas las actividades que emprendió.

Fue un hombre que supo marcarse una ruta y seguirla, tareas no fáciles de cumplir y quizá más difíciles de alcanzar en este país nuestro. Virtudes que, además, se encontraban aunadas a una excepcional y sobria inteligencia, la cual, como manifestó recientemente Federico Reyes Heróles, no hacía concesiones ni se plegaba frente a posiciones y actitudes dogmáticas.

Víctor tuvo una vida fecunda. Aunque él gustaba en los últimos tiempos de definirse a sí mismo como un científico social, que siempre lo fue, lo cierto es que también fue, sobre todo, un gran economista. Fue uno de los primeros economistas modernos de México, si no el primero, que contribuyó a examinar los problemas y las políticas económicas nacionales con objetividad, y, al mismo tiempo, con un gran rigor analítico. Sus análisis y recomendaciones nunca estuvieron, como ocurre con cierta frecuencia, distorsionados por consideraciones ideológicas, maniqueístas o de interés personal. Víctor perteneció a una pléyade de economistas latinoamericanos que le marcaron a la región nuevos rumbos. Su nombre se encuentra indisolublemente vinculado a los de Raúl Prebisch y Aldo Ferrer en Argentina, Celso Furtado y Fernando Enrique Cardoso en Brasil, Carlos Massad y

* Palabras pronunciadas en ocasión del sepelio de Víctor L. Urquidi, 25 de agosto de 2004.

** Economista,

Oswaldo Sunkel en Chile, José Antonio Mayobre en Venezuela, Jorge Sol en El Salvador, Enrique Iglesias en Uruguay, entre tantos otros.

Los libros y las publicaciones de Víctor fueron muy numerosos; cubrieron, además, un muy vasto panorama, ocupándose tanto de cuestiones nacionales como internacionales, y no sólo de economía, sino también de demografía, urbanismo, medio ambiente, educación, ciencia y tecnología y relaciones internacionales. Escribió más de 400 artículos y varios libros. No estuvo ausente en muchos de ellos un muy fino humor; su incursión en la antropología con su folleto “Los hijos de Lewis”, por Óscar Sánchez, fue en su época un clásico y en algunos centros académicos continúa siéndolo.

Joven aún, como él mismo lo describió hace muy poco, participó activamente en las discusiones de Bretton Woods y desempeñó un papel nada despreciable en convencer a Keynes de que el Banco Mundial debía ocuparse no sólo de los problemas de la reconstrucción de las economías europeas en la posguerra, sino también de las cuestiones asociadas al financiamiento del proceso de desarrollo en los países que ahora se denominan como “emergentes”. Después, cómo no recordar su activísima participación en el libro publicado por el Banco Mundial y Nacional Financiera en 1953: *El desarrollo económico de México y su capacidad para absorber capital del exterior*, que verdaderamente marcó un hito en la historia del pensamiento económico de México; por primera vez se examinaba de manera rigurosa y con apoyo en un sólido instrumental analítico el proceso de desarrollo económico de México entre 1939 y 1950 y, por primera vez también, se disponía de una contabilidad nacional y de cifras de balanza de pagos. Después, siguió su paso por la Comisión Económica para la América Latina (CEPAL) y sus contribuciones al impulso del programa de integración centroamericano, proyecto que siempre le fue muy caro, y al análisis del desequilibrio externo de la economía mexicana, cuyos resultados fueron juzgados como “comprometedores” por el gobierno mexicano de aquel entonces.

Luego vino una especie de combinación ideal. Un secretario de Hacienda, Antonio Ortiz Mena, con una visión y comprensión de los problemas del desarrollo económico del país, y no sólo de su estabilización, quien se apoyó en un brillante asesor que fue Víctor, el cual, a su vez, se rodeó de un grupo de economistas mexicanos de valía provenientes del Banco de México y de Nacional Financiera. Se hicieron en esa época estudios sobre los ingresos y gastos del sector público y su papel en la economía, y sobre las perspectivas del sector agropecuario y de diferentes ramas del sector industrial que influyeron en las políticas económicas de la época y que, desafortunadamente, no se han vuelto a hacer.

De regreso en El Colegio de México, impulsó, junto con Consuelo Meyer, la creación de las primeras maestrías en economía y en demografía en México y, junto con Gustavo Cabrera y Raúl Benítez Zenteno, la publicación del libro sobre la *Dinámica de la población en México*, que alertó sobre los problemas de carácter demográfico que se cernían —y finalmente cayeron— sobre México y el previsible fin del “milagro mexicano” de aquellos tiempos.

Por esos años el prestigio internacional de Víctor, que desde sus inicios lo tu-

vo, como a mí me consta, se había acrecentado. Las Naciones Unidas lo invitaron a participar, junto con un grupo muy selecto, en la elaboración del Plan Mundial de Ciencia y Tecnología y, luego, del Plan de Acción para la América Latina. He vuelto a leerlos hace poco y, sin duda, continúan teniendo validez; no es fácil explicar por qué continúan relegándose las aplicaciones de la ciencia y la tecnología al desarrollo. Otra activa participación internacional que, de una manera u otra, continuó hasta sus últimos días fue en el Club de Roma, junto con otro distinguido grupo intelectual encabezado por Giovanni Agnelli. Aunque ahora está de moda criticar las previsiones que se hicieron en el primer libro editado por el Club: *Los límites del crecimiento*, lo cierto es que no todas fueron erróneas y que sirvieron para alertar sobre potenciales problemas.

En sus últimos años, Víctor se preocupó, cada vez más, por el deterioro del medio ambiente y produjo un importante libro sobre el tema. Gustaba de decir que desarrollo sin equidad y sin sustentabilidad ambiental no constituía un verdadero desarrollo.

Esta síntesis apretada de las aportaciones intelectuales de Víctor Urquidí, dan cuenta de su compromiso con las mejores causas de México. Pero no fueron las únicas. Permítanme, en una aún más apretada síntesis, enunciar las instituciones que estuvieron marcadas por su paso. El Colegio de México, del cual fue su presidente y después profesor emérito; el Banco de México, donde se encargó de modernizar el Departamento de Estudios Económicos; el Fondo de Cultura Económica, donde durante varios años tuvo a su cargo, junto con Eduardo Suárez y Javier Márquez, la Sección Obras de Economía, la cual permitió a los economistas de habla hispana disponer de textos modernos; *El Trimestre Económico*, también publicado por el Fondo que, en el periodo que fue dirigido por Víctor, alcanzó un gran prestigio, no sólo en el nivel regional, sino también en el internacional. Hubo, posteriormente, otras revistas en México que se beneficiaron del juicio crítico e inteligente de Víctor; entre ellas *Comercio Exterior* y *Este País*.

Entre las instituciones fundadas y creadas por él, dos al menos deben ser nombradas: la sección mexicana del Club de Roma, en la que se discuten cuestiones vinculadas con las perspectivas de desarrollo del país, y el Centro Tepoztlán, que es uno de los pocos, sino el único, *think tank* de México, donde Víctor, junto con otros participantes, nacionales y extranjeros, convocaban al examen objetivo y riguroso de problemas y cuestiones relevantes para la sociedad mexicana y su papel internacional.

Al final, Víctor dejó una marca en todos aquellos con quienes trató: amigos, alumnos, colegas. Yo no he conocido otra persona que haya concitado tanto respeto y reconocimiento.

Afortunadamente, aún en vida, tuvo múltiples reconocimientos: miembro de El Colegio Nacional en 1961 y al cual renunció en 1968; Premio Nacional de Ciencias; Premio Príncipe de Asturias; presidente de la Asociación Internacional de Economistas. Varios gobiernos también lo condecoraron por sus lauros académicos: Francia, Brasil, Inglaterra y Argentina, entre otros.

Hoy estamos reunidos la gente a la cual nos une un gran cariño y afecto por Víctor. Sus más próximos, Sheila, Joaquín, Mariana, Citlalli, Mabiria, Mary y Magda. Para todos ellos y los demás aquí presentes compartir la vida con Víctor no fue sólo motivo de satisfacción, sino un gran privilegio. Es un ejemplo permanente para todos los que lo conocimos.

Joaquín, el otro día recordaba algunas de las coplas de Manrique a la muerte de su padre. Tiene una de ellas, vigencia para nosotros ahora:

¡Qué amigo de sus amigos!
¡Qué señor para sus criados y parientes!
¡Qué enemigo de enemigos!
¡Qué maestro de esforzados y valientes!
¡Qué seso para discretos!
¡Qué León!

Descanse en paz Víctor Urquidi ●

ECONOMÍA POLÍTICA DE LA DEMOCRACIA SOCIAL

Globalización y políticas nacionales

David Ibarra*

En México y América Latina la actividad económica recobra el paso, impulsada por la recuperación de la economía y del comercio mundiales, esto es, por la finalización del receso norteamericano y el desarrollo inusitado de China. Con todo, la región parece perder terreno en el ascenso de largo plazo del producto, de compararse con los países industrializados y con otras naciones en desarrollo. Entre 1980 y 2003, América Latina apenas creció 2.2% anual, contra 2.7% del Primer Mundo y 4.1% de la media de las naciones en desarrollo. La comparación desde luego es desfavorable respecto a las economías emergentes de Asia (6.0%) (véase el cuadro 1).

Cuadro 1. El desarrollo mundial
(Tasas anuales de crecimiento)

	1980-1990	1990-2003
Mundo	3.2	2.6
Países desarrollados	3.2	2.3
Países en desarrollo	3.7	4.4
América Latina	1.6	2.7
México	1.7	2.7
Asia	7.0	6.0

Fuente: CEPAL.

El periodo 1980-2003 es un lapso prolongado en el cual tienen lugar gran parte de los trastornos ocasionados por el grueso de las reformas adaptativas a la globalización. Sin embargo, después de más de 20 años, se constata la prevalencia de tendencias desfavorables al crecimiento, aun en los años 2001-2003, cuando se inicia la fase de auge del ciclo económico mundial (véase el cuadro 2).

En efecto, conforme a estimaciones del Fondo Monetario Internacional,¹ al cierre de 2004, América Latina habrá registrado un ascenso del producto de 4.6% y México otro de 4%, que resultan muy moderados de observarse los de China (9%), los de otros países asiáticos (7%), los de los antiguos miembros de la Unión Soviética (8%) y los de Europa oriental (5.5%).

Pasemos a examinar el sector externo, eje de la nueva estrategia de desarrollo hacia fuera. La corrección del déficit de la balanza de pagos parece situarnos con rezago en el concierto mundial. El conjunto de América Latina ya ha equilibrado sus cuentas externas e incluso ganado pequeños superávits en la

* Economista.

¹ Véase FMI, *World Economic Outlook*, Washington, septiembre de 2004.

Cuadro 2. Países en desarrollo: indicadores macroeconómicos

	<i>Tasa de crecimiento del producto real</i>			<i>Tasa de crecimiento de precios al consumidor</i>			<i>Balanza en cuenta corriente % del producto</i>		
	2002	2003	2004 ^a	2002	2003	2004 ^a	2002	2003	2004 ^a
América Latina	-0.1	1.8	4.6	9.0	10.6	6.5	-1.0	0.3	0.5
Mercosur	-0.9	2.0	4.8	11.3	13.5	5.8	0.1	1.6	1.1
Argentina	-10.9	8.8	7.0	25.9	13.4	4.8	9.0	6.2	1.1
Brasil	1.9	-0.2	4.0	8.4	14.8	6.6	-1.7	0.8	1.2
Región andina	0.1	1.6	5.8	9.1	10.2	8.4	1.4	2.7	4.7
Venezuela	-8.9	-7.6	12.1	22.4	31.1	23.7	7.9	11.3	13.5
México, Centroamérica y Caribe	1.2	1.6	3.6	5.2	5.9	6.7	-2.7	-1.8	-1.6
México	0.8	1.3	4.0	5.0	4.5	4.4	-2.2	-1.5	-1.2
Centroamérica	2.3	3.2	3.3	6.3	5.9	6.5	-4.9	-5.2	-5.2
Europa	4.3	4.5	5.5	15.3	9.5	7.1	-3.3	-4.1	-4.3
Turquía	7.9	5.8	7.0	45.0	25.3	11.4	-0.8	-2.9	-4.0
Báltico	6.8	7.7	6.6	1.5	0.6	2.6	-6.7	-8.8	-8.7
Europa central	2.1	3.5	4.8	2.8	2.2	4.5	-4.1	-3.9	-3.8
Europa oriental y del sur	4.6	4.3	4.8	16.1	10.7	9.3	-4.0	-6.2	-5.8
Países de la antigua Unión Soviética	5.4	7.9	8.0	13.8	12.0	9.9	7.0	6.4	8.3
Rusia	4.7	7.3	7.3	15.8	13.7	10.3	8.9	8.3	9.9
África	3.5	4.3	4.5	9.7	10.3	8.4	-1.5	-0.1	0.4
Sudáfrica	3.6	1.9	2.6	9.2	5.8	2.6	0.6	-0.6	-2.0
Asia	6.4	7.2	7.3	1.9	2.5	4.3	3.8	4.4	3.6
China	8.3	9.1	9.0	-0.8	1.2	4.0	2.8	3.2	2.4
Sur de Asia	4.9	6.9	6.2	4.2	3.9	4.9	1.3	1.3	0.3
Sur-Oriente	4.3	5.1	5.5	5.8	4.0	4.7	5.8	6.1	5.0
Países de industrialización reciente	5.0	3.0	5.5	0.9	1.4	2.4	5.8	7.6	6.8

Fuente: Fondo Monetario Internacional.

^a Estimaciones.

cuenta corriente de la balanza de pagos desde 2002. En contraste, México al término del año en curso registrará un déficit comercial de 10 000 millones de dólares y otro en cuenta corriente superior a los 9 000 millones (1.5% del producto). La apertura comercial ha inducido la reestructuración interna, la destrucción de encadenamientos industriales y la explosión de las importaciones. Ello ha transformado en enclave al sector exportador y debilitado la relación entre ventas foráneas y desarrollo. Con todo, la situación descrita parece particularmente anómala por cuanto se da frente a hechos excepcionalmente favorables: precios elevados del petróleo, ascenso de las remesas de emigrantes (14 000 millones de dólares) y recuperación de la economía norteamericana. Más aún, la posición de desventaja en la balanza de pagos no se limita a los países de la región latinoamericana, lo mismo ocurre respecto a los cuatro tigres asiáticos (superávit en la cuenta corriente de 6.8% del producto), China (2.4%), Sur-oriente asiático (5%), los antiguos miembros de la Unión Soviética (8.3%).

Por lo demás, América Latina cede participación

en las exportaciones mundiales. Entre 2001 y 2003, las ventas regionales subieron a razón de 4.6% anual, menos que el promedio planetario (6.3%), pero sustantivamente por abajo del conjunto de los países en desarrollo (20%) (véase el cuadro 3).² En México, después del impacto inicial de la liberación comercial y del Tratado de Libre Comercio de América del Norte —cuando las exportaciones, entre 1990 y 1997, crecieron al 22% anual— su ritmo ha tendido a descender hasta situarse apenas en 1.4% por año (en 2001-2003). Puesto en otros términos: se desvanece el impulso exportador del libre comercio que llevó a acrecentar la participación mexicana en ese comercio mundial de menos de 1% a 2.2% entre 1990 y 2003.³

Esa última cuestión no deja de plantear graves interrogantes. México quizá comience a quedar perma-

² Véase CEPAL, *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 2004.

³ Por vía de comparación en esos mismos años, el peso de China pasó de 1.8 a 6.0% del comercio exportador, acercándose al de Japón (6.5%) y al de Estados Unidos (10%).

Cuadro 3. Exportaciones
(Miles de millones de dólares)

	Participación		Participación		Participación		Tasas de crecimiento		
	2001	(%)	2002	(%)	2003	(%)	2001	2002	2003
Mundo	6 128	100.0	6 385	100.0	7 393	100.0	-3.7	4.2	15.8
Países industrializados	3 872	63.1	3 984	62.4	4 555	61.6	-3.2	2.9	14.3
Estados Unidos	731	11.9	694	10.9	725	9.8	-6.4	-5.1	4.4
Europa	2 363	38.6	2 504	39.2	2 951	39.9	0.6	5.9	17.8
Japón	403	6.6	417	6.5	472	6.4	-15.9	3.5	13.2
Países en desarrollo	2 256	36.8	2 401	37.6	2 836	38.4	-4.6	6.5	18.1
África	119	1.9	121	1.9	148	2.2	-5.8	1.4	22.1
Asia	2 219	36.2	2 421	37.9	2 874	38.9	-6.9	9.1	18.7
Asia en desarrollo	1 183	19.3	1 279	20.0	1 519	20.6	-6.6	8.1	18.8
Asia oriental y suroriental	1 036	16.9	1 142	17.9	1 355	18.3	-7.1	10.3	18.6
China	266	4.3	326	5.1	438	5.9	6.8	22.6	34.5
América Latina	356	5.8	358	5.6	388	5.3	-4.1	0.6	8.3
Europa central y oriental	358	5.8	393	6.2	503	6.8	5.4	9.6	28.0

Fuente: CEPAL, *Panorama de la inserción internacional*, Santiago de Chile, 2004.

mentemente rezagado en el proceso de globalización que tienden a desplazar las fabricaciones del Primero al Tercer Mundo y a formar redes integradas de producción y comercio que, al cristalizar, determinarán la nueva división internacional del trabajo. Obsérvese aquí que la integración económica mundial descansa en más de 65 000 empresas transnacionales, con cerca de 900 000 filiales, que trascienden los espacios nacionales y resultan los principales beneficiarios y promotores de la globalización y de la revolución tecnológica de nuestros días. La competencia global no es la de los libros de texto con multitud de pequeños oferentes incapaces de influir individualmente en la determinación de los precios; por el contrario, es típicamente oligopolística, entre grandes consorcios integrados con planificación de operaciones a escala universal. Por eso, los países especializados en operaciones simples de ensamblaje, en ofrecer mano de obra de bajas calificaciones —como México— quedarán segregados de las actividades de mayor valor agregado y, desde luego, de participar activamente en la revolución tecnológica mundial. La descentralización de los centros de investigación y desarrollo hacia los países periféricos, ya parecen eludir en alto grado a nuestro país.

Si en materia de crecimiento y comercio exterior América Latina va a la zaga, tiene algún liderazgo mundial en el combate a la inflación. De un nivel inflacionario promedio de 196% anual en el periodo 1986-1995, se habrá reducido a poco más de 6.5% al finalizar 2004. Las tendencias deflacionarias persisten como lo demuestra que, en 2003, el alza estimada de

precios fuese 27% inferior a la de 2002, pese al repunte reciente de los precios internacionales de productos de uso difundido (energéticos, acero, cobre). Por su lado, México alcanzará una inflación de 4.4% al término de 2004, que lo distingue en América Latina y en buena parte del mundo (véase de nuevo el cuadro 2). Desde luego, hay países con inflaciones aún menores, sobre todo en el Primer Mundo (1.7%) y en bastantes países asiáticos que han sabido combinar estabilidad de precios con desarrollo.

Como parte del combate a la inflación, los países latinoamericanos han concentrado esfuerzos y voluntad política en equilibrar las finanzas públicas. Entre 1987 y 2004 el déficit promedio cayó de 6 a 2% del producto, y el de México de 17% a poco más de 1%. La disciplina fiscal se ha venido imponiendo particularmente entre las naciones de la región; en cambio, el Primer Mundo mantiene sus desequilibrios fiscales alrededor de 3% del producto desde la década de los ochenta, con una tendencia creciente que se manifiesta en Japón, Estados Unidos y en algunos países europeos (véase el cuadro 4).

De otro lado, los excepcionales montos de inversión extranjera que se movilizaron en la década de los noventa, han comenzado a ceder y a cambiar de destino. En cuanto a lo primero, influye la formación y consolidación de las redes transnacionales —que dieron origen a la fiebre de fusiones y adquisiciones—; la terminación de la oleada de privatizaciones o extranjerización de empresas públicas y privadas de muchos países en desarrollo; el receso de las economías industriales entre 2001 y 2003. En relación

Cuadro 4. Balance fiscal de los gobiernos centrales
(Porcentaje del producto)

Países	1987	1990	1995	2000	2003	2004 ^a
Industrializados	-3.2	-2.7	-3.4	-0.2	-2.9	-3.2
Estados Unidos	-3.3	-2.9	-2.3	2.0	-3.3	-4.0
Unión Europea	-3.8	-3.5	-4.4	-0.4	-2.3	-2.2
Japón	-2.2	-0.5	-4.4	-6.9	-6.8	-6.5
En desarrollo	-5.8	-3.1	-2.5	-2.9	-2.8	-2.2
América Latina	-6.0	-0.3	0.2	-2.4	-3.1	-2.1
Asia	-3.9	-2.6	-2.1	-4.4	-3.6	-3.2
África	-6.0	-3.3	-2.0	-1.3	-1.5	-0.8

Fuente: Fondo Monetario Internacional.

^a Estimaciones.

con lo segundo, vienen influyendo dos hechos relevantes: el temor a la corrección de las enormes desalineaciones cambiarias entre el dólar, el yen, el euro y otras monedas, y las respuestas diferenciales de los países en cuanto a lograr la expansión sostenida de sus mercados internos y de sus exportaciones. Son estos últimos elementos dinámicos, junto al tamaño del mercado, los que verdaderamente atraen la inversión extranjera directa, mucho más que las ventajas impositivas, la perfección del régimen de derechos de propiedad u otras características frecuentemente subrayadas. El hecho de que China recibiera inversiones foráneas en 2004 por alrededor de 50 000 millones de dólares (cinco veces las de México) parece comprobar la tesis mencionada.

La inversión extranjera directa en todo el mundo alcanzó 1.1 millones de millones de dólares en 1999 para bajar a 660 miles de millones en 2003 (39% de contracción). En América Latina, la disminución de los flujos fue mayor (40%); en México ha caído menos (19%), pero la inversión nueva (distinta de la reinversión de utilidades y las cuentas entre matriz y filiales) apenas representa 23% de las cantidades contabilizadas. Situación distinta prevalece entre los países asiáticos, donde la contracción de la inversión extranjera fue de 19% (véase el cuadro 5). Por las razones estructurales anotadas, la inversión extranjera directa poco a poco abandonará el papel protagónico que desempeñó en la segunda mitad de la década de los noventa en el financiamiento mundial al desarrollo, llegando incluso a compensar las caídas en los créditos bancarios y en las inversiones de cartera. Por tanto, habrá que buscar nuevos diseños en la arquitectura del sistema financiero internacional para atender necesidades apremiantes de los países rezagados o éstos tendrán que depender mucho más del ahorro propio y de generar excedentes en el co-

mercio internacional. Obsérvese ya que los préstamos bancarios siguen deteriorados, la ayuda oficial de los gobiernos no alcanza montos verdaderamente significativos y la colocación de bonos beneficia a un grupo pequeño de países en desarrollo.⁴

Más aún, el mundo en desarrollo se convierte en exportador neto de capitales, como lo prueba su acumulación de reservas internacionales que ya suma alrededor de las dos terceras partes del total mundial. La transferencia neta de recursos a América Latina, también se ha tornado negativa (ayuda oficial, crédito bancario, colocación de bonos, inversión extranjera directa, etc.) al exceder los pagos de utilidades e intereses a los ingresos de capitales⁵ (véase el cuadro 6).

En conclusión, la disparidad en los resultados económicos de América Latina y México, respecto a otras zonas del mundo, parecen derivar no tanto del fenómeno intrínseco de la globalización, cuanto de los diferentes objetivos sociales que se han propuesto alcanzar los gobiernos y de la orientación de las políticas públicas.

Nuestra región tomó al pie de la letra los dictados del Consenso de Washington: estabilidad de precios, como meta social indisputada; apertura sin reconversión productiva; desregulación, privatización de empresas estatales y desmantelamiento de las instituciones públicas. Toda la confianza se puso en la sabiduría del mercado, en la pasividad del Estado, en la resistencia de la población para absorber sin queja los costos de la globalización. En franco contraste, buen número de países asiáticos o europeos apostaron al desarrollo económico, a fortalecer deliberadamente la penetración de mercados foráneos con estrategias estatales activistas en lo industrial y financiero, con diseños innovadores —pero apegados a su historia— en el cambio institucional, con mecanismos sociales de colaboración entre empresarios, trabajadores y gobiernos.

No es posible o viable regresar a estrategias obsoletas de desarrollo, centradas en el proteccionismo, la planificación, el combate prioritario a las fallas de mercado que abogaban por la soberanía económica

⁴ Véanse CEPAL, *Desarrollo productivo en economías abiertas*, San Juan de Puerto Rico, 2004; D. Ibarra y J. Moreno-Brid, *La inversión extranjera*, Doc. LC/Mex/L.599 México, CEPAL, 2004; Secretaría de Economía, Dirección General de Inversión Extranjera (2004), *Inversión extranjera directa en México*, México, 2004; UNCTAD (varios números), *World Investment Report*, Ginebra.

⁵ Véase CEPAL, *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*, Santiago de Chile, 2003.

Cuadro 5. Distribución regional de las entradas netas de inversión extranjera directa en el mundo, 1991-2003
(En miles de millones de dólares)

	1991-1996 ^a	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003 ^b
Total mundial	254.3	481.9	686.1	1 079.0	1 393.0	823.8	651.1	659.9
Países desarrollados	154.6	269.7	472.3	824.6	1 120.5	589.4	460.3	467.0
Estados Unidos	46.8	103.4	174.4	283.4	314.0	144.0	30.0	86.6
Japón	0.9	3.2	3.2	12.7	8.3	6.2	9.3	7.5
Unión Europea	87.6	127.9	249.9	475.5	683.9	389.4	374.4	341.8
Otros	19.3	35.2	44.8	98.0	114.3	49.8	46.6	31.1
Países en desarrollo	91.5	193.2	191.3	229.3	246.1	209.4	162.1	162.6
África	4.8	10.7	9.0	12.3	8.5	18.8	11.0	9.5
América Latina y el Caribe ^c	27.2	73.4	82.2	108.4	95.5	83.8	56.1	65.0
Asia y el Pacífico	59.5	109.1	100.1	108.6	142.1	106.8	95.0	88.1
Economías en transición	8.2	19.0	22.5	25.1	26.4	25.0	28.7	30.3

Fuente: CEPAL y Fondo Monetario Internacional.

^a Promedios anuales.

^b Cifras preliminares.

^c Están incluidos los centros financieros del Caribe.

nacional, el papel dominante del Estado, el empleo interno y los equilibrios distributivos. Tampoco se podrían tomar, acriticamente, las fórmulas de impulso al desarrollo cuya columna vertebral reside en la liberación económica, la desregulación, la privatización, el combate a las fallas del Estado que abogan por la aceptación de la interdependencia cosmopolita, el predominio de los mercados, la eficiencia, los derechos económicos individuales, cuando se imponen ademocráticamente y dentro de sistemas institucionales diseñados con otros propósitos.

Traducir cualquier cambio estratégico planteado en términos más o menos abstractos en medidas concretas de política, necesita validarse con referencia

Cuadro 6. América Latina:
transferencia neta de recursos
(Miles de millones de dólares)

Año	Ingreso neto de capitales	Pagos netos de utilidades e intereses	Transferencia neta de recursos
1993	66.5	34.9	31.6
1994	47.1	36.1	11.0
1995	61.1	40.8	20.3
1996	65.0	43.2	21.8
1997	80.7	48.3	32.4
1998	78.3	50.4	27.9
1999	49.1	51.6	-2.5
2000	53.4	53.1	0.3
2001	52.6	55.2	-2.6
2002	10.6	50.8	-40.2
2003	25.8	54.8	-29.0

Fuente: CEPAL, *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*, 2003.

obligada al contexto específico del país al que ha de aplicarse y a la idoneidad de sus instituciones para encauzarlo apropiadamente, sobre todo cuando entraña mudanzas de envergadura, como ocurre en México y América Latina.⁶ Ésa es la tarea que no se ha abordado ni comprendido en la instrumentación de los cambios de México y América Latina a la liberación de mercados. Todo se ha hecho sin intentos innovativos serios en la transición adaptativa, siguiendo los pasos y las recetas de países con un grado de desarrollo y una estructura institucional muy distinta. Por eso, la comparación de resultados con otras naciones más afortunadas salta a la vista y nos coloca en la provincia de los rezagados de la globalización por falta de iniciativa privada y gubernamental en lo que hace al crecimiento, aunque vayamos en los primeros lugares en materia de estabilidad de precios y, para descrédito nacional, también en la difusión de la pobreza. Si socialmente es inaceptable renunciar al crecimiento o a la estabilidad, en el futuro habrá que aprender a combinarlos con mayor sabiduría ●

16 de noviembre de 2004

⁶ Véase D. Rodrik, *Growth Strategies*, Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, Working Paper 10050, 2004; CEPAL *Globalización y desarrollo*, Bogotá, Alfaomega, 2003; J. Stiglitz, *Towards a New Paradigm in Development Strategies: Strategies, Policies and Processes*, Prebisch Lecture at UNCTAD, Ginebra, 1991.

PALABRA POR PALABRA

Comunicar y engañar

Renward García Medrano*

Ser hombre es iluminar, clarificar,
hacer claridad sobre las cosas.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

El episodio bíblico de Babel ha sido un referente para filósofos y estudiosos del lenguaje, quizá porque en unas cuantas palabras se expresan las relaciones del lenguaje, el conocimiento y el poder. Jehová, contrariado, indignado y quizá preocupado porque “el pueblo es uno, y todos éstos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer (una torre que tocara el cielo)”, tomó una decisión terrible: “descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero” (Génesis 11).

El lenguaje, la capacidad de entenderse, intercambiar experiencias y crear conocimientos había sido un medio del hombre para alcanzar el cielo e igualar a Jehová: una insolencia equiparable a la de comer una manzana del árbol de la ciencia del bien y del mal. El pensamiento permite al hombre conocerse a sí mismo, a los otros y al mundo, y transformarlos; es el recurso que lo aparta de la fatalidad genética. Y como el lenguaje —signos codificados con cierta lógica— es requisito y resultado del pensamiento, Jehová no tuvo más remedio que “confundir la lengua” de los hombres. Y lo consiguió: el hombre no se ha igualado a Jehová, quizá

porque éste metió en el barro la semilla de la exclusión.

Como el pensamiento y el conocimiento, el lenguaje es poder, y el poder exagera las pasiones. Una es la lengua de las élites y otra la de la chusma; aquéllas utilizan las palabras para diferenciarse de los demás y someterlos; los marginados inventan variadísimas formas de caló para pasar inadvertidos, para eludir la arbitrariedad del poder y al poder mismo. Cada gremio tiene un dialecto propio, desde los herreros del feudalismo hasta los informáticos de nuestros días, y cada disciplina del conocimiento tiene el suyo: la filosofía, el derecho, la biología, las matemáticas, la economía. El lenguaje técnico facilita la comunicación entre los especialistas, aumenta la precisión de las ideas y reduce el tiempo para su intercambio. Pero no es un recurso de comunicación general, y eso lo saben o deberían saberlo los especialistas reales y, sobre todo, los simuladores. Quienes conocen y comprenden una disciplina científica hablan a los demás en términos comprensibles, incluso pedagógicos, como John Kenneth Galbraith, Isaac Asimov o Stephen Hawking.

* Periodista.

El uso de términos técnicos y científicos fuera de la academia revela, en el mejor de los casos, una severa incompetencia comunicativa; en el peor, un interés de manipulación (mercadotecnia) y de diferenciación aristocratizante (falsos intelectuales). La mercadotecnia utiliza palabras y expresiones incomprensibles (una crema dental que contiene fluoruro y 0.3% de triclosano) porque no pretende explicar las características del producto sino abrumar al consumidor potencial y forzarlo a comprar. El político no busca informar cómo resolvería los problemas de la cosa pública —a menudo no lo sabe—, sino mover las emociones de los votantes. El cortesano dosifica la facha de “experto” con la práctica de la adulación, a veces en formas grotescas y en otras por medios más refinados. Es así como las palabras no se usan para comunicar, sino para excluir y abusar, para aislar, para engañar.

La gran pregunta sobre el lenguaje es para qué lo

queremos usar. ¿Para profundizar la obsesión de consumir? ¿Para “vender” al mundo el pretexto de la “guerra contra el terrorismo”? ¿Para engañar, desorientar, impresionar, brillar, estorbar; para introducirse y permanecer en una élite prestigiosa? ¿Para cobrar por lo que parece que sabemos? Por fortuna hay quienes quieren usar el lenguaje para comunicar, enseñar, preguntar, informar. Hay quienes lo utilizan para la democracia, no para el engaño.

En estas páginas reflexionaremos sobre el lenguaje y procuraremos mostrar algunas de las más frecuentes formas de manipular con las palabras, así como los vicios más generalizados de su uso: muletillas, extranjerismos, barbarismos y tecnicismos, que son afecciones altamente contagiosas. Su erradicación requiere, como la de toda dependencia mórbida, que quien la padece lo admita y tome la decisión de liberarse de ese mal ●

N

Mi memoria de Juan Rulfo

Anamari Gomís*

o voy a abordar la obra rulfiana: dos maravillosos libros breves incrustados desde su publicación en la grandiosidad literaria. Todos sabemos que México no es México sin Rulfo.

El llano en llamas y *Pedro Páramo* representan, mediante la transmutación del lenguaje, a las tierras olvidadas del México agrario, a la miseria campesina y a su infierno. El México del siglo XX nació del parto adolorido de la Revolución y pasó de largo por Comala, el *topos* más relevante de nuestra literatura. Mi propósito en estas líneas reside nada más en recuperar mi memoria de Juan Rulfo, a quien conocí ha mucho, durante el tiempo en que me desempeñé como becaria del Centro Mexicano de Escritores, por allí de principios de la década de los setenta.

Cada miércoles por la tarde, durante un año completo, acudía yo a las sesiones del Centro presididas por Francisco Monterde, Juan Rulfo y Salvador Elizondo. Fue en aquella época que mi amistad con Elizondo y Paulina Lavista, su esposa, se intensificó y se volvió un hermanazgo feliz. Al margen de eso, Salvador Elizondo siempre ha sido y será mi maestro de maestros. En ese entonces yo escribía una novela que nunca publiqué y que se titulaba *Bailando con mi perro*. Juan Rulfo siempre festejó aquella escritura o así lo quiero recordar ahora. Me aconsejaba que me centrara más en la vida de los españoles republicanos en México, cosa que no hice hasta mucho más tarde, en mi novela *Ya sabes mi paradero*. Elizondo, sin embargo, era más severo conmigo. Pienso que a lo mejor Rulfo y Elizondo, respectivamente, funcionaban como “el policía bueno y el policía malo” de los *thrillers* americanos. Como sea, haberlos escuchado a ambos hablar de asuntos puramente literarios fue una experiencia privilegiada.

Don Francisco Monterde cerraba las juntas, no sin antes ajustarnos las formas del idioma a los que habíamos obtenido la beca, con la pretensión de convertirnos en escritores. Sus aportaciones nacían de un gran conocimiento de la lengua castellana. Sin mayor contrarie-

* Escritora.

dad, marchó mi año en el Centro Mexicano de Escritores, que entonces presidía el historiador Felipe García Beraza. Los asuntos administrativos los resolvía desde entonces Martha Domínguez, lumbre y fuerza del CME, y quien no hace mucho publicó un diccionario de becarios del Centro, institución fundamental en la formación de varias generaciones de escritores mexicanos. El caso es que en la última sesión de la camada de becarios que me incluía, me tocaba leer uno de los postreros capítulos de *Bailando con mi perro*. No leíamos todos cada vez sino de dos a tres becarios por reunión. Esa tarde llegué retrasada, a lo mejor llovía a torres y a lo mejor nada más mostré uno de mis grandes defectos: mi desavenencia con los relojes. Cuando entré a la casona de la colonia del Valle, todos se encontraban ya sentados a la mesa. Ocupé expedita mi lugar, siempre frente a Juan Rulfo, y a la derecha de Elizondo, y comencé a leer apurada y nerviosa. Durante mi lectura, mientras levantaba la vista para ponerme a recaudo de mi propia escritura, descubrí que Rulfo estaba enfurruñado y le percibí un ánimo más bien desapacible. Fumaba un cigarrillo tras otro, con un encorvamiento muy suyo. Continué mi lectura hasta terminarla, algo inquieta por escuchar la opinión de los ocupantes del salón. Primero me criticaron mis compañeros becarios, que eran implacables. Después Salvador Elizondo tomó su turno y aprovechó para reprenderme por mi filiación literaria con los escritores de la onda y aun por mi amistad con alguno de ellos. La onda, como escritura, simplemente no le gustaba, y la culpaba de mis influjos literarios. Supongo que algo habría de cierto y que veces remedaba yo a José Agustín o a Gustavo Sáinz. Elizondo reveló aquello sin maldad alguna, pero fue como si hubiese detonado un arma mortífera, porque Rulfo enfureció y no le permitió a Elizondo terminar su perorata contra los onderos. Lo interrumpió de un puñetazo en la mesa, y me dijo a mí, de manera contundente: “Anamari, si ésas son sus influencias, mire lo que voy a hacer con las copias de su texto...”. Intentó el maestro Rulfo desgarrarlas, pero se trataba de copias xerox de aquellos remotos años, persistentes ante embates iracundos, aunque la tinta se borraba con facilidad. De todas formas, Juan Rulfo luchó con la posibilidad de rasgar las hojas, entretanto nos advertía a todos que la literatura mexicana parecía una carreta atascada en el lodo por culpa de los escritores de la onda. Lo cierto es que Gustavo Sáinz había declarado alguna vez, con lujo de perversión e injusticia, que *Pedro Páramo* se había deslizado por la inspección perfeccionista del poeta Alí Chumacero, de tal manera que Chumacero se imponía como el verdadero hacedor de la deslumbrante novela de la que hoy festejamos su medio siglo de vida. Nada más equivocado. El único padre de *Pedro Páramo* fue el talentoso de Juan Rulfo. Durante esos álgidos minutos, yo, que apenas tenía veinte años, no sabía cómo reaccionar: si llorar amargamente, si hacer un airado mutis o si intentar calmar las aguas, que sin duda era lo más difícil y también lo más apropiado. Entonces proferí una frase muy ingenua pero eficaz: “Maestro Rulfo, yo ignoro cuáles son mis influencias, pero me gustaría que fuesen las de James Joyce y las de Juan Rulfo”. Rulfo me atendió y luego se hundió en un súbito y abismal silencio. La sesión llegaba así a su fin, por lo menos en mi memoria, porque he olvidado si después intervino Francisco Monterde, como debería haber ocurrido.

Del Centro Mexicano de Escritores me dirigí en mi coche a la casa de Salvador y de Paulina. Me acompañaba uno de los becarios, quien con el tiempo abandonó la escritura por la escultura. Antes de montarnos en mi volkswagen, mi compañero becario guardó dos bolsas de papel de estraza en mi cajuela, así que con ellas y con mi desazón a cuestras aborramos las calles defeñas, hacía la colonia Condesa.

En aquella época, Salvador Elizondo y Paulina vivían frente al parque México, en un precioso edificio *art nouveau*. Muchas de las mejores fotografías que Paulina ha capturado de Elizondo ocurren en aquel departamento, frente a los árboles. Al poco rato de haber llegado, mientras le contábamos a Paulina de los momentos de tirantez que habíamos pasado con nuestro tutor, increíblemente arrebatado, tocaron a la puerta. Era ni más ni menos que Juan Rulfo y venía a ofrecerme sus caballerosas disculpas. He olvidado los pormenores de aquella escena. Recuerdo, sin embargo, la infinita vergüenza que sentí. Con veinte años, me daba cuenta que Rulfo me había usado de *punching bag*, que su exabrupto no se disparó por algo en contra mía. Después de todo, yo estaba acostumbrada al autoritarismo paterno, así que me sometía, más o menos, a los regaños, aunque resultaran exagerados. ¿Cómo podía entonces Juan Rulfo excusarse conmigo en el largo pasillo que unía los dos departamentos de Salvador y Paulina, iluminados o sombreados, según la hora, por la atmósfera vegetal del parque México?

Concretado el peculiar percance, no me acuerdo ya de lo sucedido inmediatamente después. Elizondo o Paulina impusieron algún tema de conversación, me imagino. Al poco rato, mi compañero de beca y yo nos encargábamos de llevar al maestro Rulfo a su casa de San José Insurgentes. Antes de montarnos en mi coche, mi amigo me había hecho una confesión que me desestabilizó: las dos bolsas guardadas en la cajuela contenían marihuana. Yo estuve a punto de huir, de internarme en el parque México, lejos de la presencia del gran escritor, ajena a las yerbas enervantes de mi acompañante. Al final decidí no conducir y sentarme en el asiento de atrás, como si así me librara de futuros contratiempos. El dueño de los bultos cogió muy decidido el volante y arrancamos. Durante el trayecto, nuestro tutor, ajeno al equipaje que transportábamos, fumaba casi mudo y apesadumbrado, distanciado de sí mismo, del genial Rulfo que había escrito dos libros perfectos. Yo sólo quería llegar a mi casa y sepultar aquella tarde que no he podido olvidar jamás.

Mi siguiente aventura con el creador de *Pedro Páramo* se originó cuando lo invité formalmente a cenar a la casa, en compañía de Salvador Elizondo y de Paulina Lavista y de dos queridos amigos. Vivía ya con Salvador de Lara, mi marido, y con nuestra perra Guinea, un pastor inglés que le hincó los dientes a los libros de autores mexicanos cuyos apellidos empezaran con la letra F. El estante donde situé las obras de Joaquín Fernández de Lizardi, de Carlos Fuentes y de Sergio Fernández, entre otros, le quedaban a Guinea a la altura exacta de su hocico, por lo que los sometió a su canina y equivocada crítica.

Poco antes de la hora acordada con los invitados, me trepé a mi volkswagen con Pati, la chica que nos ayudaba en las dificultosas labores domésticas, y conduje a toda prisa hacia el supermercado. Creo que se me habían olvidado las lechugas. Las compramos. De nuevo dentro del auto, un coche se estrelló contra la parte trasera de mi vehículo. Pati, del empujón, se dio un tope en la frente con el parabrisas. En cuanto regresamos a la casa, le telefoneé a un amigo neurólogo y puse a Pati en reposo dentro de mi habitación, lugar donde se encontraba el único baño de donde vivíamos. A poco arribaron los conspicuos convidados. De aquella cena tres hechos todavía reverberan en mi memoria: los comentarios de Elizondo acerca del personaje que descansaba en mi cama, la visita a deshoras del neurólogo y *last but not least* que Guinea se trepó en el sillón junto al maestro Rulfo y se orinó ante las estupefacción de todos, en especial la del genial autor de "Luvina". Luego de ese incidente un pozo profundo y oscuro obstaculiza mi recuerdo.

A partir de entonces, mi marido y yo, junto con nuestra amiga argentina Graciela Carminatti y diferentes concurrentes cada vez, empezamos a reunirnos con Juan Rulfo todos los jueves. Eran tardes de mucho café, coca-cola y luminosos monólogos del maestro Rulfo. Su pasión literaria la volcaba en su profuso conocimiento de escritores estadounidenses, brasileños y europeos orientales. Le gustaba muchísimo la obra, también reducida pero notable, de Guimarães Rosa. Rulfo nos contaba de su casa de campo y de los fértiles árboles frutales que, en agravio de Luvina, se robustecían cada fin de semana; nos contaba de sus hijos, mientras echaba humo de cigarrillo y hablaba hacia adentro, como si silbara al revés, con la cabeza de lado, haciendo evidente el desapego que mantenía con su grandiosidad literaria. Escribo esto y lo veo de nuevo: la imagen de Rulfo, su rostro marcado de quién sabe qué intensidades, su mirada punzante. Durante esas tardes extraordinarias, en las que preguntábamos muchas cosas a Rulfo, sólo existía una prohibición tácita: la de nunca hablar de Rulfo ni de inquirir sobre Rulfo. Esa cordillera era infranqueable.

Un buen día mi marido y yo nos fuimos a estudiar el posgrado a la Universidad de Nueva York. Pensábamos que los jueves con Rulfo se reanudarían a nuestro regreso, porque también creíamos que la vida era larga. Durante unas vacaciones en el D.F., en la difunta librería El Ágora, nos topamos una mañana decembrina con Juan Rulfo. Nos interrogó a boca de jarro, detrás de una estantería:

—¿Dónde viven ahora?

—En la ciudad Nueva York, maestro, contestamos los dos.

— ¡Ah!, dijo Rulfo, allí sopla mucho viento.

Fue la última vez que conversamos con él. Con frecuencia recordamos Salvador y yo aquella grisácea mañana cuyo color era así más por el smog que por el frío. Puedo jurar que con ese recuerdo se suelta un aire rulfiano, que silba hacia adentro, deja escapar una bocanada de humo y siempre nos regresa a los años de plena juventud y a la presencia generosa del creador de *Pedro Páramo*, quien nos legó a todos los mexicanos nuestra herencia literaria y con quien tomé café todos los jueves por la tarde durante memorables años de mi vida ●

La guerra no puede ser tan perversa

Antonio Franco*

En este texto intentaré desempolvar algunos recuerdos de mi *andar* relacionado con el mundo de la guerra de Vietnam, y contaré algo de lo que Chele y yo pudimos ver en nuestro reciente viaje a este país del sureste asiático.

Más correcto sería decir, la última guerra de Vietnam por su independencia, recordando que los vietnamitas han tenido que hacer muchas guerras defensivas. Tres de ellas, las finales y prácticamente por el mismo objetivo, los enfrentó a la ocupación nipona, al regreso de los franceses y al relevo o intromisión hecho por las fuerzas armadas de Estados Unidos. De tal suerte, que decir la guerra de Vietnam es mencionar la conflagración que terminó en 1975, abarcando también a Laos y Camboya, y que comenzó, según se quiera, en 1940 o en 1955.

Si partimos de 1940, se amplía la barbarie y el número de invasores y usurpadores del pequeño universo vietnamita, y crecen la lucha y los sacrificios de un pueblo decidido a trazar su destino. Así, el territorio y los seres que dejaron de ser ignotos, la sagacidad militar y el genio diplomático, la dirección combinada del Tío Ho y el comandante Giap, el patriotismo y la cohesión de los vietnamitas, la solidaridad internacional y los pacifistas, muestran mayor evidencia de ser la suma de componentes que expulsó de Vietnam las viejas y renovadas redes del colonialismo, dejando de paso descubiertas las limitaciones de las potencias vergonzosamente derrotadas.

Al anotar lo anterior, pienso en el recorrido que me llevó a solidarizarme con los patriotas vietnamitas, y concluyo que más allá de mi antiimperialismo y militancia comunista de entonces, se superpusieron los trastornos que me causaron los espantos de la guerra hecha por Estados Unidos en Indochina.

Ésa fue la conflagración que sentí más cercana, ya que la generación de los nacidos en 1940 supimos de la segunda guerra mundial por las reacciones y los estallidos de los mayores. Así, nuestro miedo a la destrucción masiva no pasó de ser un contagio infantil. Además, nuestros pàrvulos contactos con el mundo en conflicto estuvieron mediados por los noticieros EMA de los Barbachano Ponce, que pasaban en los cines. De tal modo, que la de Corea la sentimos como guerra de película, y el conflicto por la nacionalización del canal de Suez, en 1956, nos distrajo con chistes sobre la reina inglesa.

Fue en Moscú, en 1962, durante la crisis de los misiles, donde viví la primera alarma de guerra. De pronto, un día desaparecieron los soviéticos y las soviéticas comenzaron a cuchichear en pequeños grupos. Luego, los altos mandos informaron que en pocas horas se había cumplido el acuartelamiento general de los efectivos de guerra, y que todo mun-

* Periodista.

do en la URSS ocupaba sus puestos de combate. Por fortuna, el atolladero encontró salida negociada.

Conflicto largamente sufrido fue la escalada militar de Estados Unidos en Vietnam, cuyo crecimiento rompió con las normas internacionales acordadas, y alcanzó la cifra de medio millón de soldados con todas las armas no nucleares. Además, de una u otra manera, en este conflicto se involucraron todas las partes que hicieron la guerra fría. Sin embargo, los patriotas vietnamitas supieron evitar que su suelo se convirtiera en la arena de otros intereses y causas distintos de los suyos.

En el escenario mundial, los gobiernos de Estados Unidos desarrollaban mercados y ganancias a granel, tecnologías y ciencias rentables; y por lógica del proceso, o contra ella, se convirtieron en la gendarmería anticomunista del mundo. Ampliaron artificialmente las filas del enemigo y de la psicosis que éste suscitaba, particularmente cuando su rival se asentó a 90 millas de la Florida y, víctimas de sus propias fantasmagorías, temieron que saltara al continente dejado en el atraso y cuajado de oligarquías y dictadores. Los de Moscú, además de ejercer el extremo del contrapeso, o como parte de él, siguieron una línea de disimulo de la problemática doméstica; desbordaron el optimismo de la ensoñación revolucionaria antiimperialista; hicieron críticas superficiales al estalinismo, pruebas nucleares y vuelos de cosmonautas. Y el hundimiento del “sistema colonial del imperialismo” los alentó a propalar su visión del futuro, según la cual, en el año 2000 la URSS superaría la producción industrial per cápita de Estados Unidos. De este supuesto dedujeron que para entonces, como efecto dominó, la fuerza de su ejemplo detonaría el paso automático de todos los demás países al socialismo desarrollado, antesala de la era del comunismo global. Sólo faltaba que los demás revolucionarios del mundo pusieran en juego todas sus reservas.

Dos gigantes que se habían repartido gran parte del globo, forcejeaban entre sí para consolidar y expandir su respectiva zona de influencia. La propaganda y los hechos de uno y otro difería poco en las formas y algo más en contenidos. El de Occidente salvaguardaba “las democracias”; el de Oriente, la expansión del “socialismo revolucionario”. Tales trincheras dividían literalmente el mundo y estrechaban los márgenes de existencia de los no comprometidos en la descomunal alineación. El dominio de los polos asfixiaba las expresiones particulares de los demás, derivadas del no querer entrar o no tener cabida en las pautas impuestas. Las regulaciones de los superpoderes vedaban la originalidad ajena. En su línea de conducta estaba ignorar la singularidad mostrada por los comunistas vietnamitas desde su fundación. No es casual la desatención de Washington a las notas de sus agentes de la Office of Strategic Services (OSS), organismo precursor de la CIA, informándole que, “a pesar de que Ho Chi Minh era comunista, no era un títere de la URSS y que —exceso de ilusión— podía convertirse en un valioso aliado en Asia”. Notas análogas enviaron los de la KGB al Kremlin.

Atrapados en sendas políticas internacionales de esos dos, los demás países se cuidaban de discrepar. Pocos fueron los que pudieron hacerlo abiertamente. Ante la URSS, destacó China, que llevó su inconformidad al conflicto, y no faltaron rechinidos de dientes y susurros, ni una que otra declaración fuerte de Yugoslavia, Cuba, Corea del Norte o Rumania. Frente a Estados Unidos, algunos países de Europa Occidental fueron adquiriendo voz propia. De más a menos, honrosamente, México fue de los pocos peso ligero con capacidad de disidencia. Mérito que hoy carece hasta de defensores de oficio en la Cancillería.

Antes de entrar en materia respecto de la República Socialista de Vietnam (RSV) que visitamos en diciembre pasado, debo decir que movido por los tumbos que nos impone la vida, tuve la oportunidad de ser uno de tantos comunistas y ex comunistas que tempranito atisbamos la descomposición de la Unión Soviética y su periferia, así como los estertores de esta descomunal estructura que, en su caída, arrastró las esperanzas vanas cifradas en el salto al reino de la igualdad y la felicidad humanas. Y asentar que el anticipo no me libró de las depresiones aparecidas entre los comunistas románticos. Sólo devino duelo solitario.

Lo anterior explica la reticencia que mostré cuando mi mujer propuso que fuéramos a Vietnam, país elegido como punto central de un itinerario de 20 días por el sureste asiático. Confieso que temí vérmelas con un eslabón más de la cadena de desencantos. Volver a Hanoi después de poco más de 30 años podía colocarme ante ruinas de pretéritas expectativas. Un subconsciente dolido aconsejaba desistir de todo intento de remover recuerdos ligados al Vietnam Heroico, y dejar el triunfo vietnamita como un gran suceso, sin línea de continuidad. Antes de pensarle tantito al periplo en cuestión, respondí con una frase del tiempo de mi infancia: “Eso está en la Cochinchina”.

Un desinterés aparente encubría un temor verdadero. Y con la superación de éste se desvaneció aquél. Valía la pena seguir el curso de los destinos alcanzados por comunistas en el poder. Fenómeno de mil maneras distante, sobreviviendo allá en el Lejano Oriente, donde los vietnamitas siguen existiendo. Simplemente me faltaba asumir de verdad que hay algo menos espectacular, pero sobresaliente respecto del mayor descalabro bélico de Estados Unidos en toda su historia, y es el hecho cierto de que un país haya podido encontrar las vías de su desarrollo. Las que, sin conducir a paraíso alguno, hacen eficaz y grata la vieja y permanentemente obra, tantas veces interrumpida y reemprendida, de mejorar la vida.

Por si fuera poco, Chele me contagió la prisa de constatar lo que es Vietnam y sus alrededores hoy día. Estaba próximo, el 30 de abril, el trigésimo aniversario de la victoria del Frente Nacional de Liberación (FNL). Suceso difundido mundialmente por la televisión en filmaciones que mostraron tropas del FNL tomando el palacio presidencial del régimen títere de Saigón, a la vez que los últimos estadounidenses despejaban de su embajada en helicóptero.

Me revivieron estampas almacenadas cuatro décadas atrás, cuando, en 1965, los B-52 de Estados Unidos iniciaron sus bombardeos sobre la República Democrática de Vietnam (o Vietnam del Norte), poniéndole al mundo los pelos de punta. Era aterrador que Washington se atreviera a descargar su furia militar sobre un país miembro del entonces llamado campo socialista. Faltaba una respuesta similar de la URSS para el desencadenamiento de una guerra de dimensiones inimaginables.

Como si hubiera sido el día anterior, recordé que mientras tomaba medidas de mayor amplitud, el Partido Comunista Mexicano (PCM) me comisionó responsable de un plan de movilización urgente de sus militantes en el D.F. El primer paso consistió en hacer mítines relámpago de información a los transeúntes, de modo simultáneo en diversas esquinas de las calles de San Juan de Letrán y Niño Perdido. De Madero a la glorieta del Tío Sam se extendió la protesta. La gente respondió agrupándose en torno de los oradores. Mayor resultó el escándalo de las sirenas y de las carreras, hasta en sentido contrario, de los camiones de granaderos del general Cueto Ramírez, que seguían a los autos sin placas de los Servicios Especiales —secretos— del coronel Raúl Mendiolea Cerecero. Iban y venían del hoy Eje Central a la antigua sede de la embajada estadounidense; de allí a las inmediacio-

nes del teatro Blanquita, y otra vez a Niño Perdido. Parecía que perseguían fantasmas. Para variar, sus informantes los habían mal informado.

El bombardeo agravó tanto la tensión internacional, que inauguró las jornadas de las grandes manifestaciones por la paz ocurridas en diferentes puntos del planeta, incluidas ciudades de Estados Unidos, donde algunas de estas movilizaciones se entrelazaron con las que demandaban los derechos civiles de la población afroamericana. México, particularmente el D.F., fue escenario de protestas multitudinarias impuestas sobre todo por estudiantes de la UNAM, el Poli, la Normal Superior y otros centros de estudio.

Se trataba de productos genuinos del civismo y la historia impartidos en las escuelas secundarias, y de las humanidades de la enseñanza media y superior. La intelectualidad joven accionaba en auxilio de un pueblo agredido, a la vez que reclamaba, ejerciéndolo, su derecho de manifestación generalmente trasgredido por el gobierno.

Luego de los palos dados a los movimientos de maestros y ferrocarrileros dirigidos por Othón Salazar y Demetrio Vallejo, respectivamente, el referente vietnamita abrió en el Distrito Federal la primera coyuntura propicia para el ejercicio de los derechos de manifestación, no sin antes hacerle rupturas a la línea represiva demandada desde Washington. Como se sabe, entre otras virtudes, las marchas en defensa de Vietnam y Camboya sembraron parte de las semillas que germinaron durante las insurgencias cívicas del 68. No sólo en el D.F. y no solamente en el país.

En mis recuerdos, aquel gobierno mexicano aparece cogido por dos fuegos: de un lado, la tradición de la política exterior de México, los intereses del país y la opinión pública escasamente recogida por los medios, lo agujonean para que se oponga a la agresión; y él lo hace como puede, atrincherado en la Doctrina Estrada. Del otro, la intimidación del Norte le pesa como un muerto. Esto último revelaba el presidente Díaz Ordaz cuando en corto decía: “En el Norte tenemos por vecino a un elefante que, al enloquecer, puede cruzar la frontera”.

A colación de lo anterior cito dos episodios contradictorios: la respuesta de Estados Unidos al despliegue de la solidaridad con Vietnam fue inmediata. Edgar J. Hoover, director del Federal Bureau of Investigation (FBI), dio a conocer un informe calumnioso denunciando un supuesto alzamiento armado que preparaba el PCM. De inmediato la policía asaltó las oficinas de este partido y de agrupamientos afines. Cerca de un centenar de arrestados pasamos de cárcel en cárcel y de autoridad en autoridad durante la semana santa de 1965, mientras los medios daban cuenta del peligro desbaratado por el gobierno. Luego, sin mediar rectificación alguna, todos fuimos excarcelados. En contraposición, poco después, las autoridades permitieron una manifestación enorme contra la agresión militar de Estados Unidos a Camboya, y se autorizó o estimuló que los medios dieran cuenta de ella.

Qué hay en Vietnam

Al momento de la reunificación o, lo que es igual, del surgimiento de la República Socialista de Vietnam, se fusionaron dos partes de dimensiones prácticamente iguales. El territorio norte medía 164 000 kilómetros cuadrados; el sur, 170 232. Aquél contaba con 21.3 millones de habitantes; éste, con 20 millones.

Lo que seguía en el menú era todo, menos miel sobre hojuelas. Ocurrieron grandes errores, pero también correcciones de dimensiones correspondientes. El más significativo en

materia económica, o “concentración de la política”, apareció en marzo de 1978, cuando el gobierno anunció la colectivización o, en su caso, la estatización de los negocios privados. El descenso de la economía ocurrió de inmediato y millares de vietnamitas abandonaron el país.

Ocho años de vacas flacas llevaron al gobierno a dar marcha atrás, anunciando las reformas de renovación económica que han conducido a la economía mixta que hoy prevalece en la RSV. Fenómeno éste que me hizo recordar al querido y desaparecido socialista y priista, Natalio Vázquez Pallares, por sus convicciones y enseñanzas sobre las bondades de la convivencia de diferentes formas de propiedad.

La contrarreforma dio como resultado la restauración de los negocios privados. La ciudad Ho Chi Minh (que la mayoría de la gente sigue llamando Saigón, porque además es así como se llama oficialmente el barrio central) hizo las veces de motor de arranque de la economía nacional. De ahí que por Saigón, primero, y por el país, después, se extendiera una vasta colaboración entre empresarios privados, vietnamitas y extranjeros, y el Estado. En 1994 Estados Unidos levantó el embargo económico que mantenía sobre Vietnam.

La tierra en la RSV sigue siendo formalmente propiedad estatal. Pero, sorpresa, el Estado regido por el partido único, el Partido Comunista de Vietnam, se ha convertido en arrendador de la tierra y, los que directa o indirectamente la cultivan, en arrendatarios. Pero por lo que puede verse, dicho sistema funciona, y ha dado abundantes frutos y amplio bienestar social.

Qué diferencia: en 1974, el traductor vietnamita que nos auxilió en Hanoi comía dos tazas de arroz diariamente, y la “sopa” del mediodía, recomendada por el Tío Ho, consistente en una siesta corta.

Ahora, se imponen las bondades de la laboriosidad y la gran cultura de los vietnamitas que, por obra y gracia de la vida, saben cultivar y criar todo lo imaginable, a lo que se agrega la abundancia de agua proporcionada, entre otros afluentes menores, por el río Rojo, en el norte, y el delta del río Mekong, en el sur. Y, por si fuera poco, durante siglos el pueblo ha sabido aprovechar este elemento, construyendo los famosos diques de un complejo sistema de riego que, además, evita inundaciones.

Son las condiciones naturales y la tradición de trabajo y lucha, los factores que allá determinan el gran desarrollo de una sociedad agrícola, más que industrial, aunque es notorio también el empuje del crecimiento manufacturero e industrial. En parte, éste explica que aun siendo buena y cada vez mejor la vida rural, la emigración a las ciudades crezca en forma constante. Como en China y otras entidades asiáticas, hace rato que el ritmo del crecimiento económico de Vietnam es alto y sostenido.

Lo que los vietnamitas quieren, buscan y logran día con día, es más y mejor alojamiento, transporte, salud, educación, recreación, cultura. Del Hanoi de 1974 al de ahora hay una diferencia sustancial a simple vista o reparando en detalles.

En la calle, lo primero que salta a los ojos es la talla de la población que sigue pareja, sólo que ya no asoman los huesos. ¡Qué va! Para decirlo en pocas palabras, las mujeres son de una formación física tal, que por encima de los estereotipos de moda podrían ser referente de belleza femenina en el mundo. Los hombres no se quedan atrás. Es incuestionable que la gente sabe alimentarse. Digo esto no sólo por lo que puede verse en los mercados, sino además por la tradicional dieta vietnamita, donde hay lo que conocemos los mexicanos y mucho más, y todo en su justa medida. Tan es así, que siendo patente la

presencia de las siete vacas gordas, en Vietnam no hay gente pasada de peso, ya sea que eviten la obesidad o arrojen a los glotones al mar.

El hormiguero de bicicletas viejas que circulaban en 1974, es hoy una marabunta igual de ordenada de motocicletas en proceso de renovación y modernización. Los peatones pueden cruzar las calles libremente, debido a que los motociclistas y los pocos ciclistas que todavía circulan son, además de hábiles y precavidos, los que se hacen cargo de esquivar a los de a pie y de no atropellarlos. Olvidaba decir que no vimos un solo motorizado que rebasara la baja velocidad establecida para todos. Y, bueno, que los peatones éramos los turistas. Los locales entran a todas partes sobre sus ruedas, incluido el mercado, cuyos pasillos se distinguen de los nuestros no por la anchura, sí por la regularidad y la falta de obstáculos. En nuestra primera excursión por un mercado de verduras, frutas, carnes, insectos, lácteos, peces, batracios, etc., temimos que los motorizados nos dieran de raspones, pasando como lo hacían a pulgada y media de nuestros cuerpos. Pero de inmediato caímos en la cuenta de que todo estaba matemáticamente calculado, y que aquellos que parecían no habernos visto, ya nos habían registrado de pies a cabeza. En una moto de las que hablo, como las que montan acá los repartidores de pizzas, allá pueden transportar seis marranos vivos amarrados patas arriba o, bien, un vidrio de dos metros cuadrados, ya no digamos la familia entera, por numerosa que sea.

Con todo, lo más increíble es la manera como los vietnamitas han superado los odios del pasado. Ni huella de resentimientos, ni ganas de volver a sentir las negras emociones dejadas atrás. El mejor testimonio de este milagro está en el trato que reciben los miles y miles de visitantes estadounidenses que, habiendo participado en la guerra, regresan a los lugares donde actuaron como soldados extranjeros. Pareciera que en la suerte de silencio que envuelve a los vietnamitas habitara el don de saber perdonar, y un conocimiento profundo del espíritu humano, o de lo que en él puede ocurrir.

Como turistas, imposible renunciar a un paseo en barquito por Ha Long Bay, en el golfo de Tonkín. Cuando uno está bajo aquel cielo azul acerado y sobre aquel apacible mar de similar color, del que sobresalen las magníficas formaciones de roca caliza, que semejan gigantescas estalagmitas formadas gota a gota por lágrimas de diosas milenarias, resulta embriagante tanta belleza allí acumulada por la diversidad producida por el viento. Uno se llena de calma y, más allá, de más y más calma y armonía. Tanto así, que las guerras en Vietnam comienzan a parecer mentira.

Mentira ha de ser que haya existido la colonia francesa de Indochina y que los franceses la hayan abandonado en 1940, cuando las tropas japonesas ocuparon este territorio.

Mentira ha de ser que después de muchas batallas, al momento de rendirse Japón, Ho Chi Minh haya declarado la independencia de su patria, y que la Francia recién liberada se haya negado a admitirla.

Mentira ha de ser que para soltar Vietnam, Francia hubo de sufrir, en Dien Bien Phu, la derrota más humillante de su historia militar.

Mentira ha de ser que la guerra de Estados Unidos en Vietnam, de 1955 a 1975, costara la vida de cuatro millones de vietnamitas, de dos millones de laosianos y camboyanos, y de 58 000 estadounidenses.

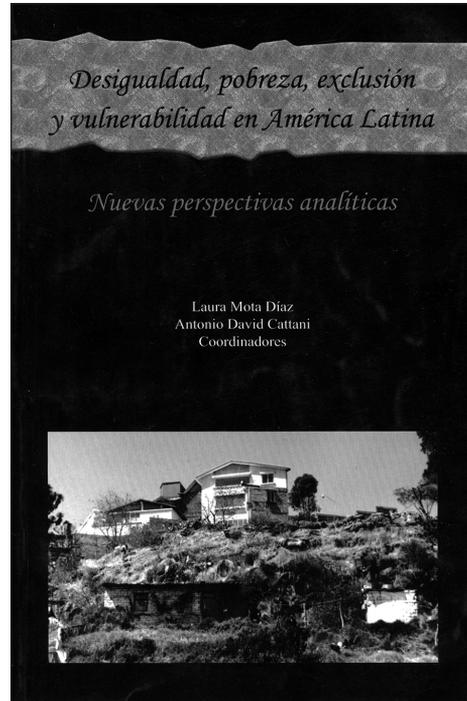
La guerra no puede ser tan perversa ●

Vulnerabilidad latinoamericana

Laura Mota Díaz y Antonio David Cattani (coordinadores), *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina: nuevas perspectivas analíticas*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, Universidad Autónoma del Estado de México-Centro de Estudios sobre Marginación y Pobreza del Estado de México-Universidad Federal do Rio Grande do Sul-Asociación Latinoamericana de Sociología, 2004.

Al inicio de la última década del siglo XX varios procesos económicos, políticos y sociales —de diferente signo— se aceleraron; algunos fueron de signo positivo, como los acuerdos de integración económica en varias regiones del orbe o los avances de la democracia como sistema político predominante; otros de signo contrario, como la creciente polarización del ingreso y, por consiguiente, el aumento de la pobreza. No obstante, el proceso no sólo más importante sino el más controvertido ha sido la globalización, entendida como una mayor interdependencia económico-financiera-tecnológica, que se ha acompañado por creciente exclusión y desigualdad sociales, desempleo, inseguridad y violencia. Frente a esto, y buscando entender la situación así como alentar debates amplios y plurales que permitan tener acceso a mejores formas de vida para amplísimos grupos humanos, Laura Mota Díaz y Antonio D. Cattani se dieron a la tarea de coordinar *Desigualdad, pobreza, exclusión y vulnerabilidad en América Latina: nuevas perspectivas analíticas*. El texto es resultado de una serie de trabajos presentados en la Comisión de trabajo núm. 17 “Desigualdad, pobreza, exclusión social y vulnerabilidad”, en el marco del XXIV Congreso Latinoamericano de Sociología, realizado en Arequipa, Perú, en 2003.

Los textos que componen el libro coinciden, de alguna manera, en una idea central: la necesidad de replantear, de nueva cuenta, las posibilidades pero también las responsabilidades del Estado ante el desarrollo, tema que para algunos resulta una necesidad pero que para otros sigue



siendo relevante y lejos está de haberse agotado. Porque la discusión no está, o no debería estarlo, en si el Estado debe dirigir la política macroeconómica, dotar los bienes públicos, regular los monopolios o mejorar la competencia, sino en cómo debe hacer estas cosas y otras.

Los autores nos invitan a repensar temas que si bien han estado presentes en las discusiones no han tenido traducciones productivas en las políticas públicas. Se trata de nuevos acercamientos a las cuestiones fundamentales del desarrollo de las sociedades como la equidad, la seguridad, la cohesión social y la democracia; a la necesidad de revalorar el papel del Estado, observar con nueva óptica las dinámicas sociales vigentes y, con un esfuerzo reflexivo, aproximarse a las emergentes, donde sin duda alguna están temas tan vastos y complejos como el rol de las mujeres, las migraciones o los cambios demográficos y culturales como único camino posible ante los desafíos de América Latina para transitar hacia la concreción de sociedades realmente democráticas, tolerantes, integradas, justas y equitativas.

EL SUEÑO DE CARMEN

Jaime Romero Robledo

Carmen sueña

que el camino está oscuro en las primeras calles pero poco más allá puede andar sin temor; la luz aparece y respira, llega a su casa, deja su bolsa en la mesa; va a lavarse. Recorre el sitio que es la palma de sus pies, va del pequeño cuarto a la cocina, calienta agua, al día siguiente no habrá nada que hacer, nunca hay nada que hacer. Ese trabajo apenas cuenta, todos los días dar lo mejor, comer, ir a perderse en las horas que se van haciendo. Regresa. Se desnuda se abre por un momento queda abierta nadie está ahí. Quita del espejo ropa seca, la mujer llega a su casa, deja su bolsa, va a su cuarto, vuelve, sale a ver si hay alguien, nunca llaman a la puerta. Tocaron. Vino un hombre ya muy tarde a pedir algo, tuvo miedo pero abrió. Dijo ser hermano de Cecilia, la del piso de arriba, que ella estaba en un problema que le agradecería en el alma un pequeño préstamo para ir a llevarle gasolina, el hombre se portó de lo más amable, a ella no le hablaban así en mucho tiempo, el hombre al recibir el dinero no se apenó. Antes del encuentro había pasado todo: desde la maldita dependencia hasta los insomnios del desarraigo, o del intento del desarraigo; quitarse a Martín de la cabeza no sería fácil, tantas veces lo pensó, envuelta entre la sábana y no sabe cuántas lágrimas había derramado ya por aquel treinta de marzo cuando le entregaron el departamento, el parteaguas, se le ocurrió decir a una conocida al despedirse, y debía serlo; el lugar nuevo se veía tan agradable, tan jardines de rosas, tan suficiente, se dijo cuando firmó el contrato, esperando a cambio de su firma que la mudanza ayudara a la otra mudanza; salir del presente que se alargaba sin tregua; presente-pasado. Había que entender que el cambio era para salir de eso, para empezar a vivir en el único tiempo que le quedaba, y para eso se había propuesto varias cosas; ver los viejos muebles como nuevos, repararlos, cubrir las marcas de cigarro, todos los objetos por donde se caía muy fácil hacia allá, la luz de lo que alguna vez llamó pasión, amor (hasta aquel día que por fin lo supo, y se sintió como las víctimas de una tragedia natural: ayer todo, ahora no). Poco después, en una calle cualquiera vio los departamentos, austeros sí, aunque diferentes, arrinconados, y ese lugar habitó en ella como la única posibilidad para sentirse habitante en algún sitio; sólo fue cuestión (se dice fácil) de esperar la cuenta regresiva para que llegara ese treinta de marzo, fecha que intentaría convertir, con las fuerzas que aún le quedaran para desear cosas, en día cero, año cero. Vio gente salir y entrar de apartamentos, nunca tan cercanos como para presentarse pero sin dejar todos de ser lo más cercano a un anfitrión.

Los días siguientes fueron de organización, comprar la cantidad de futuro que aún tuviera al alcance; un juego de tazas, un perchero, había que seguir adelante. Sus ojos siempre en el final; después de trabajar, de ir a leer, la noche, el tapete Bienvenidos, en la cara daba esa palabra, abrir la puerta, entrar; el cuarto olvidarse en el sueño, la noche del encuentro había dudado que llamaban a la puerta de su casa, pasadas las doce en su reloj, vio la hora con sospecha, esperando que algo más extraño sucediera para corroborar que la puerta sonaba en algún escenario de un sueño; estaba despierta, al levantarse vino como un rayo el nombre de Martín, nada era claro, tuvo miedo; mucho más cuando notó por la mirilla que se trataba de un desconocido. Entonces volvieron a tocar y no supo mejor cosa que preguntar quién es, que para el caso un Jorge o un Daniel habrían sido lo mismo. “Soy Gustavo, hermano de Cecilia, la del piso de arriba”. Como si el gesto defensivo fuera suficiente para defenderla en caso de un ataque, tomó la perilla y la puerta por fin dejó que los dos se vieran de frente, sin obstáculo alguno para que un hombre, soy Gustavo, le asegurara que no había nada que temer, que era hermano de Cecilia, la mujer del piso de arriba, que le perdonara la hora pero ella había llamado de la carretera. Mientras Gustavo continuó diciendo que al colgar el teléfono se percató que no tenía suficiente dinero, que le pedía a ella el inmenso favor de prestarle, ella se dio cuenta, mejor dicho, después de darle el dinero y él agradecer y asegurar que en la mañana bajarían él y su hermana a pagarle, a visitarla, no pudo menos que notar en sí misma un ligero, un gran cambio. Ignorando lo mucho que el encuentro significaría después, intuyó que algo importante había sucedido; salir por fin de su aislamiento, conocer a la tal Cecilia, por Dios, un mes entero sin haberse presentado; un buen paso, sin embargo la sonrisa era menos por la desconocida, más por su hermano. Al cerrar la puerta, el nombre, la sombra de Martín felizmente se esfumaron. Tras dar al encuentro muchas vueltas, por fin cayó dormida. Poco después se levantó, el ánimo en una montaña, era cuestión de esperar (se dice fácil) a que tocaran a su puerta, cosa que en efecto, después de que pasó lo suficiente para que los nervios la comieran, fue anunciado, sin la firmeza de unas horas antes, por el golpe de los nudillos en la madera. Y aunque al espiar por la mirilla no vio a quien más esperaba, abrió la puerta con el gusto de conocer por fin a la vecina de arriba, que recién adquiriría un nombre, y entonces, frente a frente, no pasó mucho tiempo para que lograra entender por qué la mujer no sólo le decía que no se llamaba Cecilia, sino que tenía la idea de que en cambio ella fuera, la del piso de abajo, la hermana de Gustavo.



Fragmento del primer libro de la serie novelística *El mundo de ocho espacios*.